

Nunca nació el espíritu.
Nunca dejará de ser.
No hubo tiempo en que no existiera.
Ilusiones son el principio y el fin.
Eternamente perdura sin nacimiento ni muerte ni mudanza.
No le alcanza la muerte, aunque la casa en que mora parezca muerta.

SIR EDWIN ARNOLD

Canto Celeste, 9

CAPÍTULO I

Falsos conceptos de la muerte

El de la muerte es un asunto que no puede por menos de ofrecer interés profundo a todo el mundo, ya que la única certidumbre absoluta en la vida del hombre es que un día u otro ha de morir, según nos lo enseña la misma muerte al arrebatarnos de la vista los seres queridos.

Mas, no obstante el interés universal de esta cuestión, tal vez no haya otra en que sean tantos y tan graves los errores de la gente. Es imposible calcular la cantidad enorme de tristezas, terrores y miserias completamente inútiles que ha sufrido el género humano por su ignorancia supersticiosa en lo tocante a esta importantísima materia. Sobre el particular hay entre nosotros un cúmulo de falsas y absurdas creencias que por haber causado indecibles males en el pasado y estar causando inmensos sufrimientos en el presente, fuera su desarraigo uno de los mayores beneficios que pudieran recaer sobre la humanidad.

Este beneficio otorgan las enseñanzas teosóficas a quienes, por consecuencia de sus estudios filosóficos en vidas pasadas, son capaces de comprenderlas en la presente. Dichas enseñanzas desvanecen todo el terror y mucha de la tristeza que suelen acompañar a la idea de la muerte, y nos capacitan para considerarla en sus proporciones verdaderas y comprender el lugar que ocupa en el plan de nuestra evolución.

Examinemos uno por uno los errores más graves que predominan sobre la muerte y procuremos evidenciar su falacia. Algunos tienen carácter de errores religiosos, dimanantes de la adulteración del cristianismo primitivo en las iglesias actuales, con pérdida de gran parte de su vitalidad y eficacia. Sin embargo, dejaremos para más adelante el examen de los errores religiosos acerca de la muerte, y estudiaremos primero algunas de las supersticiones populares más extendidas sobre tan importante asunto.

Las gentes se inclinan a pensar que, después de todo, poco importa que un hombre tenga idea errónea de la muerte; pues dicen que cuando muera comprobará los hechos por sí mismo y advertirá el engaño en que estuvo. Semejante razonamiento es doblemente incompleto, pues por una parte no tiene en cuenta el espantoso horror a la muerte con que la ignorancia entenebrece la vida de muchos hombres ni la innecesaria tristeza con que aflige a los sobrevivientes cuando alguno de los suyos muere; y por otra parte, no echa de ver que el hombre muy a menudo no es capaz de advertir su error

inmediatamente después de muerto y que, por lo mismo, sufre graves aflicciones.

¿Se acaba todo con la muerte?—El primero y más fatal error sobre la muerte es creer que con ella todo concluye y que nada sobrevive en el hombre. A muchos les parece que esta forma grosera de materialismo ha huído ya de nosotros después de infectar las mentes durante la primera mitad del siglo pasado; pero aunque bien quisiéramos que así fuese, mucho tememos que no les parezca lo mismo a los atentos observadores de nuestra época. Es verdad, por fortuna, que la hierba nociva del materialismo no rebrota en las altas capas sociales con el siniestro vigor de otro tiempo, pues los hombres cuya opinión merece la pena, han aprendido doctrinas más elevadas; pero todavía hay en el mundo no sólo muchísima ignorancia, sino la aún peor falsa sabiduría que, por haber olfateado aquí y allá algunos cascarones científicos, se engríe hasta la presunción de poseer exclusivamente la verdad de los siglos. Entre los infortunados seres sujetos a esclavitud mental en alguna de sus variedades, no escasean los sumidos en el más grosero materialismo.

Ciertamente podemos esperar que semejante error se vaya desvaneciendo, pero difícilmente habrá otra modalidad de insania que con menos estrépito y más insidiosamente invada los entendimientos. Muchos miles de hombres que nominalmente profesan determinada religión y rechazarían indignados el dicitario de materialistas, viven en la práctica precisamente como si este mundo fuera el único objeto de sus pensamientos; y aunque a veces empleen palabras y frases que denoten la existencia de otro mundo, no parece que ello influya para nada en los móviles de su conducta. Este materialismo práctico, menos estúpido que el otro y de no tan contagioso ejemplo, produce, sin embargo, los mismos resultados más allá de la muerte.

Otro error, acaso mayormente extendido, considera la muerte como la inmersión en lo desconocido, pues, según sus mantenedores, nada hay más incierto y dudoso que el estado del hombre al dejar el mundo físico; y aunque muchas sectas religiosas den informes sumamente precisos de la situación del hombre después de la muerte, la inmensa mayoría de los fieles no cree lo que se le dice o, por lo menos, habla y obra como si no lo creyese. Verdaderamente, la descripción que dan las sectas es tan crudamente inexacta, que no sabemos si produciría mayores males que bienes el creerla.

La enseñanza católica.—Entre las diversas confesiones religiosas del mundo occidental, la gran iglesia católica es la única cuyas enseñanzas sobre las condiciones de ultratumba, aunque veladas bajo un materializado y mal entendido simbolismo, facilitan la comprensión del estado en que al morir ha de verse el hombre. Sin embargo, aun en este caso queda la verdad de una parte siniestramente velada por la doctrina blasfema de los tormentos eternos, y de otra parte menoscabada su dignidad por el ridículo sistema de las llamadas indulgencias. En líneas generales, la doctrina católica sobre los estados postmortem enseña que los pecadores impenitentes van derechos al infierno y los grandes santos al cielo, como la virgen María en su Asunción; pero la generalidad de los mortales, que en vida observaron conducta regu-

lar, necesitan purificarse de las faltas e imperfecciones que les impiden gozar luego desde de la presencia de Dios, en una condición intermedia llamada purgatorio donde quedan eliminadas las culpas después de un relativamente corto aunque penoso proceso, a cuyo término, limpia ya el alma por el sufrimiento, está capacitada para gozar de la gloria eterna.

Claramente los estudiantes de teosofía advertirán que la doctrina expuesta se corresponde muy estrechamente con la verdad de los hechos. Llega un período de la evolución, no de millones de años, en que el hombre obstinado contra su perfeccionamiento se hunde, no en un infierno eterno, forjado por la delirante fantasía de algún monstruo de crueldad humana, sino en condiciones suspensivas de toda espiritualidad, hasta que los comienzos de un futuro plan de evolución le deparen coyunturas de progreso adecuadas a su débil capacidad. Es la misma situación del escolar desaplicado y perezoso que no se iguala en aprovechamiento a sus compañeros de clase y ha de esperar otro curso y nuevos condiscípulos para repetir los estudios que no pudo aprender. El paso una vez más por el mismo sendero le capacita para vencer las dificultades en que antes tropezara y cayera.

De este modo, la misericordiosa verdad de la suspensión eoniana substituye a la horrible mentira de la condenación eterna. Por otra parte, las almas muy evolucionadas, que durante la vida terrena subyugaron su naturaleza inferior con dominio completo de sus deseos y pasiones, atraviesan tan rápidamente el mundo astral, que al recobrar la conciencia ven abierta la indescriptible gloria y felicidad del mundo celeste.

Pero el hombre vulgar no consigue en modo alguno reprimir todos sus deseos y pasiones antes de la muerte, y por lo tanto, se encuentra en el plano astral con el vigoroso cuerpo de deseos que el mismo se fue formando durante la vida terrena y ha de servirle de envoltura hasta que se desintegre por la extinción de los deseos que lo alimentan y vivifican. Este proceso entraña el sufrimiento simbolizado con bastante propiedad en el fuego del purgatorio.

La verdad respecto del purgatorio.—El tan repetido ejemplo del beodo demuestra claramente, aunque en caso extremo, como se cumple el proceso de la purificación. Es sabido con cuánta fuerza se apodera del beodo la pasión por la bebida, hasta el punto de embotarle el sentimiento de la propia dignidad y el amor a la familia que deja en penuria después de empeñar incluso la ropa puesta para satisfacer su abominable apetito. Al morir este hombre, no muda su condición la muerte, y las horribles ansias de beber son entonces más poderosas que nunca, porque la vibración del deseo ya no pone en movimiento la pesada materia física; pero como tampoco dispone del cuerpo carnal para satisfacer su apetito, quedan las ansias siempre vivas sin el alivio que la satisfacción podía darles. Se comprende fácilmente que hay en este caso elementos suficientes para dar realidad a la idea del purgatorio, y que el simbolismo del fuego purificador no tiene nada de incongruente.

Sin embargo, es el purgatorio y no el absurdo e inútil infierno de eternos tormentos en que se complace la cruel malignidad del irresponsable déspota entronizado por la teología ortodoxa. El único eficaz y, por lo tanto, necesario al par que misericordioso procedimiento para eliminar los malos deseos y las bajas pasiones. Por terrible que sea el sufrimiento, se va extinguiendo poco a poco el deseo, y ya entonces puede pasar el hombre a la vida superior del mundo celeste. La extinción del deseo por el sufrimiento libra de él para siempre al hombre, y no necesita tomar de nuevo la carga en su próxima encarnación, a menos que se obstine en tomarla.

Ha muerto el deseo, es cierto; pero queda todavía la flaqueza de carácter que le hizo esclavo de él. En la próxima vida renacerá con un cuerpo astral de materia adecuada a la manifestación del mismo deseo, esto es, con el equipo a propósito para repetir la última vida en aquel aspecto. Recibe esta clase de materia porque en su anterior encarnación la buscó y se valió de ella; pero aunque de ella le provean esta vez, no queda sujeto en modo alguno a emplearla como la empleó antes. Si a consecuencia de acciones previas tiene la dicha de nacer de padres prudentes y cariñosos que le muestren la maldad de aquel deseo y le estimulen a subyugarlo y reprimirlo según rebrote, la materia astral de que le proveyeron se irá atrofiando por falta de ejercicio vigorizador, como les sucede a muchos músculos de nuestro cuerpo.

La materia del cuerpo astral está cambiando lenta, pero continuamente, lo mismo que la del físico. Así es que la atrofiada desaparece y queda substituída por otra más refinada, incapaz de responder a las groseras vibraciones del deseo sensual, que de esta suerte resulta incompatible con ella. El hombre se sobrepone entonces al deseo y acaba por dominarlo de modo que jamás vuelve a ceder a él en su larga serie de vidas futuras, porque ha fortalecido en su Ego la contraria virtud de dominio de sí mismo en lo concerniente a aquel vicio. Toda una vida de afortunada lucha contra este mal deseo le condujo a la victoria, y en adelante ya no habrá de luchar, porque ve el vicio tal cual es y no siente ningún atractivo hacia él. Así es que el sufrimiento del plano astral, tan terrible al principio, ha sido en realidad bendición disimulada, porque le dispuso para alcanzar esta inmensa victoria moral y a dar este paso decisivo en el sendero de la evolución. Por más que observemos, no se nos ofrecerá otro medio tan eficaz como el sufrimiento para obtener resultado tan espléndido.

Vemos, por lo tanto, oculta en la doctrina del purgatorio una gran verdad; y vemos también que cuando la reforma religiosa dio impetuosamente al traste con el abuso de las indulgencias y otras morbosas supersticiones eclesiásticas, arrasó también muchas ideas verdaderas, útiles y bellas.

Oraciones por los muertos.—Uno de los más graves quebrantos que en la vida espiritual ocasionó la reforma religiosa fue la abolición de la costumbre de rogar por los muertos. Los países que ciegameamente desecharon este medio de auxiliar a sus hermanos, han pagado la pena de su insensatez en las personas de su familia que tuvieron que abrirse camino por sí solos en el mundo astral, porque sus parientes y amigos estaban convencidos de que era

perjudicial el intento de asistirles. Es verdad que, contra la estupidez, aun los mismos dioses lucharían en vano.

¿Qué es la oración por los muertos sino el ardiente anhelo y el amoroso pensamiento dirigido hacia quienes transpusieron el dintel antes que nosotros? Los estudiantes de Teosofía sabemos que en la vida física son cosas reales y objetivas semejantes deseos y pensamientos, a manera de acumuladores de energía espiritual que se descargan al ponerse en contacto con la persona a quien van dirigidos; ¿por qué, pues, habríamos de suponer que los efectos de su acción son distintos cuando el pensador carece de cuerpo físico? La oración o el pensamiento amoroso en pro de un muerto querido llegan a él y le auxilian, sin que pueda fallar su acción mientras fija en el universo la ley constitucional de causa y efecto. Aun las mismas oraciones y pensamientos hacia los muertos en general tienen muchísima importancia, no obstante la vaguedad que parece aminorar su eficacia. El mundo no sabe cuanto debe a los religiosos que noche y día se entregan de continuo a rogar por los muertos.

Generalmente desconocemos las condiciones en que después de la muerte se hallan nuestros parientes y amigos e ignoramos lo que mejor les conviene. Por lo mismo hemos de ir con cuidado en no actualizar energías que pudieran serles perjudiciales; y a mi entender, no hay medio más a propósito que restaurar la fórmula prescrita por la iglesia católica en la hermosa antifona del oficio de difuntos que dice: *Requiem eternam dona ei Domine et lux perpetua luceat ei.* (Dadle ¡oh señor! el descanso eterno e ilumínele la perpetua luz). Porque a menos que tengamos indudables trazas de la dirección que hayamos de dar a nuestros pensamientos; ¿qué mejor deseo podemos expresar que el concretado desde hace muchísimo tiempo en la antifona cuyas palabras han sido durante siglos el canal por donde fluyeron los benditos afectos del amor ardiente que alivió tantos sufrimientos y allegó no menos beneficios?

Si somos capaces de comprender la conveniencia de esta antifona a las necesidades de los difuntos, nos convenceremos de que quien la compuso sabía mucho sobre el particular o tal vez sin saber gran cosa recibió inspiración para componerla. Porque sus dos cláusulas expresan exactamente las condiciones más apetecibles para el difunto. La primera le desea eterno descanso de todo pensamiento y cuidado terrenos, a fin de que nada le perturbe en su camino hacia el mundo celeste; la segunda impetra que la perpetua luz del amor divino refulja sobre él a través de la parte superior de su naturaleza y le guíe constantemente hacia arriba para acelerar su progreso. Verdaderamente, el auxilio que el mundo terrestre puede prestar a los muertos, no va más allá del que se deriva de esta oración ardiente y perseverantemente ofrecida.

Vemos, por lo tanto, que la religión (excepto las sectas contrarias a los sufragios del alma) ha hecho mucho por los difuntos y hubiera podido hacer más todavía si se empeñara en depurar tan piadosa costumbre de las supersticiones y prejuicios corrientes entre el vulgo con respecto a la muerte. De

todos modos, a la religión le cabe la responsabilidad de otros errores por ella misma difundidos, según veremos más adelante.

Teoría singular.—Uno de los prejuicios más extendidos es el que niega la posibilidad de conocer con certeza las condiciones de ultratumba; y por absurdo que parezca, muchas gentes devotas creen que el hombre no es capaz de saber nada del otro mundo, cuyos misterios oculta Dios intencionalmente a la vista humana, de modo que fuera impiedad el solo intento de escudriñarlos. Seguramente no cabe creencia más deleznable, porque si alguien posee las facultades a cuyo ejercicio se abre el otro mundo, ¿cómo suponer que esté deliberadamente cerrado para nosotros? Si alguien tiene a cada momento pruebas evidentes del otro mundo y de la continuidad de la vida de nuestros prójimos en él, ¿habremos de negar su existencia y esconder la cabeza entre la arena a modo de avestruces? Si los más excelsos santos aseveraron la existencia del otro mundo y describieron sus visiones con las experiencias recibidas de ellas, ¿vamos a suponerlos a todos culpables de impiedad por escudriñarlo o de superchería y dolo al exponer las verdades de esta vida superior? Ciertamente sería superfluo todo argumento que adujéramos contra tan disparatada negativa.

Si estamos convencidos de que varios de nosotros somos capaces de ver el mundo oculto y si la facultad de verlo denota cierto grado de evolución, inferiremos que tal facultad es patrimonio de todos nuestros hermanos, quienes, sin excepción, podrán ver algún día lo que hoy solo ven algunos de nosotros, y que por lo tanto, la adquisición de esta clarividencia es un incidente de la evolución del hombre y una parte determinada del sistema del universo, como perfeccionamiento y adelanto que ha de ser bien recibido para aprovecharlo mejor en vez de tenerlo por anormal e impío. Mucho más nos afirmamos en ello al advertir los resultados consiguientes a la posesión de esta facultad, y vemos que el conocimiento del mundo supraterrrenal desvanece en el hombre todo temor a la muerte y le libra de toda ansiedad y zozobra respecto a la situación de los difuntos; pero mayor si cabe es nuestra convicción al advertir que quienes poseen este conocimiento pueden ser a los muertos infinitamente más útiles que los hombres ignorantes. Sabemos que mucho bien y ningún mal proviene del pleno conocimiento y de la abierta esperanza que nos infunde la visión de lo alto. Sabemos que nada pernicioso hay en lo que nos aproxima a la eterna verdad oculta tras las formas terrenales de manifestación.

El terror a la muerte.—Del prejuicio falaz que supone incognoscible el mundo de ultratumba, deriva en gran parte y está directamente relacionado con él el terror a la muerte que tan gravemente influye en las vidas de muchos hombres. Nadie suele tratar este punto en la conversación ordinaria; pero quienes, como los sacerdotes, están en íntimo contacto con gran número de gentes, saben de sobra cuán intenso es el terror a la muerte en algunos que la ven como espectro cuya constante amenaza no les deja ni una hora de sosegada libertad.

Por supuesto, que quien teme la muerte teme también la de sus allegados.

y cuando la de alguno de ellos sobreviene, no solo se entristece por la separación, sino por la suerte que le haya cabido. El conocimiento de las verdades relativas a la muerte desvanece al mismo tiempo el terror y la ansiedad, y el hombre debidamente instruido en este punto considera la muerte como un paso de la vida y se convence de que la existencia de ultratumba no es más temible que la terrena. El temor nace, no tanto de vislumbrar algo espantoso, como del sentimiento de lo incierto y del horror a los abismos sin fondo. Cuando a esta falsa creencia substituye el definido conocimiento de lo que con el mundo astral se relaciona, el hombre cobra confianza y está dispuesto a arrostrar ecuánimemente su destino. La convicción de que en los mundos superiores rigen idénticas leyes que en el nuestro nos pone en más íntimo contacto con ellos y nos acostumbra a mirarlos como residencia propia. Tenemos entonces la certidumbre de que en todos los mundos estamos igualmente sujetos al mismo poder, y que por lo tanto, nosotros y nuestros allegados tenemos la misma seguridad en todos.

CAPÍTULO II

Pruebas de la supervivencia

Es, en verdad, extraño, que esté tan difundida entre nosotros la opinión errónea que compara la muerte a “ignoto país de cuyas fronteras ningún viajero puede regresar.” La extrañeza sube de punto al advertir que en todos los países del mundo y en todas las épocas de la historia regresaron constantemente viajeros de aquellas lindes.

Cierto que estos notables errores son en su mayor parte peculiares de los occidentales y constituyen uno de los productos de la singular modalidad de civilización que tanto nos engríe. Si Europa es patria de las últimas subrazas que han dominado la tierra con su poderío militar, sus descubrimientos científicos y sus invenciones mecánicas, no es extraño que Europa se indentifique con el mundo y considere sus opiniones y doctrinas como las únicas dignas de tenerse en cuenta. Sin embargo, Europa es tan solo un rinconcito del mundo y los europeos somos una raza muy joven con todo el vigor pero también con todas las arrogancias y crudezas de la mocedad. No es raro que disimulemos nuestra rasa ignorancia de ciertas materias, asegurando dogmáticamente que nada es posible saber de ellas, y nuestra manera de considerar los problemas de la vida de ultratumba es uno de los peores ejemplos de esta costumbre. Si la teología popular no se hubiese desviado casi enteramente, por desgracia, de la doctrina de la reencarnación, otras serían sus ideas sobre la muerte. El hombre convencido de que ha muerto muchas veces antes de ahora, mira este tránsito más filosóficamente que quien lo considera como una experiencia absolutamente nueva y cargada de todo linaje de vagas y pavorosas contingencias. En este concepto, no cabe duda de que todos los viajeros regresan de aquellas lindes, aunque los más evolucionados tarden en volver cosa de milquinientos años. Pero en otro concepto muy distinto, hay viajeros que regresan mucho antes en circunstancias llamadas apariciones.

Apariciones.—Hace pocos años estaba de moda ridiculizar a cuantos tenían la suerte de hallarse cara a cara con un morador del mundo invisible; y aunque semejantes apariciones no eran entonces menos frecuentes que ahora, los interesados no hablaban del caso por temor de perder su reputación de sensatos miembros de una sociedad materialista. Sin embargo, en estos últimos tiempos ha reaccionado saludablemente la opinión pública en este punto, y la befa de los fenómenos psíquicos, lejos de ser prueba de vigor mental, lo es de ignorancia y presunción. Nada vale el necio y cotorril

grito de ¡superstición! en tiempos en que existe una sociedad de Investigaciones Psíquicas con miembros tan famosos como William Crookes, Oliverio Lodge y el insigne político Arturo Balfour, que publica voluminosos tomos de memorias referentes a dichos fenómenos, merecedores de cuidadosos y prolongados estudios.

El imparcial examen de lo referente a las apariciones nos demuestra que en todos los países del mundo hay atestiguados relatos de la vuelta eventual de los muertos. Estos visitantes rara vez dieron pormenores del mundo de que procedían, aunque muchos pueden inferirse de la comparación y cotejo de varios casos. Pero de todos modos, la supervivencia del hombre después de la muerte está demostrada por cuantos sin prejuicio investigaron estos relatos.

Dice a tal propósito W. T. Stead en la introducción a su obra *Verdaderas historias de fantasmas*: “De todas las supersticiones vulgares de las medianías intelectuales, ninguna tan difícil de extirpar como la absurda falacia de que no puede haber fantasmas cuya existencia conocen todos los hombres doctos, sean espiritualistas, poetas o científicos, y también los indoctos que estudiaron atentamente el asunto. Los investigadores sinceros ya no discuten la existencia de los fantasmas, y si alguien la pone en duda, le dejan investigar por su propia cuenta para que al cabo de seis meses o acaso de seis semanas y tal vez de seis días no pueda negar la existencia del fenómeno vulgarmente llamado fantasma. Se darán mil explicaciones, más o menos ingeniosas, del origen y naturaleza de los fantasmas, pero no cabe duda de la existencia de la entidad en sí misma.

Espiritismo.—Para volver a la tierra se han aprovechado muchos difuntos de los medios que les proporciona el moderno espiritismo. De sobra sé que en este punto ha habido muchos fraudes y supercherías, pero también sé, por observación personal, que los investigadores pertinaces y laboriosos tienen ocasiones de encontrar la verdad por este medio. Sin embargo, a menos que sean expertos en clarividencia superior, correrán el riesgo de caer bajo el influjo de entidades enmascaradas, o en alguno de los muchos hoyos de que está lleno el camino de este linaje de investigaciones. Por mi parte procuraré analizar cuidadosamente más adelante algunos fenómenos de espiritismo, pero entretanto los aduciremos como otra fuente en que pueden informarse de la vida de ultratumba cuantos deseen conocer algo de ella. Se objetará que por muy valioso que sea el testimonio espiritista, queda desvirtuado por su inconsistencia, ya que difieren notablemente los informes dados por los espíritus en distintas épocas y lugares. Esto es muy cierto, y en modo alguno afirmaré yo que toda prueba espírita sea igualmente admisible; pero sí diré que, en la mayor parte de los casos, las entidades comunicantes dicen la verdad, tal como la entienden, y que la discrepancia entre las comunicaciones de dos de ellas dimana a menudo de que ambas tienen sus respectivas opiniones, pero en modo alguno de superchería intencionada. Por ejemplo, la mayoría de los espíritus que se comunican mediumnísticamente en Inglaterra y Norteamérica describen el estado postmortem como una vida

que se desenvuelve progresivamente en la “tierra verllal”, que al fin y al cabo es tan solo remedo glorificado del mundo terrestre; y cuando dan alguna enseñanza religiosa se contraen casi siempre al cristianismo anabaptista, ciertamente más amplio y menos rígido que el ortodoxo, aunque muy vago, si bien de índole inconfundiblemente cristiana. Tan acostumbrados están allí a semejantes comunicaciones, que viva fué mi sorpresa al asistir en Ceilán a una sesión en que todas las entidades habían sido budistas en su última encarnación y encontraban corroboradas más allá de la tumba sus ideas religiosas, exactamente lo mismo que los cristianos de Inglaterra y Norteamérica. Pero estas discrepancias se explican fácilmente al advertir que, después de la muerte como antes de ella, cada cosa atrae a su semejante y que las gentes de la misma raza, religión o aasta permanecen allí agrupados tan separados del resto de la humanidad como aquí lo estuvieron.

Un método más seguro.—Aunque es indudable que por comparación y cotejo de las diversas apariciones y por conducto mediúmnico pueden obtenerse conocimientos relativos a los estados *postmortem*, hay, sin embargo, otro método mucho más preciso y satisfactorio para adquirir todos los pormenores de la vida en el otro mundo, según nuestra inteligencia los comprende mientras permanecemos en el plano físico. Es perfectamente posible que los llamados vivos entren en este otro mundo para investigarlo a discreción, comunicarse con sus moradores y, vueltos de nuevo a la existencia física, describir cuanto hubiesen visto. Vamos a explicar la posibilidad de este hecho.

El cuerpo físico, con el que creemos estar tan familiarizados, no es el único vehículo por cuyo medio puede manifestarse el alma humana ni son los cinco sentidos los únicos canales por donde recibe el conocimiento del mundo exterior. Ya dijo San Pablo hace siglos que hay “cuerpos terrenales y cuerpos celestiales”; y aunque con esto se refiriese tal vez al elemento del hombre que según los teósofos supera en nivel al mundo astral, no dejan de convenir sus palabras a este no tan superior estado. Porque es cierto que todo hombre posee un cuerpo sutil además del físico, y un cuidadoso análisis demuestra que el alma dispone de varios vehículos con sus medios peculiares de percepción adecuados al respectivo plano de la naturaleza.

El estudiante teosófico no necesita explicación de la teoría de los planos de la naturaleza; pero el que por primera vez saluda las enseñanzas de la religión de sabiduría, debe convencerse ante todo de que en nuestro sistema solar hay una serie de planos o mundos interpuestos, con su respectiva densidad de materia, el más inferior de los cuales es el mundo físico. También es cierto que el hombre corpóreo tiene diversos grados de materia correspondientes a los planos en que efectúa su evolución; y así como la actividad habitual de los sentidos corporales le capacita para recibir impresiones del universo físico, de igual suerte la una vez despierta actividad de lo sentidos sutiles le capacita para recibir impresiones de los mundos de materia sutil que por todas partes le circundan. Cuando la muerte le separa del cuerpo físico, el Ego o alma humana se adapta a las nuevas condiciones de existen-

cia y aprende a utilizar los sentidos del vehículo inmediato, llamado cuerpo astral, que le capacita para darse cuenta del mundo astral inmediatamente superior, o más bien compenetrado con el físico, pero de materia menos densa. Por lo tanto, a fin de conocer la vida de ultratumba solo necesitamos aprender a utilizar los sentidos astrales durante la existencia terrena.

Indudablemente está latente en todos los hombres la facultad de percepción en todos los planos, si bien a la mayor parte de nosotros nos es preciso evolucionar larga y lentamente antes de que nuestra conciencia pueda actuar en los vehículos superiores. Sin embargo, respecto al cuerpo astral es algo diferente el caso, pues la conciencia de los hombres cultos de las razas más adelantadas del mundo, no solo puede responder a las vibraciones de la materia astral, sino servirse de este cuerpo sutil como de instrumento y vehículo.

Nuestras condiciones durante el sueño.—No solamente al morir, sino cuantas veces duerme, se separa el hombre de su cuerpo físico y emplea su cuerpo astral, aunque durante el sueño no se quiebra el enlace entre ambos cuerpos y con mucha facilidad vuelve al plano físico. Esta separación del cuerpo astral constituye el sueño ordinario del cuerpo físico, porque, en realidad, duerme el cuerpo y no el hombre. Los hombres cultos a que hemos aludido tienen ya los sentidos astrales lo suficientemente aguzados para observar, si quisieran, cuanto les rodea durante el sueño y aprender mucho de la observación; pero la mayoría no han despertado aún y desperdician las noches en una especie de sombrío estudio, apesadumbrado por los pensamientos que les dominaban al coger el sueño. Tienen facultades astrales y apenas las ejercitan; están despiertos en el plano astral, y sin embargo, lo despiertan a él, por lo que sólo advierten con muy vaga conciencia, si acaso advierten, lo que les rodea.

Pesa sobre ellos la costumbre inmemorial de una larga serie de vidas en que no ejercitaron las facultades astrales que han ido desenvolviéndose lenta y gradualmente en su interior como el polluelo en el huevo. El cascarón de las facultades astrales está constituido por el gran número de pensamientos concentrados en que se sume el hombre vulgar y le impiden ver cuanto sucede al otro lado de aquel espeso muro por el mismo levantado. Algunas, aunque muy pocas veces, una violenta conmoción exterior o un enérgico deseo interno, pueden rasgar momentáneamente tan tupido velo y dar paso a definidas impresiones; pero, aun en este caso, la rasgadura vuelve a cerrarse al instante y queda el hombre en las condiciones anteriores. La lenta pero segura evolución del hombre disipará en un lejano porvenir la neblina que le envuelve, de modo que poco a poco llegue a ser consciente del poderoso mundo de vida intensamente activa que le circunda. También puede suceder que, una vez conocidos los hechos, desvanezca la neblina con perseverante y persistente esfuerzo interior y logre dominar la inercia resultante de largos siglos de inacción. Esto es sencillamente el aceleramiento del proceso natural, que nada tendrá de nocivo mientras el desarrollo del hombre se efectúe con igual rapidez en los demás aspectos. Pero si despertara sin haber alcan-

zado al mismo tiempo la energía mental y moral que naturalmente han de preceder al despertar, contraería la responsabilidad de valerse siniestramente de los poderes adquiridos, o de quedar atemorizado ante fuerzas que no podría dominar ni comprender.

Ejercicio de observación.—Al hombre que empieza su educación oculta, se le enseña desde el principio a desechar los hábitos ordinarios de pensamiento y a ver el nuevo y hermoso mundo circundante, con objeto de que pueda actuar inteligentemente en él, aunque de momento no recuerde en estado de vigilia sus experiencias astrales, pues este recuerdo depende de la facultad de transportar ininterrumpidamente la conciencia de un plano a otro, y nadie tiene que ver con la aptitud de actuar libremente en el mundo astral. Pero en el transcurso de la evolución se desenvuelve también la facultad de recordar, y el hombre es entonces tan consciente en el plano astral como en el físico, de modo que lo mismo puede utilizar los sentidos y facultades astrales en la vigilia que en el sueño. Cuando llega a este estado ve en su torno a los llamados muertos y es capaz de estudiar sin dificultad las condiciones en que viven e informarlos con exactos pormenores de la existencia de ultratumba. De los informes de estos observadores obtenemos las más completas y satisfactorias ideas del otro mundo.

Es cierto que las observaciones solo suministran prueba directa al mismo observador; pero aun para los demás constituyen un testimonio de primera mano apoyado en la investigación personal. Si vemos que cierto número de investigadores operan independientemente para después cotejar su labor que coincide en los puntos capitales, resultará acrecentado poderosamente el valor de la prueba; y cuando además veamos que las investigaciones confirman plenamente y en algunos casos explican las enseñanzas dadas sobre este punto por las religiones más antiguas del mundo, no podremos por menos de reconocer la indisputable valía del testimonio, que fuera locura recusar en las discusiones acerca de esta materia. Las hipótesis establecidas por los investigadores son las únicas que satisfactoriamente explican las diversas clases de fenómenos psíquicos que de continuo se ofrecen a nuestro estudio, y según ya hemos dicho, nada hay en las antiguas y verdaderas doctrinas del cristianismo que se oponga a estas hipótesis.

Por supuesto, que para los estudiantes teósofos continuamente activos en el plano astral, es su existencia tan evidente como la del plano físico, y así hay entre nosotros un número siempre creciente de investigadores para quienes el mundo astral ya no es objeto de discusión sino de conocimiento. La multitud de hechos conocidos y comprobados por este medio son de muy alentadora valía, pues nos muestran la muerte como un incidente de la vida inmortal que en modo alguno nos ha de entristecer ni atemorizar, sino que, por el contrario, hemos de aceptarla como el tránsito a más alta y verdadera existencia.

CAPÍTULO III

Errores religiosos

Examinemos ahora algunos errores acerca de la muerte, que con razón debemos atribuir especialmente, no al cristianismo verdadero, sino a su moderna y absurda desnaturalización. Ya hemos aludido a la cruel doctrina del tránsito instantáneo del alma a un cielo o infierno eternos, según sostienen las más retrogradadas sectas. Esta enseñanza ha ocasionado graves males en diversos sentidos y por su evidente absurdo produjo numerosos incrédulos. Era tan imposible admitir semejante idea, que las gentes dispuestas a aceptarla se encontraban en la alternativa de suponer a la Divinidad menos misericordiosa de lo que el dogma decía, o de admitir la repentina mudanza de las cualidades morales del difunto que de pronto se convertía de pecador en santo merecedor del cielo, o se trocaba en demonio con súbita pérdida de los gérmenes de bondad en él latentes.

Parece inútil demostrar lo insensata y errónea que es tal doctrina. La naturaleza nunca procede a saltos, sino que en todo opera gradualmente, y paso a paso elimina los elementos nocivos y fortalece los débiles de una manera natural sin intervenciones milagrosas. La muerte no altera en modo alguno las condiciones del hombre y lo que era el día antes de su muerte sigue siendo ni más ni menos el día después. Si estaba dotado de mente espiritual, de profunda devoción o de poderoso talento en vida, no pierde estas características después de la muerte; pero si, por el contrario, fué vil y mezquino, henchido de bajos pensamientos y deseos sensuales en la tierra, conserva estas malas cualidades al atravesar el dintel del sepulcro. Lo cierto es que la muerte no afecta en lo más mínimo al hombre real, ni la separación del cuerpo físico tiene en su naturaleza mayor influencia que los cambios de vestido. Cuando el hombre se percata de esta verdad, considera la muerte como uno de tantos procesos de la naturaleza y ve que es tiempo perdido esperar metamorfosis milagrosas, pues ha llegado lenta y continuamente a ser lo que quiso, con arreglo a la eterna e inmutable ley que si por una parte nada concede sin merecimiento, nunca deja de recompensar con matemática exactitud los esfuerzos del hombre. El mundo invisible pasa entonces para él, de los dominios imaginarios de la fantasía al positivo reino de la ley universal, y así sabe con certeza en lo que ha de confiar.

Preparación para la muerte.—La religión cristiana nos ha acarreado otro grave daño al exagerar la necesidad de prepararnos especialmente a bien morir. La iglesia católica es en este punto, como en todos, más sabia y tole-

rante que las sectas, pues si bien recomienda vivamente la administración de los sacramentos cuando el enfermo puede recibirlos, se abstiene de juzgar adversamente al que muere sin ellos. Por el contrario, para la mayor parte de las sectas la eterna bienaventuranza del hombre depende del estado de su alma en el momento de la muerte, y se salva o se condena según se halle o no en el de gracia. Esta extraña teoría de la salvación por el histérico sentimiento de creerse salvado, es quizás una de las más grandes aberraciones de la inteligencia humana, si cabe inteligencia en semejante superstición.

Esta grosera idea produce crueles efectos, porque si un hombre muere de repente y lejos de su casa, como los soldados en la guerra, es evidentemente imposible que sus allegados sepan con certeza cuál era el estado de su mente al morir, y de aquí provienen temores y ansiedades inútiles. Según ocurre con todas las supersticiones populares, en el fondo de este extraño concepto hay un tenue vislumbre de verdad, aunque del todo insuficiente para hacer honesta la enorme falacia apoyada en ella.

La única preparación verdaderamente útil para la buena muerte es la bien empleada vida. Si un hombre ha vivido rectamente, poco importa lo que este pensando en el momento de morir de un balazo; pero si no deja tras sí una vida ejemplar, en vano esperará que la muerte altere su porvenir por un espasmódico arrepentimiento de última hora. Naturalmente, que el malo ha de enmendarse un día u otro, y si la inminencia de la muerte le mueve a la enmienda, no dejará de ser esta eficaz, pues aunque subsista el karma creado en su vida pasada, si persiste en sus buenos propósitos podrá alterar la operación de dicho karma e intuir en su destino futuro.

Sería despropósito afirmar que el último pensamiento de un hombre antes de la muerte no tenga importancia alguna; por el contrario, tiene mucha en el caso de una persona escasamente evolucionada. Conviene recordar que la Teosofía da gran valor a los pensamientos que preceden inmediatamente al sueño, porque en nuestro actual estado de evolución quedamos casi toda la noche bajo su influencia, si bien esto apenas tiene importancia para los que ya completamente despiertos en el plano astral, pueden pasar con facilidad de un pensamiento a otro, y prescindir a voluntad del que tenían antes de dormir. En este caso, la importancia está en la índole general de los pensamientos, porque tanto de día como de noche actúa la mente según su costumbre habitual.

De la propia suerte, en el caso de los hombres regularmente evolucionados, la tónica general de la mente, durante la vida terrena, da la clave de su actuación durante la vida astral, sin que importe gran cosa la idea particular que le ocupaba en el momento de transición de uno a otro estado. Pero en los Egos completamente no evolucionados, cuya conciencia astral es todavía vaga e incipiente, puede tener muchísima importancia el último pensamiento, porque la mente quedará ocupada en él durante algún tiempo y solo poco a poco se irá amortiguando. Por esta razón, el último pensamiento da la tónica de una buena parte de la vida astral del hombre y, en consecuencia, le sirven de mucho los buenos pensamientos en la hora de la muerte.

La muerte del soldado.— Sin embargo, nadie duda ni titubea en lo concerniente al destino ulterior del hombre que abnegadamente muere en cumplimiento de su deber. Su porvenir, como el de todos, dependerá de su vida y no de su muerte; pero aquel género de muerte será un poderoso factor de su evolución, pues el heroísmo desplegado al morir por lo que para él era una idea abstracta, es mucho adelanto desde su previa situación, sin que para nada influya la justicia o injusticia abstracta de la causa en cuyo pro militara, pues basta que la crea justa con el deber de defenderla y obedecer al llamamiento de la patria aun a riesgo de perder la vida. Conviene observar que la mayor parte de soldados no encontrarían en la monótona vida de labriego la ocasión que de explayar denodado heroísmo les deparan los campos de batalla, y así tenemos que, no obstante los horrores de la guerra, puede ser hasta cierto punto factor valioso de la evolución humana. Tal es el punto de verdad oculto en la creencia musulmana de que los muertos en defensa de la fe van derechos a gozar por toda una eternidad delicias paradisíacas.

Sin embargo, aunque en algunos casos sea más provechoso para la evolución del hombre morir en la guerra que seguir viviendo en la tierra, por regla general está muy puesta en razón la plegaria de la Iglesia que dice: “De muerte repentina, libranos Señor.” Cuando el hombre llega a viejo, la mayor parte de sus bajos deseos se extinguen antes de la muerte y, por lo tanto, no le queda mucho por hacer en la vida astral. Las enfermedades largas suelen producir el mismo efecto; pero el hombre que muere repentinamente en plena virilidad se encuentra en caso muy distinto, pues sus deseos son vigorosos y activos y para extinguirse necesitan un largo período de vida astral. Al mismo tiempo si sabe aprovechar esta vida, podrá producir mayor suma de buen karma que en igual período hubiera engendrado en el plano físico, de lo que resultan siempre dos aspectos dignos de consideración.

En algunos casos, el hombre arrebatado de pronto a la vida física, permanece por largo tiempo inconscientemente dormido en rosados ensueños, según decía una de las primeras enseñanzas que se nos dieron. En otros casos, por el contrario, persiste la conciencia sin ninguna interrupción y no siempre es fácil descubrir las leyes que rigen estas variaciones. Por regla general, puede afirmarse que el estado astral del hombre depende mayormente de la dirección habitual de su conciencia.

Por ejemplo, muchos jóvenes, en cuyo cuerpo astral abunda la materia ínfima de este plano, no tendrían en ella su conciencia si en tiempo oportuno hubiesen contenido sus apetitos sensuales. En el cuerpo astral, así vigorizado, la materia ínfima forma las capas exteriores como único medio receptor de las vibraciones circundantes. Pero el hombre no acostumbrado a recibir esta clase de vibraciones, tampoco puede adquirir repentinamente la facultad de recibirlas y, por lo tanto no le afectará los desagradables elementos del ínfimo subplano astral.

Otra compensación otorgada a las víctimas de muerte repentina por accidente, o en el campo de batalla, es la especial solicitud con que las atiende la cohorte de protectores invisibles. Se afirma que esta labor estuvo encomen-

dada primitivamente a una categoría elevada de entidades no humanas; pero hace algún tiempo que a los hombres capaces de actuar conscientemente en el plano astral se les confirió el privilegio de ejercer tan amorosas funciones. El auxilio de los protectores invisibles es más necesario en los casos de muerte repentina, no solo porque las víctimas han de manejar un vigoroso cuerpo astral, sino porque generalmente se acongojan y sobresaltan al verse en él. La tarea del protector consiste, por lo tanto, en ayudarles y consolarlos explicándoles, en cuanto sea posible, la condición en que se hallan y como deben actuar. Todas las experiencias adquiridas en los planos superiores nos demuestran que en cualquier caso podemos salir airosos, con tal de no apartarnos del plan de la naturaleza que provee a todas las contingencias, de suerte que, no obstante las dificultades sin cesar surgidas a nuestro parecer en el sendero de perfección, lo cierto es que todo está dispuesto para favorecernos y no para contrariarnos, y que las leyes eternas facilitan y no entorpecen nuestra evolución. Donde quiera que surge un obstáculo, es invariablemente efecto de la oposición del hombre al plan divino o de su torpeza en comprenderlo, y cuando dejamos atrás la confusión de los planos inferiores reconocemos cuán verdadera es la antigua sentencia, según la cual todas las cosas se conjuran en beneficio de los que aman a Dios.

CAPÍTULO IV

Nuestra actitud respecto de la muerte

Al examinar los diversos errores religiosos que sobre la muerte profesa el vulgo, he indicado con alguna extensión la actitud en que respecto a ella se mantienen los estudiantes de Teosofía. Desde nuestro punto de vista, hemos de mirar la muerte como suceso de mucha menos importancia para el alma humana de lo que generalmente se supone. Al vulgo occidental se le presenta la existencia física como una línea recta, que abruptamente comienza en el nacimiento y con igual brusquedad termina en la muerte. Por el contrario, aun considerando tan solo una encarnación, la existencia física es para los teósofos el segmento mínimo de un vasto círculo cuya circunferencia está cortada en los dos puntos de nacimiento y muerte por la recta limítrofe de los mundos físico y astral.

Nuestro conocimiento de la etapa prenatal del camino que recorre el alma en su descenso a la encarnación, apenas basta para permitimos trazar con exactitud el diagrama de sus pasos. Pero si tal hicieramos, es evidente que el sendero del alma quedaría indicado por una curva cerrada que, partiendo del Ego, volviera a él después de atravesar los mundos inferiores. El Ego estaría representado en su vehículo causal por una estrella situada en el subplano superior del plano mental, y la curva indicadora de la parcialmente desprendida personalidad pasaría primero por el subplano inferior del plano mental, después atravesaría el límite superior del plano astral y todos los subplanos de este mundo, hasta hundir una corta porción de su longitud bajo la linde que separa el astral del físico, para ascender por último al punto de partida a través de los diversos planos y subplanos. No es posible representar esta trayectoria por una circunferencia dividida en arcos iguales para indicar períodos iguales de tiempo, porque el descenso a la encarnación es generalmente mucho más rápido que el ascenso ulterior; pero de todos modos, la línea sería curva, plana y cerrada, sin ángulos incompatibles con el ordenado progreso evolutivo, que no consiente cambios de dirección. Sin embargo, si representáramos la trayectoria del alma por una circunferencia, ¿qué longitud de arco habría de hundirse bajo la linde de los planos físico y astral? El cómputo nos demostraría que el arco representativo de la vida física no ha de pasar de la trigésima parte de la total circunferencia y aun algo menos en algunos casos. Cuando nos convenzamos de esta verdad, vislumbraremos las proporciones exactas entre las vidas física y superfísicas, no obstante el grosero materialismo de nuestra época.

El punto verdaderamente importante.— No hay razón alguna para dar mayor importancia a los puntos que, en la circunferencia diagrámica, señalan la entrada y la salida del plano físico. Por el contrario, el único punto de verdadera importancia está situado entre aquellos dos y señala la distancia máxima de la personalidad errante con relación a la estrella fija del Ego, o sea el punto de conversión en que la personalidad termina el descenso e inicia el ascenso. En la vida del hombre está representado este punto de máxima distancia por el período en que ya no le satisfacen las cosas mundanas y convierte definitivamente su pensamiento a las divinas. Desde luego que este punto es en el ciclo de vida mucho más importante que los de nacimiento y muerte, porque culmina la energía actualizada del Ego y el tránsito, por así decirlo, de la expiración a la inspiración.

Ciertamente que si la curva fuese circunferencia de círculo, el punto de conversión estaría situado en el promedio de la vida física. El hombre llegaría a este punto sin darse apenas cuenta ni diferenciarlo del movimiento cíclico, como el planeta llega por ley cinemática a su afelio; pero dicho punto estaría en posición equidistante de los de nacimiento y muerte. No deja de ser significativo que este símil geométrico coincida exactamente con la traza ideada al mismo propósito por los antiguos sabios de Oriente. Según las reglas de aquel entonces, el hombre había de emplear los veintiún primeros años de su vida en la educación y los veintiuno siguientes en el cumplimiento de su deber, como sostén de casa y padre de familia; pero llegado en este punto al promedio de la vida, había de abandonar por entero los cuidados mundanos y transmitir a su primogénito casa y hacienda para retirarse con su esposa a una cabaña no muy distante, donde pasar los veintiún años siguientes entregados a la vida contemplativa; y si la muerte les dejaba llegar a la senectud, podían entonces retirarse al yermo en completo alejamiento del mundo, aunque el punto verdaderamente importante era el promedio de la vida. También conviene recordar que, en el antiguo Perú, quedaba el hombre exento de sus obligaciones mundanas a los cuarenta y cinco años para dedicarse con toda libertad a los estudios de su predilección.

En occidente ha llegado a ser la vida tan desarreglada y ficticia, que aun en la vejez siguen muchos hombres empeñados en el tráfigo de los mundanales negocios, de suerte que se desquicia su organismo. La tarea de purificación y desprendimiento que debiera comenzar en el promedio de la vida, se demora hasta que sobreviene la muerte, y entonces no hay más remedio que llevarlo a cabo en el plano astral, por no haberla efectuado en el físico. De este modo, la ignorancia del verdadero significado de la vida retrasa el progreso del hombre.

Ventajas del conocimiento.— Si grave es el daño resultante de ignorar estas verdades durante la vida, lo es todavía mayor después de la muerte. De aquí la enorme ventaja de los que tienen noción, siquiera intelectual, de las enseñanzas ocultas sobre este punto, porque advierten la proporción verdadera entre el fragmento físico de la vida y la vida entera, y no trabajan en la tierra tan solo para la trigésima parte del ciclo de su personalidad con desdén

de las otras veintinueve, sino que consideran la vida en conjunto y en toda ella obran cuerdamente. Al pasar al plano astral no se desconciertan ni acongojan, porque conocen lo que les rodea y saben como obtener la mejor utilidad posible de las condiciones en que se hallan. Este conocimiento les infunde valor y confianza sin mezcla de temor ni riesgo de extravío y los capacita para actuar, con abundancia de recursos, en un mundo donde de otro modo carecerían de auxilio como nave sin timón.

La experiencia ha demostrado que participan de estas ventajas hasta los hombres que tan solo oyeron hablar una sola vez de esta verdad (por ejemplo en una conferencia) y la consideran, a lo sumo, como una de tantas hipótesis sin suficiente estímulo como para inducirles a su estudio, pues si bien desperdiciaron la oportunidad que de ulterior información se les ofrecía, recuerdan en el plano astral lo que una vez oyeron y se apresuran a acomodar su conducta a las circunstancias coincidentes en un todo con lo que el orador dijera. De esta suerte tienen a lo menos un punto de contacto con el conocimiento y eluden algo de la desazón sentida por quienes se ven lejos de sus horizontes familiares, sedientos en un mar sin orillas, de cuyo fondo amenazan surgir a cada instante indecibles y aniquilantes horrores.

No es el sentimiento de seguridad y confianza la única ventaja que allega el definido conocimiento, sino que el hombre cuya planta halla terreno firme es capaz de auxiliar a los demás hombres y constituir un foco de paz y felicidad para centenares de recién entrados en los dominios del mundo invisible. De este modo engendra abundancia de buen karma y apresura notablemente su propia evolución.

Tristeza y pesar.— Desechados estos preliminares errores sobre la muerte, y conocido lo que hay de verdad en ella, echamos de ver cuan insensata y deleznable es la tristeza que habitualmente la acompaña, pues por una parte el dolor fingido recuerda el grotesco y anacrónico llanto de las plañideras como innoble supervivencia medieval; y, por otra, el exagerado pesar que infantilmente suponen las lágrimas teatrales, es en sí mismo un fatal error nacido de la más grosera ignorancia e incredulidad. Si un cristiano cree firmemente que su amado difunto esta gozando de la presencia de Dios, no habría de vestirse de luto, sino de gala, a ejemplo del verdadero teósofo, consciente de que el muerto ha pasado a mejor vida en el plano astral en espera de otra todavía más elevada y gloriosa en el mundo celeste.

Pero no solo el inconsiderado pesar por la muerte de un allegado es hijo de la ignorancia y acumula grandes e innecesarios sufrimientos, sino que los bruscos arrebatos de dolor y las continuas lamentaciones que de ellos derivan, perjudican en vez de favorecer al difunto por quien sentimos tan hondo afecto; porque cuando pacífica y naturalmente se sume en la inconsciencia que precede a su despertar en la gloria del mundo celeste le sacan violentamente de su dichoso ensueño los lamentos y aflicciones de los que dejó en la tierra y le representan el lúcido recuerdo de la vida que acaba de pasar con las correspondientes vibraciones en su cuerpo astral, cuyo efecto nocivo es deprimirle y retardar notablemente su progreso espiritual. Esta falta de resig-

nación por parte de los supervivientes, es uno de los más graves obstáculos con que tropiezan los auxiliadores de los muertos, hasta el punto de inutilizar largas horas de paciente labor en este sentido. Los mismos muertos se dan a veces cuenta del impedimento que les opone la aflicción de sus ignorantes, aunque bien intencionados allegados, según puede colegirse de algunas leyendas tradicionales entre los labriegos de Bretaña.

Ni por asomo debe inducirse de esto que los ocultistas muestren predilección por los amigos y parientes a quienes más amaron, ni que su doctrina les ordene olvidar a los muertos. Por el contrario, el recuerdo ha de ser tal que auxilie y no dañe y que a los egoístas e inútiles lamentos, substituyan ardientes y amorosos deseos, según ya hemos aconsejado. El superviviente ha de levantar su pensamiento a lo alto y olvidarse de sí mismo y de la ilusión de la pérdida aparentemente sufrida, a fin de mejorar la situación del difunto.

Otra idea muy generalizada sobre la muerte es que forzosamente ha de entrañar pena, y a robustecer este error concurren los burdos relatos de muertes desastrosamente angustiosas. Sin embargo, esta tradición debe añadirse a la cuenta de los errores aún subsistentes, porque los horribles estertores de la agonía son casi siempre los últimos movimientos del cuerpo físico cuando ya el Ego ha salido de él. En la mayoría de los casos el tránsito se efectúa sin dolor alguno, aun cuando la enfermedad haya sido larga y penosa, como lo prueba la apacible expresión del rostro del difunto, aparte del testimonio directo de muchos a quienes se les interrogó sobre el caso, inmediatamente después de morir, cuando todavía estaban recientes en su memoria las circunstancias de la muerte.

La mayor verdad.—Aunque ya estemos convencidos de que tan solo pasamos en el plano físico una pequeña parte del ciclo de nuestra vida, no seremos capaces de evaluar exactamente su relación con el conjunto, si no comprendemos también y fijamos en nuestra mente la gran verdad de la vida en los mundos superiores. No es posible argumentar muy vigorosamente sobre este punto, porque la mayoría de las gentes están dominadas por los sentidos físicos, de modo que lo ilusorio les parece la única realidad, al paso que lo más cercano a la verdadera realidad les parece imaginario e ilusorio.

Por razones fáciles de comprender se ha llamado mundo ilusorio al plano astral, no obstante ser en un grado superior al físico y estar, por lo tanto, un peldaño más próximo a la verdadera realidad. Ciertamente es que hay mucho de ilusorio en este mundo, pero a mayores ilusiones nos expone el grosero velo de la materia física; y si lejos está, en verdad, la visión astral de la clara y omnipenetrante del alma humana en su propio plano, es, sin embargo, mucho más aguda y precisa que la de los ojos carnales. El mundo astral es al físico como el mental al astral, aunque la razón de estos dos últimos es más elevada dentro de la proporción; y así resulta que los períodos astral y mental, no sólo exceden en duración al físico, sino que cada momento de ellos, debidamente aprovechado, puede ser muchísimo más fructífero que los del período físico.

Necesidad de la vida física.—De lo expuesto pudiera inferirse que la vida física apenas tiene importancia, a no mediar la consideración de que, en nuestra actual etapa evolutiva, los es indispensable para adquirir copiosas experiencias por medio de las lentísimas vibraciones de esta grosera y pesada materia.

Sobre este punto conviene decir algo, aunque no sea más que para desvanecer errores en que hubieramos podido incurrir. Suponen algunos que si la muerte es el caso a mejor vida, y tan hermosa y apetecible nos la describen, nada debieramos hacer para evitarla ni afanarnos en conservar la vida física. Verdaderamente, si fuera lícito suponer que más le vale al hombre morir cuanto más pronto mejor, daríamos con ello ocasión a premiar el suicidio. Así sería si hubieramos de pensar únicamente en nosotros y en nuestro gusto; pero resultará todo lo contrario si atendemos a nuestros deberes para con Dios y el prójimo.

Aunque es indudable que los hombres cuya vida terrena estuvo provechosamente empleada en el bien, gozan de existencia astral mucho más cumplida y feliz que la física, conviene recordar que venimos a la tierra para realizar una labor que solo en ella puede realizarse. Manos divinas pusieron el instinto de conservación en nuestros corazones para facilitarnos el deber en que estamos de sobrellevar la vida terrena y mantenerla mientras las circunstancias lo permitan. Hay lecciones que solo se pueden aprender en el plano físico, y cuanto más pronto las aprendamos, más pronto también nos libraremos de la necesidad de volver a esta ínfima y limitada vida. El plano físico es actualmente el principal escenario de nuestra evolución, y solo en estas groseras e inapetecibles condiciones podemos por ahora realizar los necesarios progresos. El método más adecuado a nuestra evolución consiste en habituarnos a responder a las vibraciones exteriores; pero como las de amplitud e intensidad adecuadas a la esencial naturaleza del alma son demasiado sutiles y rápidas para provocar respuesta en la presente etapa evolutiva, es necesario empezar por las más rudas y lentas, para que de este modo, despertada la sensibilidad dormida, se vaya afinando y desenvolviendo poco a poco, hasta responder acordemente en todos los planos a toda la escala vibratoria, es decir, hasta ponerse en armonía simpática con todos los seres y todas las cosas. El logro de tan glorioso fin ha de comenzar en el plano físico. Cada encarnación le cuesta al Ego un no despreciable introito de turbaciones, sobre todo en el fatigoso período de la primera infancia, durante el cual ha de esforzarse por grados y con mucho esfuerzo en regular sus nuevos vehículos; y, por lo tanto, cuando terminada su paciente labor se ha construído a duras penas una serie de vehículos relativamente adecuados, tiene el deber y en su interés esta mejorarlos y conservarlos tan cuidadosamente como le sea posible, sin que en modo alguno deba desprenderse de ellos hasta que la Ley le mueva a hacerlo, excepto en casos de extraordinario y más alto deber, como el del soldado que se sacrifica en el altar de la patria. Así, nadie debe atentar oontra su vida antes de que llegue su hora, por más que al llegar la reciba gozoso en espera del descanso consiguiendo a la labor y del paso de tinieblas a luz, de sujeción a libertad, regocijándose a la

vista de la muerte.

Regocijo para el alma es ir de tierra adentro al mar y atravesando promontorios entrar en la eternidad .

Sin embargo, todo cuanto queda descrito nada significa en comparación de la gloriosa vida ulterior, la vida en el mundo celeste. El mundo astral es el purgatorio; el mundo mental, la eterna bienandanza que soñaron los monjes y cantaron los poetas, pero no un sueño en modo adulto, sino viviente y gloriosa realidad. La vida astral es dichosa para unos e infeliz para otros, según la disposición en que previamente se colocaron; pero todos gozan después de ella la felicidad perfectamente adecuada a las necesidades de cada cual. Pero esto lo describiremos más adelante.

En la mayor parte de los hombres no está la conciencia suficientemente evolucionada para actuar con desemvolutura en los vehículos superiores, por lo que hay ciertas modalidades solo asequibles mediante los sentidos físicos, aunque una vez alcanzadas en pleno despertar aquí abajo, pueden proseguirse en más mundos elevados. Así tenemos que, a pesar de lo ilusorio de la vida física, podemos considerarla como el período de siembra, durante el cual actualizamos fuerzas cuyo rendimiento cosecharemos en las más favorables y fructíferas condiciones de las esferas elevadas.

Pero esto en nada altera el fundamento de la realidad superior de las más altas esferas ni debe entibiar nuestro convencimiento de la eterna verdad de que la muerte es para nosotros el tránsito a mejor vida, y que cuanto de glorioso y bello conocemos ahora, no es nada comparado con la belleza y gloria de los mundos a que nos conduce, pues al atravesar las puertas de la muerte se nos cae la más tupida y opaca venda de cuantas nos impiden ver el rostro de Aquél que por sí mismo es gloria y belleza, del Señor que por igual domina la vida y la muerte.

Si nos convencieramos de la realidad de los mundos superiores daríamos de lado para siempre al fatal sentimiento de vaguedad y ofuscación de que las gentes rodean lo superfísico. No hay mayor enemigo del verdadero significado y utilidad de la vida ni arma más poderosa en manos de los mal intencionados que la desconsoladora vaguedad sobre la vida superior, durante tanto tiempo dominante en el pensamiento de la mayoría de los hombres de Occidente. El estudiante de ocultismo no encuentra dificultad alguna en estas enseñanzas, y seguramente que en las filas de nuestros miembros no hay ninguno que deje de estar convencido de las verdades expuestas.

CAPÍTULO V

La verdad de los hechos

Ya hemos aludido a las latentes facultades por cuyo medio puede conocerse directamente el mundo invisible y ver la vida de ultratumba con tanta claridad y tan minuciosos pormenores como en nuestro alrededor vemos la vida física. Algunos estudiantes teosóficos han aguzado ya sus sentidos internos y están en disposición de dar fidedignos informes acerca de tan interesantísimo punto. Estoy completamente convencido de que conviene reivindicarlo así, en vista de que hasta ahora nada habían dicho sobre el particular los expositores de la ortodoxia occidental. Los sacerdotes de cualquier religión nos explicarán a su manera las postrimerías del hombre y en apoyo de sus afirmaciones aducirán la doctrina de la Iglesia o los textos de la Biblia; pero ninguno de estos sacerdotes podrá decir: “Yo mismo he estado en el cielo y el infierno que os describo. Por mis propios ojos los he visto y se que son verdad.” Precisamente esto es lo que pueden afirmar los investigadores teosóficos, porque saben de que hablan y están familiarizados con una definida serie de hechos que observaron personalmente, hasta el punto de permitirles hablar con la autoridad y certeza propias tan solo del conocimiento directo. En consecuencia, al comunicar lo que saben, dirán siempre a sus oyentes:

“A menos que os parezcan evidentemente razonables, no habéis de admitir a ciegas nuestras afirmaciones, sino observad vosotros mismos todas estas cosas tan atentamente como podáis en sus diversos aspectos, y entonces estaréis en disposición de hablar de ellas a los demás con tanta autoridad como nosotros.” Pero ¿qué linaje de hechos descubrieron estas investigaciones?

La verdad de los hechos, en el actual momento evolutivo, es mucho más lógica que la mayor parte de las teorías dominantes. Se ha observado que, lejos de alterar repentinamente la muerte las cualidades del hombre ni de llevarle en puro espíritu a un cielo más allá de las estrellas, queda por el contrario, después de la muerte, exactamente el mismo que era antes de morir con sus peculiares potencias y facultades, de modo que se encuentra en las condiciones por el mismo determinadas. Los pensamientos y deseos vigorizados durante la vida física, toman definida forma de entidades vivas que le rodean y sobre él reaccionan hasta consumir la energía que le dió vida. Cuando los pensamientos y deseos han sido persistentemente malos, se convierten entonces en terribles compañeros, aunque, por fortuna, estos casos son los menos entre los moradores del mundo astral; pero lo que peores

efectos depara al hombre después de la muerte, es una vida frívola e inútil sin interés racional, empleada en complacencias egoístas y parloteos ociosos.

No hay premios ni castigos externamente otorgados o infligidos al hombre, sino tan solo el positivo resultado de sus obras, palabras y pensamientos durante la vida terrena, porque en verdad se hace el hombre en este mundo la cama sobre que ha de echarse en el otro.

Sin embargo, de ningún modo hemos de creer que el mundo astral sea exclusivamente el mundo de los efectos, pues para algunos hombres puede ser algo más que esto por su propia culpa. El plano astral es superior al físico y, por lo tanto, hay mayores posibilidades de dicha y perfeccionamiento; pero estas posibilidades son por sí mismas de índole más elevada y su actualización requiere cierto grado de sagacidad y perspicacia. Si un hombre es tan romo de entendimiento que durante la vida física no solo no haya sido capaz de alzar los ojos del suelo, sino que concentrará toda la energía de sus pensamientos en las cosas materiales, tampoco será capaz de adaptarse a mejores condiciones. Si desdeño o no pudo advertir las mínimas posibilidades del mundo físico, será menos capaz todavía su semiatrofiada mente de aprovechar las más amplias posibilidades de la vida superior.

Pero si durante la vida terrena tuvo bastante alma para mirar con inteligente afán más allá de la grosera materia, verá abrirse ante el nuevas sendas de investigación y estudio, tan atractivas como interesantes. Si en la primera etapa aprendió a deleitarse en generosas acciones y a trabajar en beneficio del prójimo, la vida astral le deparará goces intensos y progresos rápidos. El hombre inteligente y compasivo que conoce las condiciones de esta existencia superfísica y se toma el trabajo de acomodarse a ellas, encuentra multitud de coyunturas favorables para adquirir nuevos conocimientos y realizar provechosa labor. Descubre que la vida fuera del denso cuerpo físico tiene tan vivida brillantez, que todo goce terreno es comparado con ella como la luz de la luna a la del sol, y descubre también que merced a su claro conocimiento y sosegada confianza resplandee el fulgor de la vida perdurable sobre todos cuantos le rodean, porque, como ya dijimos, puede convertirse en inefable centro de paz y gozo para centenares de hombres, hasta el punto de realizar mayores bienes en pocos años de existencia astral que en toda una larga vida física.

Continuidad de la vida.—El primero y más importante hecho es que la vida astral no es una nueva vida, sino continuación de la presente, y que lejos de estar separados de los muertos, nos rodean a toda hora. Lo que de ellos nos aleja es la limitación de nuestra conciencia, de suerte que no perdemos a nuestros allegados, sino la facultad de verlos. Pero nos es perfectamente posible elevar nuestra conciencia y verlos y hablarles como antes, según lo hacemos todos constantemente, aunque poquísimos lo recuerden. Todo hombre puede aprender a enfocar la conciencia en su cuerpo astral, aun estando despierto el físico; mas esto necesita desarrollo especial y muchísimo tiempo en la generalidad de las gentes. Pero mientras el cuerpo

físico duerme, todos los hombres actúan más o menos extensamente en su cuerpo astral, y por este medio podemos comunicarnos con nuestros difuntos allegados. Algunas veces nos queda un parcial recuerdo de la comunicación, y entonces decimos que hemos soñado con ellos, aunque lo más frecuente es que no nos acordemos de tales encuentros y permanezcamos ignorantes de haberlos tenido. Sin embargo, es un hecho comprobado que los lazos de afecto siguen tan fuertes como antes, por lo que apenas el hombre afloja las cadenas de su cárcel terrena, busca espontáneamente la compañía de los seres a quienes ama. Así es que en vez de pasar el día con ellos, pasa la noche y tiene conciencia astral, pero no física, de sus visitas nocturnas.

En el prólogo que L. Mariller escribió para la obra de Le Braz titulada: *La leyenda de la muerte en la baja Bretaña*, da aquel autor informes interesantes acerca de los sentimientos y creencias que los labriegos bretones tienen de la muerte y de los estados posteriores a ella. Dice a este propósito: “Para los bretones, vivos y difuntos moran igualmente en este mundo en perpetuo contacto. A la hueste de difuntos le llaman el anaón y dicen que la temen como pueda temerse a una tormenta; pero el que los espíritus pasen a través de los zarzales y espinos que bordean las carreteras, no les causa mayor sorpresa que el alegre trino de los pájaros en el matorral. Creen los bretones que el mundo invisible esta entretejido con el visible, de la propia suerte que la miel está entremezclada con la cera. Tiernamente respeta el bretón a los muertos con vivos y hondos sentimientos, mitad de compasión, mitad de temor. Los muertos moran con los vivos en estrecha compañía, asociados unos con otros en todos los instantes de su existencia. Vagan por la noche a lo largo de las carreteras y de las solitarias callejuelas, y rondan por campos y llanuras en tan numerosa muchedumbre como la hierba en los prados y la arena en la playa. Frecuentan las casas donde vivieron en cuerpos mortales para traer noticias del otro mundo, cual mensajeros de pena o de dicha, y se deslizan a media noche por los silenciosos estrados hasta agacharse junto al rescoldo del hogar. Vienen a velar por los allegados a quienes dejaron expuestos a los peligros y marañas de la vida. Son madres que acarician a sus dormidos hijos y los cuidan y protegen y calman su llanto. Otras veces les atrae el recuerdo de las riquezas que poseyeron, de sus haciendas y ganados, de sus campos de trigo cuyas mieses ondulan como un mar de reluciente oro, y el que en vida fue labrador rico, atraído por la todavía no extinguida apetencia de los bienes terrenos, vuelve a su granja desde el silencioso reino de las almas desencarnadas.

“Sin embargo, no todos los muertos son tiernos y compasivos. Algunos, por el contrario, se muestran crueles con los vivos y conviene no aproximarse mucho a ellos. Los ruidos y trajines del mundo material apagan, para la mayor parte de las gentes, el zumbante rumor de los muertos. Según la creencia bretona, si no estuviéramos tan atareados en los negocios y deleites del mundo, conoceríamos algo mejor lo que sucede en el más allá de la muerte.”

El transporte de la memoria del plano astral al físico es otro punto, completamente distinto, que en nada afecta a nuestra conciencia astral ni a nues-

tra capacidad de actuar libre y desembarazadamente en este plano. Lo recordemos o no, los muertos siguen viviendo junto a nosotros, con la única diferencia de que ellos se han quitado la vestidura carnal a que llamamos cuerpo, sin alterar por ello sus cualidades personales, como tampoco alteramos nosotros nuestra personalidad al desnudarnos, aunque nos quedamos más libres y desembarazados por el alivio de peso. Las pasiones, afectos, emociones, instintos y sentimientos del hombre persisten después de la muerte, porque no son peculiares del desechado cuerpo físico. El muerto se ha quitado la vestidura carnal y vive en otra con las mismas facultades y potencias para sentir y pensar.

La realidad de lo invisible.—Bien sabemos cuan difícil le ha de ser al común de las gentes convencerse de la realidad de lo que no pueden ver con los ojos físicos, y no menos difícil es comprobar la insuficiencia de nuestra visión corporal que nos impide advertir que vivimos en un vasto mundo, del cual solo vemos la menor parte. Sin embargo, la misma ciencia nos muestra esta posibilidad al describirnos los mundos microscópicos de lo indefinidamente pequeño, cuya existencia ignoraríamos si tan solo hubiésemos de valernos de los sentidos corporales. Y cuenta que, a pesar de su pequeñez, no carecen de importancia los microorganismos, pues del conocimiento de su índole y manera de ser y actuar depende la conservación de nuestra salud y aun de la misma vida.

Pero también tenemos los sentidos limitados en otra dirección, porque tampoco podemos ver el aire que nos rodea ni advertir su existencia, excepto por el sentido del tacto cuando lo agita el viento, y, sin embargo, es capaz de volcar con su violencia las más poderosas naves y derrumbar los más firmes edificios. De la propia suerte nos rodean fuerzas potentes que escapan a la penetración parcial de nuestros sentidos y, por lo tanto, hemos de evitar el error común de suponer que solo existe lo que ven nuestros ojos.

Dijo Oliverio Lodge en un reciente discurso, pronunciado en Birmingham sobre el tema: “Nuestro lugar en el Universo”:

“Si el cielo estuviera constantemente nublado, no tendríamos conocimientos definidos del sol, y lo mismo puede ocurrir con otras cosas existentes en el universo de que nos daríamos cuenta si nuestros sentidos fuesen más penetrantes y nada nos enturbiase la vista. Lo que vemos y conocemos es, con toda probabilidad, una mínima parte de lo que cabe ver y conocer.”

Estamos, por decirlo así, presos en una torre cuyas ventanas son los sentidos, abiertos tan solo en determinada dirección sin alcance alguno en las demás; pero la clarividencia, o sea la luz astral, nos abre un par de ventanas adicionales que acrecientan nuestra capacidad y dilatan ante nosotros un nuevo y más amplio mundo que también forma parte del otro, aunque antes no pudiesemos conocerlo.

Lo que se ve.— ¿Qué es lo primero que vemos al mirar en este nuevo mundo? Suponiendo que uno de nosotros transfiriese su conciencia al plano astral, ¿qué mudanzas le llamarían primero la atención? Por de pronto ape-

nas advertiría diferencia y pudiera suponer que está viendo lo mismo que antes. Expliquemos el por qué, siquiera parcialmente, ya que la explicación acabada requeriría todo un tratado sobre los astrales físicos. Así como la materia terrestre presenta tres estados: sólido, líquido y gaseoso, cuyas condiciones son distintas, así también hay diferentes grados, densidades y condiciones de materia astral, análogos y correspondientes a sus similares de la materia física. Por lo tanto, el consciente en el plano astral seguiría viendo las paredes y los muebles de su aposento, porque si bien la materia física de que están formados ya no sería visible para él, la materia astral más densa bosquejaría aquellos objetos de modo que percibiría su configuración tan claramente como antes. Si examinara el objeto de cerca vería moverse sus moléculas constitutivas cuyo movimiento es invisible en el plano físico; pero como pocos moradores del plano astral observan de cerca los objetos que les rodean, la mayor parte de los muertos creen de pronto que no han cambiado de condición, pues ve los familiares aposentos de su casa, las mismas personas con quienes convivió, porque el cuerpo astral de estas últimas está al alcance de su nueva percepción. Poco a poco nota las diferencias, y luego advierte que ya no experimenta penas ni fatigas. Quien pudiera comprender lo que esto significa, vislumbra la realidad de la vida superior, pues ¿cómo dar idea de la total carencia de cansancio y pena a quienes no tienen ni un momento de descanso en los afanes de la vida y apenas recuerdan haber estado libres de ansiedad? Hemos adulterado de tal modo en occidente la doctrina de la inmortalidad del alma, que con mucha frecuencia se resisten a creer los muertos que ya no están en el mundo, puesto que oyen, ven, piensan y sienten. A veces suelen exclamar: “¡Pero si yo no he muerto! Estoy tan vivo como siempre y me siento mucho mejor que antes.” Verdaderamente sigue viviendo, y así debiera haberlo esperado si no le aleccionaran erróneamente.

La conciencia astral se le consolida y define al percatarse de que no puede hablar con los parientes y amigos a quienes está viendo, pues aunque trate de comunicarse con ellos no le oyen, y si les toca no despierta en ellos sensación alguna. Entonces cree que está soñando y que luego despierta, porque otras veces (cuando los de la tierra están durmiendo) sus parientes y amigos notan su presencia y hablan con él como en vida. Pero poco a poco se va convenciendo de que se halla al otro lado de la tumba y entonces se inquieta y desasosiega a causa también de las erróneas enseñanzas recibidas, pues no comprende dónde está ni que le ha sucedido, porque su situación no es la que esperaba desde el punto de vista ortodoxo. A este propósito dijo un difunto general inglés en cierta ocasión: “¿Pero he muerto yo? ¿En dónde estoy? Si esto es el cielo, no vale tanto como pensaba, y si el infierno, es mucho mejor de lo que creía”. Los errores enseñados en vida ocasionan graves inquietudes y aun sufrimientos después de la muerte, por culpa de quienes persisten en enseñar al mundo fábulas estúpidas sobre vanos espantajos en vez de recurrir a la razón y el buen sentido. La deleznable y blasfema doctrina del infierno ígneo ha causado más daño del que imaginaron sus creadores, no solo en este mundo, sino más allá de la tumba. Hoy tiene el hom-

bre muerto la posibilidad de encontrar a otros también muertos, pero mejor instruidos, que le enseñen a desechar todo temor respecto de una vida tan lógica y racional en aquel nuevo mundo como la que acaba de pasar en la tierra.

Gradualmente echará de ver allí muchas novedades y no pocos aspectos complementarios de cuanto ya conocía, porque en el mundo astral los pensamientos y deseos toman forma visible, constituida en su mayoría por la materia más sutil de dicho plano. Según transcurre la vida astral, aquellas formas adquieren mayor relieve, porque entretanto ha ido atrayéndolas hacia sí cada vez con más fuerza. El Ego emplea el primer período de su encarnación en sumirse en la materia y el segundo período en desprenderse de ella con los resultados de su acción.

Conforme hemos dicho, aun durante la vida física puede el hombre elevar sus pensamientos y apartarlos más y más de las cosas terrenas hasta que llegue la hora de dejarlas junto con el cuerpo denso. Entonces comienza su vida astral, pero continúa el proceso de eliminación cuyo resultado es que, según pasa el tiempo, aparta más y más su atención de la ínfima materia astral que constituye las imágenes de los objetos físicos y la convierte a la sutil materia constitutiva de las formas de pensamiento, tales como aparecen en el plano astral. De este modo se habitúa a vivir en un ambiente mental y se desvanece ante su vista la imagen del mundo físico, no porque el haya mudado de lugar en el espacio, sino porque su interés muda de centro. Todavía subsisten sus deseos expresados en las formas circundantes, y de la índole de estos deseos dependerá la dicha o el infortunio de su existencia astral.

El estudio de esta vida superfísica nos muestra con toda claridad, la razón de muchos preceptos morales. La mayor parte de los hombres reconocen la maldad de las faltas que perjudican materialmente al prójimo; pero se maravillan de que también se tenga por maldad sentir envidia, odio o ambición, aun sin concretar expresamente estos sentimientos en palabras u obras. Una ojeada al mundo astral nos muestra como semejantes sentimientos dañan al hombre que los alimenta y le causan agudos sufrimientos después de la muerte. Mucho mejor comprenderemos esta verdad si examinamos unos cuantos casos de vida astral y echamos de ver sus principales características.

CAPÍTULO VI

Algunos ejemplos de vida astral

Tratemos primeramente del hombre indefinido que no es resueltamente bueno ni malo, ni tiene características especialmente determinadas. Este hombre conserva, después de la muerte, su incolora neutralidad y no sufre ni goza, sino que más bien pasa una vida astral embotada, porque la terrena no tuvo razonado objeto. Si no pensó más que en frivolidades y deportes, en trajes y diversiones, probablemente se le hará el tiempo pesado cuando ya no pueda disfrutar más de tales goces. Facilitaré la comprensión de lo expuesto el ejemplo de un hombre de esta clase tomado de un libro escrito hace años por un cristiano que, según parece, nada había oído hablar de teosofía y apenas de espiritismo, pero que estaba dotado de la facultad de ver a los difuntos y conversar con ellos. Dice así:

“Al pasar por cierta casa durante el último año, me encontré casi todos los días a su antiguo propietario, médico muy experto y de mucha consideración social, que era bien acogido en numerosos hogares... Me dijo que se veía solo y miserable, pues aunque había tenido algunos compañeros, no quiso seguirles, y prefirió rondar por su antigua casa y acercarse a sus antiguos parientes, aunque le apenaba la idea de que su esposa le creyera feliz en un lejano cielo y que no pudiese advertirla de su presencia. Le induje yo a que dejando la atmósfera de la tierra se alzase a más alta vida, donde el estímulo de la labor es todavía más apremiante que aquí; pero me replicó diciendo que no vislumbraba ejercicio propio de un médico en donde no había cuerpos que enfermaran.

“Estaba muy desalentado por verse en una existencia tan discrepante de sus creencias terrenas, aunque suponía que le era preciso ayuadar el día del juicio final para saber si era del número de los réprobos o de los elegidos. En vida había frecuentado la iglesia, no solo por costumbre, sino porque la juzgaba excelente práctica, pero nunca había meditado seriamente sobre asuntos de religión, por más aficionado al trato social y a las cosas mundanas que poseía en abundancia. Sin embargo, había muerto en la fe del Redentor. Pero a la sazón le parecía trastocado el orden que el suponía establecido, pues aquellos a quienes tuvo por incrédulos estaban circundados de tan refulgente luz espiritual, que no le era posible resistir su presencia, al paso que muchos clérigos estarán en situación opuesta.

“Traté de darle a entender que todos los días lo son de juicio, pues por su propia voluntad había vivido en la tierra, tan solo para la tierra, y el achica-

miento de su naturaleza espiritual era a la sazón su condigno castigo. Le dije también que la salvación depende de la santidad de vida y no de absoluciones e indulgencias; que Cristo y sus verdaderos discípulos, imitadores de Cristo, viven todavía y continúan trabajando en acrecentar el reino de la justicia; y que si bien ya no le era posible sanar cuerpos enfermos, podía emplearse en la salvación de almas. Le disgustó esta idea, porque no se creía destinado a sacerdote, y no bastaron mis empeños para convencerle de que, para ayudar y socorrer al prójimo, todos debemos ser sacerdotes (1).”

Este breve relato de un fenómeno ordinario de la vida astral es tan interesante como característico, pues no solo prueba el desconsuelo y entorpecimiento resultantes de una existencia terrena sin ideales elevados, sino también el daño procedente de falsas o imperfectas enseñanzas religiosas. El autor de la obra citada prosigue relatando como, después de muchas explicaciones y pláticas, el infortunado médico pudo remontarse a nivel más alto del plano astral, previa elevación de sus pensamientos. Este caso no es insólito en el hombre que, luego de pasar negligentemente la vida mundana y egoísta, advierte los extravíos de su conducta en cuanto la clara visión del plano astral se lo consiente. Entonces se ve por vez primera tal cual es, y a menudo son terribles y continuados sus padecimientos.

Sin embargo, aquella clara visión entraña para el la posibilidad de notables progresos, pues al mirar atrás advierte las ocasiones que desperdicio, las virtudes en que flaqueo, el bien que pudo hacer y no hizo y, en consecuencia, se cree condenado y perdido. Pero, afortunadamente para el, alguno de los protectores que sin cesar actúan en el plano astral le dirá que nunca es tarde para la enmienda, pues si desde aquel momento empieza a fomentar las virtudes, seguramente las poseerá en la próxima vida terrena. Sin embargo, a veces se hallan sumidos estos hombres en apático desconsuelo, rodeados de una pesada y negra nube de depresión muy difícil de disipar. Como quiera que en la vida terrestre no tuvo ni el más leve indicio de la energía espiritual, tampoco es capaz de comprender entonces sus espléndidas posibilidades y cae en estúpida desesperación, que suele resistir por largo tiempo a los más denodados esfuerzos de los protectores. El caso del médico es buen ejemplo de los resultados de una vida vulgarmente egoísta, y miles de seres encontramos en el plano astral en el mismo estado, aunque por fortuna también hay otros mil en mejores condiciones por no haber sido tan egoístas.

Excepciones— Conviene considerar ahora varios casos excepcionales, a fin de abarcar el conjunto de posibilidades de la vida astral y de los efectos en ella producidos por las diferentes características adquiridas en la existencia física. Ya nos referimos en otro capítulo a la triste condición en que cae el beodo después de la muerte, como ejemplo de las consecuencias acarreadas por los bajos apetitos, que solo es posible satisfacer en el plano físico. Lejos de disminuir la intensidad de las pasiones después de la muerte, son más violentas que nunca, pues sus vibraciones ya no pueden poner en movi-

(1) Luz en la escondida senda. Boston, 1886, p. 71.

miento la materia física. El caso del sensual es peor tal vez que el del beodo. Todo esto lo sabían perfectamente los antiguos, según nos lo prueba el mito de Tántalo, acosado perpetuamente por rabiosa sed, sin que pudiera apagarla en la copa de cuyos bordes no pasaban sus labios.

Algunas veces estos seres sufren míseramente los tormentos del remordimiento, pero todavía es más horrible la situación de los impenitentes que, aun en aquella nueva vida, se esfuerzan frenéticamente en satisfacer de algún modo sus arraigadas concupiscencias. Ya hemos visto antes como los hombres libidinosos pasan a la vida astral con las mismas inclinaciones que les arrastraron en la terrena, y así ocurre que, después de la muerte, forman una taifa de disolutos que frecuentan los lugares manchados por su depravación y acrecientan la pestilencia del ya viciado ambiente con los ponzoñosos miasmas de sus licenciosos pensamientos y deseos. Como quiera que moran en el ínfimo subplano astral, están lo bastante cerca del físico para recibir ciertas vibraciones que excitan tantálicamente hasta el frenesí sus malas pasiones, dejándoles sin fuerzas para alejarse de los antros de libertinaje a cuyo maligno hechizo tan mentecatadamente cedieron en la vida física.

En estas circunstancias suele deparárseles la oportunidad de satisfacer mediumnísticamente sus vicios con resultados más terribles para ellos que sus más acerbos sufrimientos, porque al posesionarse de un ser encarnado cometen otro crimen aún más odioso que exigirá en adelante tremenda expiación.

El hombre que debilita su voluntad y su cuerpo se coloca en posición tal, que el Ego apenas puede actuar en sus vehículos y, por lo tanto, es responsable de que el vicioso habitante del plano astral se apodere de él y le induzca, no solo a dejarse llevar de sus pasiones indómitas, sino a vigorizarlas nocivamente hasta el punto de quedar del todo obseso, por el ansia de proporcionar un cuerpo físico con que satisfacer sus abominables gustos. Semejante obsesión es notoriamente contra naturaleza y dañina por igual a obsesor y obseso, de modo que la mera posibilidad de esta obsesión debiera ser, para quien presume sus consecuencias, el más preservativo poderoso y el desviador más eficaz de la vida disoluta.

Algunas veces, aunque no muy frecuentemente, es imposible rescatar a uno de estos infortunados de las garras del obsesor, y en este caso es de ver lo horrible de su remordimiento. En el plano astral, lo mismo que en el físico, los hombres ceden al ambiente maligno por el sentimiento de desesperación en que les sumen las enseñanzas crueles y blasfemas de la teología moderna, al inculcarles el error de que han cometido pecados imperdonables; y así suele ocurrir que, tras pacíficas explicaciones, se les saque del lodazal en que estaban desmayadamente hundidos, y lleguen a mirar con horror las nefandas compañías que les obsesionaban.

Avaricia y envidia.— Muchos otros vicios producen resultados, tan desastrosos como la embriaguez y la sensualidad, aunque cada cual tiene sus peculiares consecuencias. Podemos imaginar los sufrimientos del avaro que

ya no puede cesconder el oro o ve desde el plano astral como lo dilapidan manos ajenas. Podemos también imaginar los sufrimientos del envidioso, cuya pasión cobrará más bríos que nunca al ver que ya no le es posible intervenir en el plano físico.

Esta clase de hombres se aferran desesperadamente a la vida física a causa de la fascinación ponzoñosa que sobre ello ejerce el vicio dominante. El hombre que en vida llevó su necedad al punto de apesadumbrarse por el bien de otro, persiste en su rencor contra este y se atormenta a sí mismo al presenciar lo que tan profundamente aborrece. La envidia siempre es egoísta e insensata, pero después de la muerte empeoran sus arrebatos, y la infortunada víctima de ellos parece más desprovista que nunca de sentido común. Los avaros se ven generalmente más o menos conturbados por su pasión, aunque su ansiedad presenta diversas modalidades. Algunos conservan sentimiento vivísimo de propiedad y les parece todavía suyo el dinero atesorado, aunque ya no pueden utilizarlo en modo alguno, y les sobrecoge de terror la eventualidad de que alguien descubra el escondite y malbarate el tesoro, por lo que frecuentan el lugar en que lo escondieron, a fin de ahuyentar a los merodeadores. A otros, por el contrario, que ven a su familia menesterosa de medios de vida, les angustia que no lo descubran y se aprovechen de el.

Venganza.— En los últimos veinte años han llegado a noticia nuestra varios ejemplos muy notables del sinsabor causado por el deseo de vengar reales o imaginados agravios. Uno de los más curiosos es el siguiente:

“Un amigo mío era dueño de un puñal que, según aseguraban, tenía la siniestra propiedad de inspirar, a quien lo empuñaba, el deseo de matar a una mujer. Aunque mi amigo alardeaba de escéptico, no veía con muy buenos ojos el puñal, porque una vez que lo empuñó sintió extraños impulsos de asestarlo contra alguien. Parecía indudable que por lo menos dos mujeres habían muerto asesinadas con aquella arma y resolví, en consecuencia, empuñarlo yo mismo para tener experiencia personal del caso. Inmediatamente advertí un extraño impulso, como si alguien intentara moverme hacia adelante. Me resistí al impulso, y al volverme para mirar que era aquello, vi a un hombre de espantable aspecto muy encolerizado contra mí porque no iba a donde me empujaba. Le pregunté que era lo que hacía y no me entendió. Miré entonces desde arriba y pude descubrir que su mujer le había abandonado por otro hombre, y que al sorprenderlos él en flagrante adulterio, los asesinó con el propio puñal del amante, precisamente el mismo que yo en aquel punto empuñaba. Juró entonces el burlado marido vengar el agravio en todas las mujeres, y se suicidó con el mismo puñal después de matar a una hermana de su mujer y a una amiga de ésta. Luego de muerto, se aferró tenazmente al puñal y obsesionó a varios de sus sucesivos poseedores, excitándoles al asesinato de mujeres, cual horrible deporte le deleitaba en extremo. Grande fué su ira al tropezar con mi inesperada resistencia; pero como yo no podía hacerme entender por él, se lo confié a un amigo indio, quien poco a poco le puso en camino de enmienda hasta consentir en romper y enterrar el puñal de modo que nadie volviese a empuñarlo, como

así lo hice, aunque lo mismo hubiese hecho si el pathán, por acaso, se negara. Sin embargo, era preferible obtener su consentimiento (1).”

Otro caso semejante, si bien en país más civilizado, es el de un viejo pródigo que luego de dilapidar su fortuna en el juego y la crápula, al notar que sus amigos se apartaban de él viéndole arruinado, se suicidó diciendo que a la muerte le forzaba la fría ingratitud del mundo, por lo que juraba vengarse con la ruina de cuantos hombres se pusieran a su alcance. En cumplimiento de su verecunda amenaza, frecuentó durante sesenta años el lugar de su muerte para sugerir ideas de suicidio a cuantos por flaqueza mental se prestaban a la sugestión y, no satisfecho de ello, abrumaba a sus víctimas con la mofa y el ridículo. Hace pocos años referí en *Lucifer** el todavía más dramático caso del postillón que volvió del otro mundo con propósito de matar a su afortunado rival; pero es la historia de sobra larga para repetirla en esta ocasión. Más o menos tarde reconocen estos hombres lo depravado de su conducta y entonces se arrepienten sincera y contritamente.

Recordemos el mito de Sísifo, en Grecia, que fué condenado a levantar, hasta lo alto de una montaña, un pesado peñasco, que casi ya en la cumbre rodaba nuevamente al llano. Este mito simboliza exactamente la vida astral del ambicioso que no cesó de forjar egoístas planes en el mundo físico y, por lo tanto, sigue forjándolos en el astral con toda habilidad, hasta que se le desvanece la esperanza al advertir que ya no dispone de cuerpo físico para realizarlos. Sin embargo, tan arraigada tiene la costumbre, que de nuevo intenta levantar el peñasco a la cumbre de su montaña de ambiciones hasta que la pasión se extingue. Entonces echa de ver que para nada necesita levantar aquel peñasco y descansa en paz al pie de la montaña.

Formas astrales de pensamiento.—Todo pensamiento del hombre, relacionado consigo mismo o teñido de algún deseo, se plasma instantáneamente en la materia del plano astral, así como también en la del mental y queda aleteando a su alrededor. Si el hombre cede con frecuencia a pensamientos de esta índole, engendra con ello formas sumamente vigorosas de pensamiento que nutren y acrecientan su poder a cada reiteración del deseo. Durante la vida física no son visibles para el hombre las formas de pensamiento, por más que su influencia reacciona sin cesar sobre el y propende a reproducir el pensamiento que la creó; pero después de la muerte se convierten en visibles y frecuentes formas, que lo puede cludir porque son de su propia naturaleza. De este modo advierte el hombre, en muchos casos, cuan repugnantes y odiosos pueden ser algunos pensamientos y aprende a ser más cauto en el pensar.

A veces se ve el hombre rodeado de pensamientos no suyos, porque si alguien le enfoca algún vigoroso deseo de amor u odio, de alegría o tristeza, no solo notará como le cerca, sino que también sentirá el efecto de sus vibraciones. Por esta razón produce tan beneficiosos resultados en los difuntos el

(1) Revista Teosófica, tomo XXII, p. 181.

* Nota de la editorial: Revista teosófica Inglesa fundada en 1887 y que duró hasta 1897.

amoroso recuerdo que les dedicamos. Con solo quererlo, podemos envolver al difunto pariente o amigo en una rosada nube de afectuosos pensamientos a través de la cual lo verá, seguramente, todo de *color de rosa*, además de servirle de escudo contra las maléficas influencias y despertar en él simpáticos sentimientos que apaciguen toda turbación.

Otras formas de pensamiento, no tan agradables, constituyen algunas veces parte crecida de la pena correspondiente al hombre que en vida trató a los demás ásperamente y ha de ver las formas de pensamiento de aquellos a quienes agravió y sentir las vibraciones que de ellos emanan. Por el contrario, quien mucho amó y fué sinceramente amado recibirá poderosa ayuda de las corrientes de pensamiento que hacia él se envien. Ejemplo notable de esta verdad tenemos en el caso de la difunta reina Victoria de Inglaterra, cuya rápida ascensión al mundo celeste fué debida, indudablemente, a los millones de formas de pensamientos de amor y gratitud que le dirigían, aparte de su inherente bondad.

Desgraciadamente hay hombres que merecen la cólera en vez del amor de los demás. Así ha ocurrido algunas veces a la muerte de los que con sus combinaciones bursátiles arruinaron sin piedad a centenares de familias cuyas formas de pensamiento se acumulan en torno del causante y le atormentan con los torcedores del remordimiento. Las formas mentales carecen de inteligencia propia, y tan solo duran mientras dura la energía del pensamiento que las engendra. Sin embargo, no puede eludir las el hombre a quien van dirigidas, puesto que la atracción hacia él es la verdadera causa de su existencia y la esencia de su ser. En cambio puede, si sabe, rodearse de una envoltura que les resguarde de aquellas vibraciones, y también desvanecer y disipar las formas de pensamiento por un esfuerzo de su voluntad; pero mientras existan, se le agarrarán con tenacidad de lapa. Generalmente, las formas de pensamiento dimanantes de diferentes personas conservan su individualidad con el tono mental de su procedencia, si bien bajo ciertas circunstancias las formas engendradas por diversos individuos se conglomeran en fantasma gigantesco de terribles efectos, si son de naturaleza siniestra.

El sino de una casquivana.— Sirva de ejemplo y advertencia un caso recientemente conocido por los investigadores del plano astral. Una linda muchacha, de excelentes aptitudes para los tablados de café cantante, se complacía casquivanamente en fascinar con sus personales hechizos a los jóvenes atolondrados y disolutos. Se engreía de haber sido causa de dos duelos y un suicidio, sin contar la multitud de corazones rendidos a su pasión. Sin embargo, acabó desastrosamente la vida, y ya en el plano astral, se vió cercada por la cólera y el odio de cuantos se sentían burlados y perdidos por ella. La iracundia reconcentrada de aquellos seres se plasmó conjuntamente con una horrible forma con aspecto de gorila ferozmente maligno, que ponía en grandísimo espanto a la casquivana, quien, no obstante sus pertinaces esfuerzos, no podía escapar a su influencia. Los investigadores aniquilaron aquel maligno fantasma; pero la muchacha era tan flaca y mísera criatura, que no hizo gran cosa para estimular el auxilio que se le prestaba.

Fácilmente comprenderemos que tan posibles son las formas de vida en el plano astral como en el físico; pero una forma de pensamiento de esta naturaleza a pesar de su actividad y violencia, es creación temporal de las malas pasiones, y de ningún modo entidad evolutiva, por lo que aniquilarla equivale a romper un cristal de Murano sin asomos de mala acción.

Efectos del crimen.— Los efectos que la perpetración de un crimen durante la vida física produce en la astral, varían infinitamente, según las circunstancias de cada caso, aunque siempre son de naturaleza grave. Más adelante daremos diversos ejemplos de la manera de manifestarse tales acciones, y veremos que muchas veces el asesino lleva en el pensamiento el crimen cometido, cuya persistencia reproduce la escena de su fechoría. No cabe duda de que el culpable sufre desagradablemente en semejantes condiciones, pero difícilmente será su situación más penosa que la de ser acosado sin cesar por la víctima. Un caso de esta naturaleza llegó a nuestro conocimiento mientras investigábamos las leyes que presiden la reencarnación. Encontramos a dos amigos que vivían en una tribu árabe entrañablemente unidos, hasta que los dos se enamoraron de la misma mujer. Al descubrir uno de ellos la inclinación del otro se encolerizó de celos contra él, y receloso de que la muchacha le favoreciese, ilícitamente resolvió desembarazarse de su rival y, aunque no le mató por su propia mano, le armó un artificio que le puso en cautiverio de una tribu hostil, acabando en muerte. Poco tiempo después, la muchacha se casó con un tercer pretendiente, pues no mostraba particular estimación a ninguno de los otros dos, y al ver entonces el asesino de cuan poco le había valido su crimen, se quitó la vida.

Los dos amigos se encontraron casi al mismo tiempo en los niveles inferiores, arrebatados a la plenitud de la vida física con seguridad de permanecer allí largo tiempo, aunque en condiciones muy distintas, pues el asesinado no tenía conciencia alguna de lo que le rodeaba, a causa de no haberse acostumbrado en la tierra a emplear la ínfima materia astral en la expresión de sus sentimientos y emociones. El asesino, por el contrario, había sido en vida de tipo grosero, y, por lo tanto, estaba en el del todo vivificada aquella clase de materia, de modo que era plenamente consciente de las condiciones adversas allí predominantes cuyos resultados inducían a penarle por su crimen, que si no muy grave en apariencia, era en realidad de los más atroces que hallarse pueden en el inventario de la malicia humana. El horror de este drama astral subía de punto al considerar que fue resultado exacto de las acciones y cualidades de sus personajes, hasta el punto de que los concedores del plano astral hubieran podido predecir con toda seguridad la trama de los acontecimientos. El asesinado había muerto ignorante de la perfidia de su amigo y conservaba, por lo tanto, el afecto que le tenía cuyo impulso le llevaba de continuo junto al asesino quien, lleno de confusión y espanto, huía horrorizado de la presencia de su víctima y procuraba esconderse en los garajes y entre las gentes más repugnantes y soeces para que el otro no le descubriera. Pero precisamente cuando pensaba estar en escondite seguro, aparecía tras él la inconsciente forma de la víctima, del todo ajena a las impuras condiciones que le rodeaban y al indecible horror despertado por su

presencia en quien fue su amigo y hacia el cual le impelían sin cesar sus sentimientos amistosos. La completa inconsciencia y las placenteras emociones de aquella infatigable aparición parecían acrecentar el temor que su presencia infundía, con el sarcástico efecto de que un ser movido de buenas intenciones y amorosos afectos fuese inconscientemente el terrible vengador de un crimen cuya perpetración ignoraba. Conforme a la naturaleza de las cosas, esta porfía ha de continuar por muchos años, que sin duda le han de parecer al criminal eternidades de inútil arrepentimiento, hasta que, consumida la envoltura pasional, llegue el momento de la reconciliación.

El hombre inteligente.— Hemos considerado los casos del hombre vulgar y del depravado que difiere del primero con sus más groseros y egoístas deseos o por razón de su criminalidad.

Examinemos ahora el caso del hombre que se distingue superiormente del vulgar y cuya naturaleza es más racional. A fin de comprender como se le representa a este hombre la vida de ultratumba, conviene recordar que la mayoría de los hombres emplean gran parte del tiempo y casi todas sus energías en tareas opuestas a sus aficiones, que en modo alguno llevarían a cabo si no fuese por la necesidad de mantenerse y mantener a sus familias. Veamos, pues, en que condiciones se halla el hombre cuando ya no ha de subvenir a sus necesidades físicas, puesto que el cuerpo astral no requiere alimento ni vestido ni habitación. Entonces, por vez primera desde sus años infantiles, tiene el hombre la libertad de hacer lo que guste y emplearse por entero en su ocupación predilecta, con tal de que la índole de esta ocupación no exija el concurso de la materia física.

Supongamos un apasionado por la música. El plano astral le deparará oportunidades de oír con mucha mayor agudeza que antes las músicas terrenas, pues podrán entonces regalar su oído nuevas y desconocidas armonías. El enamorado de las bellezas artísticas de forma y color podrá escoger entre las inefables hermosuras que le ofrezca este mundo más elevado. Si le atraen los encantos de la Naturaleza, encontrará innumerables facilidades para disfrutarlos sin problemas de locomoción, pues rápidamente podrá trasladarse de un punto a otro y contemplar en continuo panorama las maravillas de la Naturaleza que el hombre físico tarda años en visitar. Si la ciencia o la historia son objeto de su predilección, puede aprovecharse sin cortapisa de todas las bibliotecas, archivos, museos y laboratorios del mundo, con la ventaja de que comprenderá mucho mejor los procedimientos químicos y biológicos, porque entonces verá los cuerpos tanto exterior como interiormente, y las causas al par que los efectos de los fenómenos, sin que, para mayor deleite, en ninguno de estos casos le fatigue la ejecución de la tarea. Sabido es que en el plano físico nos sentimos incapaces de continuar indefinidamente nuestros estudios y experimentos por lo limitado de los esfuerzos cerebrales. En la vida superfísica no existe el cansancio, a que está sujeto el cerebro y no la mente.

Los investigadores del plano astral han observado en el a muchos científicos que proseguían sus estudios e indagaciones con mayor avidez todavía

que en el físico, estimulados por el campo más vasto que ante ellos se ofrecía y el mayor acrecentamiento de sus facultades inquisitivas. Recuerdo que un eximio matemático recientemente fallecido, se acercó a uno de nuestros investigadores clarividentes para declararle cuán gozoso estaba de haber descubierto nuevas verdades de su abstrusa ciencia y lo mucho que anhelaba publicarlas en el mundo. También recuerdo el profundo disgusto del matemático al ver que el clarividente a quien se acercó, era del todo incapaz de transportar a su cerebro físico estos maravillosos descubrimientos derivados de la idea que de la cuarta dimensión le sugirió el plano astral, según diremos más adelante.

El operario altruista.— Hasta ahora hemos hablado de la egoísta satisfacción de las obras terrenas, aun las de índole legítima e intelectual. Pero hay entre nosotros quienes aspiran a satisfacción más elevada y se gozan mayormente en servir al prójimo. ¿Qué les reserva el mundo astral a estos hombres? Podrán persistir en su filantropía más perseverantemente que nunca y en condiciones muy superiores a los del plano físico. Miles de hombres hay a quienes pueden ayudar con mucha mayor eficacia y mejores resultados para el bien que en la vida terrena. Algunos se dedican al servicio general de la humanidad y otros a casos particulares de sus parientes y amigos vivos o muertos. Estas dos últimas denominaciones denotan una extraña inversión de los hechos, pues ciertamente muertos somos los que estamos sepultados en estos groseros y embarazosos cuerpos físicos, al paso que vivos son seguramente los que, por no tenerlos, están menos sujetos y mucho más libres. A veces la madre cuida desde el plano astral del pequeño que dejó en la tierra, y se convierte de este modo en su verdadero ángel custodio. Otras veces el difunto marido permanece junto a su desconsolada esposa para infundirle la idea de que todavía vive y como antes la ama.

Un caso de éstos llegó a mi noticia hace algunos años. La viuda fue lo suficientemente psíquica para advertir la presencia de su marido y recibir comunicaciones de él por medio de la escritura automática. Así continuó durante mucho tiempo, hasta que iniciada en la Teosofía y sabedora de lo perjudicial que es detener a un alma en su evolución después de la muerte, se turbó no poco, y preguntó a su marido si le perjudicaban aquellas comunicaciones. Respondió él negativamente, y como no quedara ella muy satisfecha de la respuesta, quiso consultarme el caso.

Hablé yo entonces con el marido y conocí que era muy inteligente y nada egoísta, pues comprendía perfectamente que permaneciendo junto a su mujer demoraba más de lo debido su propia evolución; pero como por otra parte su presencia servía de tanto consuelo a la viuda, no vacilaba en sacrificar su conveniencia al leve servicio en favor de la que había sido compañera de su vida y se proponía por lo tanto mantener aquella actitud mientras le fuese posible. No me atreví a vituperarle, pues aunque su conducta contrariaba las leyes naturales de la evolución, le movían impulsos altruistas con plena conciencia de los resultados de su proceder; y como era capaz de ser-

vir a otros tan eficazmente como a su viuda, probablemente la buena obra que estaba realizando neutralizaría los impedimentos dimanantes de su proceder.

CAPÍTULO VII

El ambiente astral

En otra obra (1) he descrito tan aexactamente como permiten las palabras gráficas el escenario, las condiciones generales y los habitantes del primer mundo superterreno, de suerte que no hay necesidad de repetir aquí la descripción cuyo cotejo con la idea antes expuesta del recogimiento interior del alma trazará en nuestra mente un amplio bosquejo de la vida astral esencialmente la misma en todo el universo, aunque difiera muchísimo en los pormenores, de conformidad con las idiosincrasias individuales. El mundo de las formas mentales en que pasa el hombre el último período de su vida astral es de infinita complejidad, pues cada cual entresaca de el las formas que particularmente le interesan y queda ignorante de casi todas las demás. Hombres del mismo país, de la misma religión y de intereses análogos, se agrupan en la vida astral lo mismo que en la física y se afirman mutuamente en sus prejuicios comunes como en la tierra hicieron. Conviene advertir que en el plano astral no solo hallan estos hombres sus propias formas de pensamiento, sino también las ajenas, engendradas por la acumulación mental de miles de generaciones.

Figuras interesantes.—Por ejemplo, las leyendas bíblicas de ambos Testamentos han proporcionado durante siglos, a miles de gentes, asunto copioso para forjar multitud de formas mentales representativas de sus pensamientos en esta materia, y como la mayoría de estas gentes eran muy ignorantes, de aquí que las formas de pensamiento fuesen del todo inexactas. Los labriegos de cada comarca se representan invariablemente a los héroes de su país en el ambiente y con el traje peculiares de la tierra, y así vemos representaciones mentales en que las figuras de Cristo y sus discípulos aparecen vestidas de campesinos alemanes o paletos italianos, y otros cuadros en que el lector vistió a José y sus hermanos con el traje usual de los colonos ingleses o norteamericanos, y la “túnica de diversos colores” del relato bíblico se reduce a una deportiva camiseta. Suele ocurrir que algún clarividente o sensitivo acierte a ver tales formas de pensamiento y las tome por revelaciones divinas o apariciones sobrenaturales, como probablemente fué el caso de Ana Catalina Emmrich.

No solamente encontramos en el plano astral figuras mentales de personajes bíblicos, sino también muchísimos de los dramas de Shakespeare, así

(1) El plano astral y el devakán.

como otros de entre los de mayor relieve de las novelas contemporáneas. Yo mismo he visto figuras muy curiosas de Becky Sharp, los hermanos Cheeryble, Robinsón Crusoe, Santa Claus, Aladino y Ali Baba, forjadas por la ardiente fantasía de lectores infantiles, alguno de los cuales puede ver psíquicamente estas imágenes mentales y creerse convencido por sus propios ojos de que realmente fueron de carne y hueso los protagonistas novelescos. Sin duda alguna que no solo entre niños han ocurrido varias veces tales alucinaciones. Por ejemplo, en distintas épocas hubo quienes aseguraron haberseles aparecido el demonio, y como realmente no existe el demonio, vieron de seguro, si no estaban directamente alucinados, una forma de pensamiento. La enfermiza imaginación de los monjes medievales, siempre querenciosos de intercalar en el credo religioso grotescos horrores con que poner espanto en el corazón de los ignorantes labriegos y moverles a la donación de bienes terrenales, pervirtieron la sencilla idea de la suspensión eoniana en "condenacion eterna". Desde entonces, los desgraciados e ilusos creyentes en el infierno ígneo han ido poblando el mundo astral de las repugnantes formas de un Dios colérico, de un demonio personal y de lagos encendidos en que las almas de los condenados sufren eternamente indecibles tormentos. También vió alguien a veces estas figuras mentales cuya visión ha contribuído a mantener el eclesiástico terror del infierno. No cabe imaginar la sensación que experimentan las pobres víctimas de este abominable dogma, cuando por vez primera después de la muerte descubren una de esas horripilantes formas de pensamiento. Es difícil calcular el daño producido por la mas perniciosa doctrilla de cuantas el error forjara, que como una maldición planea sobre las tierras de Occidente, llevando consigo pena y tristeza y depresión de ánimo para vivos y muertos, no solo a causa del terror que inspira, sino porque embrutece y degrada la idea de Dios.

Escenario artificial.— Por supuesto, que del mismo modo que las figuras o personajes pueden forjarse escenarios como el purgatorio del Dante y el cielo e infierno de Swedenborg. Sin embargo, estos dos videntes entreveraron de simbología sus visiones, cuya parte verídica advierten hoy muchos de los que ya conocen los hechos. Conviene tener en cuenta que tanto los muertos como otras entidades no humanas pueden infundirse en las formas de pensamiento para vivificarlas, y hay frecuentes ejemplos de que así muchos lo hicieron, unas veces con buenas y otras con malas intenciones. Porque si bien es verdad que hombres malvados o malignos espíritus de los elementos aprovecharon las inconscientemente forjadas imágenes mentales para aparecerse en figura de rabilargos diablos de ojos candentes, no es menos cierto que los protectores invisibles, los muertos bien intencionados y aun a veces los mismos devas, animaron benéficamente las imágenes de santos y ángeles, forjadas por inocentes e ingenuos niños.

He aquí por que visiones de perfecta fidelidad psíquica concuerdan totalmente con fantásticas supersticiones populares sin estable fundamento. Así resulta que todavía hay quien ve ángeles alados cuando en realidad la idea de las alas es del todo contraria a la poética y deleitosa locomoción deslizante propia del mundo astral. Los muertos se mueven en este vasto océano de

formas mentales que, en todo caso, es preciso distinguir de las entidades vivas para comprender el mundo astral y sacar de la permanencia en él los mayores beneficios posibles. De nuevo advertimos la gran ventaja de haber estudiado detenidamente estos asuntos durante la vida física, pues los muertos conscientes se equiparan a los protectores invisibles en el placer de confortar y tranquilizar a sus hermanos con la explicación de muchas visiones que sin su ayuda les parecerían extrañamente terribles.

El cielo material.— Más duraderas y vigorosas formas mentales de lugar y escenario forjan los ignorantes y groseramente materializados creyentes en tierras vnales y ciudades celestes habitadas por ángeles. Miles de estos hombres han ido concretando durante siglos los extraños conceptos de calles de oro y puertas de perlas, de mares de cristal encendido, de coronas y arpas, de profetas vestidos como los monjes medievales, de apóstoles y santos con cálices y casullas, de serafines y querubines con alas imposibles en omoplatos humanos. Cuando muere un hombre de este tipo, mora primeramente en el subplano ínfimo astral que le parece purgatorio, hasta alcanzar por evolución el subplano inmediatamente superior, cuya densidad de materia es la más a propósito para plasmar estas formas celestes de pensamiento. En la mayoría de los casos cree que está en el soñado cielo; pero a veces nota cierta incongruencia con lo presumido y dice que “no se figuraba el cielo de aquella manera”, por lo que si tiene alguna cultura mental, experimenta no poco desencanto.

Prosigue la evolución del alma por obra del recogimiento interior, y poco a poco dejan de atraerle aquellas formas de pensamiento cada vez para él mas débiles. Entonces apunta en su mente el concepto de algo muy superior y descubre por vez primera que todo cuanto le causó deleite era tan solo el introito de la realidad entrevista en aquella etapa de su evolución, con cuya grandeza y esplendor nada del mundo astral puede equipararse. Sin embargo, algún provecho sacan los protectores invisibles de esta cruda materialización para mostrarse a las almas involucionadas con apariencia de ángeles o de santos patronos, cuando todavía no es hora de desengañarlas ni de darles explicaciones que no creerían ni entenderían, y así muchos santos han logrado éxitos que en realidad no fueron suyos. Pero los protectores tan solo desean prestar servicio a quien lo necesita, aunque el necesitado ignore de quien recibe el auxilio.

Los científicos.— Los estudiantes que hayan leído el compendio teosófico sobre El Plano Astral, recordaran que el subplano superior de esta región es distinto de las demás. Sin embargo, en esta condición atómica de la materia, los hombres no forjan conceptos imaginarios como en los niveles inferiores. Allí residen los pensadores y científicos intensamente ocupados en la prosecución de sus estudios, para cuyo propósito utilizan casi todas las fuerzas del plano entero, porque pueden descender, en ciertos aspectos, hasta casi tocar el físico y, sin detenerse en las minucias de la ordinaria vida terrena, valerse del complemento astral, de un libro de la ciencia humana para entresacar de el cuanto convenga al objeto de su estudio. Fácilmente se ponen en contacto

con la mente del autor de cualquier libro nuevo que les interese y le sugieren sus idas a cambio de las que de él toman con tal aplicación que muchas veces demoran por ello su ascenso al mundo celeste. Para estos hombres apasionados por el estudio, la vida astral tiene tantos y tan felices atractivos, que no experimentan la necesidad de otra más alta en cuya existencia difícilmente creen. Sin embargo, a su debido tiempo se convencen de que el mundo mental es mucho mayor en comparación del astral, como el astral lo es respecto al físico.

¿Reconocemos la personalidad de los muertos?.—Con frecuencia se han suscitado dudas acerca de si es posible reconocer al hombre astral después de la muerte. En todos los casos se le puede reconocer, aunque la silueta del hombre poco evolucionado sea borrosa y confusa. Conviene recordar que los clarividentes ven a los hombres terrenos circundados de una neblina luminosa ovoide a la que llamamos aura, que sobresale unos 450 milímetros del cuerpo físico en todas direcciones, y es de constitución sumamente compleja, pues contiene materia de diversos planos. Por ahora solo trataremos de la materia astral del aura, o sea la única que puede ver el clarividente, y si la observamos con detenimiento veremos que no solo circunda, sino que penetra el cuerpo físico, en cuya periferia interna es mucho más densa que en la externa. El conjunto de esta materia astral, tanto dentro como fuera del cuerpo físico, forma parte del cuerpo astral del hombre, y la mayor densidad en el interior del físico proviene de la atracción ejercida por las partículas camales. El clarividente que observa a este hombre con visión astral, no ve el cuerpo físico, pero no por ello se altera su configuración, pues la densa materia astral dibuja con toda claridad la silueta en el interior del aura. Cuando el hombre se desprende temporalmente del cuerpo físico durante el sueño y definitivamente al morir, persiste la misma agregación de las partículas astrales, de modo que puede reconocérsele, no obstante estar entonces constituida tan solo por materia astral la configuración de la forma física.

Durante la vida terrena se mueven de continuo con suma rapidez las partículas del cuerpo astral. En algunos tipos humanos, o cuando una violenta emoción sobresalta el vehículo astral, aparecen en él fajas y líneas claramente definidas; pero en circunstancias normales, los toques de color del cuerpo astral no solamente se entremezclan, sino que alternativamente aparecen y desaparecen al rodar unos sobre otros. En efecto, la superficie de esta luminosa y brillantemente matizada neblina tiene cierta semejanza con la del agua hirviente, cuyas partículas se mueven en todas direcciones y suben a la superficie para volver al fondo y levantarse de nuevo en perpetuo y mutuo cambio de lugar. Tal es durante la vida física la condición del cuerpo astral. Las partículas interpuestas en el cuerpo denso surgen bulliciosamente de él para hundirse de nuevo en su interior sin alterar la configuración general del conjunto. La misma condición subsiste mientras el hombre se separa del cuerpo físico durante el sueño, y de igual modo persiste durante la vida de ultratumba; pero en uno y otro caso sobrevienen alteraciones cuyo motivo y objeto tratare de explicar oportunamente.

CAPÍTULO VIII

El deseo elemental

Hemos dicho que cada nueva existencia física del alma equivale a un doble acto de expiración e inspiración, porque saca algo de sí misma hacia los planos inferiores para de nuevo absorberlo. Pone, por decirlo así, un capital a interés, con esperanza de adquirir experiencias supletorias que desenvuelvan en el nuevas cualidades. Hablemos, pues, del hombre en el período que media entre dos encarnaciones, durante el cual se retira temporalmente de los planos inferiores.

Es entonces el hombre un Ego residente en su propio plano, tal como estaba antes de los comienzos de su evolución, con la diferencia de haber adelantado considerablemente por el desenvolvimiento y consolidación de cualidades internas. Su casa solariega es el subplano superior del plano mental, aunque la conciencia del hombre vulgar se concentra en el tercer subplano a partir del superior. Muy poco tiempo permanece allí después de la vida celeste, antes de reencarnar, porque en nivel tan alto es inconsciente de cuanto le rodea e incapaz, por lo mismo, de aprender nada provechoso, puesto que no está lo suficientemente evolucionado para desplegar allí plena conciencia. Más tarde, cuando adelante en su evolución, será consciente en el subplano mental superior, donde pasará la mayor parte de su vida; y más tarde todavía, se concentrará en el segundo subplano y eventualmente en el superior cuando este próximo al Adeptado. Pero, según hemos dicho, el hombre ordinario permanece en el tercer subplano y aun allí es vagamente consciente, hasta el punto de no percibir las vibraciones externas, si bien pueda influirle la presencia magnética de un Maestro, como al incipiente brote vegetal estimula la luz del sol que sobre él derrama su vivificante flujo.

Como desciende el Ego.—Para adquirir experiencias y cobrar desenvolvimiento es preciso que el Ego descienda a la encarnación. Los orientales enseñan que el Ego está impelido por trishna (1) o sea el ardiente deseo de manifestarse y recibir las impresiones y toques que le capacitan para sentirse con vida, porque tal es la ley de la evolución. Enfoca entonces su conciencia en el subplano mental inferior, a fin de manifestarse por medio de una materia más densa que la del nivel en que se halla, sin mudar de espacio; pero esta manifestación es siempre parcial, porque cada plano esta respecto del

(1) Thana en lengua pali.

inmediatamente inferior en la misma relación que las dimensiones superiores respecto de las inferiores. Así cómo un número impar de líneas no puede formar nunca un cuadrado ni un número impar de cuadrados un cubo, así tampoco un número impar de manifestaciones, simultáneamente sostenidas en los planos inferiores (1), podrán jamás expresar perfectamente un alma cuya extensión y dirección no cabe concebir en estos planos inferiores. No basta el lenguaje físico para describir acabadamente el descenso del Ego; pero hasta que seamos capaces de transportar nuestra conciencia a los planos superiores y saber lo que sucede en ellos, el mejor símil de este concepto es el que representa al Ego irradiando una parte de sí mismo, como lengua de fuego que prende en los planos de materia más densa que la de su propia naturaleza.

En el momento de descender al subplano mental inferior, ha de manifestarse de algún modo, y para ello necesita la materia de dicho subplano, como el difunto que desca aparecerse en una sesión espiritista necesita condensar en su alrededor la materia física que le consienta hacerse visible a los ojos de los circunstantes y le permita mover objetos físicos. De la misma manera el Ego descendente se envuelve en una porción de materia del subplano mental inferior que, si densa y grosera, para él es muchísimo más sutil que la física. Este concepto nos demuestra lo imperfectamente que vemos al hombre verdadero al mirarlo tan solo desde el punto de vista físico como tenemos por costumbre; y aun si lo miramos en el plano mental, únicamente vemos de él lo que puede manifestarse por medio del cuerpo mental que es una manifestación de su aspecto intelectual. Si le observamos en el plano astral, veremos que se le ha sobrepuesto otro velo, a través del cual solo se descubre la parte manifiesta por el vehículo de deseos. En el plano físico, nuestra observación es todavía más imperfecta, pues el verdadero hombre está entonces oculto como nunca. Así, pues, lo que vemos del hombre es tan solo la mínima y peor parte, de modo que hemos de recordar que el alma tiene infinitas posibilidades más allá de la suma limitación en que aquí abajo se manifiesta.

La materia mental que el Ego condensa en su torno constituye el cuerpo mental que expresa exactamente los progresos intelectuales conseguidos al término de su última vida celeste, de modo que en este punto empieza por donde acabó; pero la índole del cuerpo mental, construido con los materiales por el mismo conseguidos, dependerá en gran parte de las circunstancias de su nueva vida terrena y de la educación que reciba. El hombre prosigue construyendo su cuerpo mental durante la vida física y de continuo le añade o elimina partículas, según atienda o descuide su construcción.

El mental elemental.—Conviene tener presente que la materia mental en que se envuelve el alma no es materia muerta, porque en parte alguna puede haber materia muerta, ya que toda esta vivificada por la oleada dimanante

(1) En el supuesto de que fueran posibles en el plano físico como lo son en el plano mental, según explicaremos más adelante.

del tercer aspecto del Logos; pero también la anima y revivifica la oleada del segundo aspecto, que se llama esencia monádica cuando anima la materia atómica de cada plano en su curso descendente, y esencia elemental en los subplanos no atómicos. Esta esencia forma los tres reinos elementales que por orden jerárquico corresponden respectivamente al subplano mental superior, subplano mental inferior y plano astral.

Por lo tanto, el Ego no solamente atrae materia del plano mental, sino también esencia elemental del segundo reino que, por estar evolucionando de por sí, solicita instintivamente cuanto pueda auxiliar su evolución necesitada de vibraciones externas que la levanten a nivel más alto, y así anda siempre necesitado de modalidades vibratorias entre las cuales sobresale, por su vigor de contraposición, la dilatada permanencia en un punto definido.

Probablemente todos habremos notado que tal es el caso en nuestros esfuerzos de concentración, y con seguridad advertido en nuestro interior algo que de aquí para allá impele erráticamente al pensamiento y se obstina en resistir nuestro esfuerzo para sostenerlo en tal o cual objeto de meditación. Con esta energía adversa lucha nuestra inercia mental cuando nos esforzamos en subyugar la mente y rendirla a nuestro servicio en vez de dejarla merodear a su capricho.

Formación del cuerpo astral.—Luego de revestido el Ego de la materia mental necesaria desciende al plano astral y repite la operación con la materia de este mundo, para manifestarse por medio de ella en cuanto su menor sutilidad lo permita. La índole constitutiva de este nuevo cuerpo astral es muy semejante a la del que desecho al entrar en el mundo celeste, tras la permanencia en el astral luego de pasada la última vida terrena. En cada uno de estos planos se manifiesta un aspecto del hombre, y al dar la vuelta al ciclo, reanuda la evolución del respectivo aspecto, en el mismo punto en que al ascender la dejara cuando terminaron sus experiencias en el correspondiente plano. Así es que este nuevo cuerpo astral estará formado de materia rigurosamente adecuada a la expresión de cuantas pasiones y emociones le caracterizaron en la última vida terrena, cuya tónica podrá reproducir o refrenar a su albedrío, según la educación que reciba en el plano físico.

En este nuevo cuerpo astral laten los residuos germinales de las pasiones, deseos, emociones y sentimientos que un día vitalizaron al viejo, pero no forzosamente han de crecer y fructificar todos estos gérmenes, porque cabe en lo posible, por medio de cuidadosa educación, vivificar la buena semilla y sofocar la mala en condiciones adversas para su germinación y crecimiento. Resultado de esta solícita educación será que cuando el niño llegue al término de su actual existencia florezcan y fructifiquen regaladamente las buenas cualidades y queden atrofiadas las contrapuestas que por haber tenido en la pasada vida cultivo siniestro dejaron en la presente gérmenes hereditarios cuya vitalidad sofocó una acertada educación para eliminarlos una vez muertos, y substituirlos por el tipo de materia que el hombre necesita para manifestar sus más activas cualidades. En otra encarnación ya no reaparecerán estos gérmenes morbosos, en prueba de que el hombre triunfó sobre

ellos, y ya no le volverán a conturbar en el transcurso de su evolución, porque el Ego ha vigorizado en su interior las virtudes incompatibles con el vicio opuesto.

La esencia viviente.—Tanto la materia astral como la mental están esponjadas de esencia elemental que también atrae el Ego a su alrededor para asimilarse buena porción de ella con el tiempo. Recordemos que esta esencia es parte de la vida del Logos en su línea descendente a la materia, porque la próxima etapa de su evolución será animar el reino mineral de una futura cadena y convertirse allí en lo que llamamos mónada mineral. Esto presta a dicha esencia ciertas características a las que no podemos acostumbrarnos fácilmente. Para nosotros todo progreso significa el paso ascendente de lo material a lo espiritual; pero como la esencia elemental está en el arco descendente, el progreso significa para ella más y más grosera materialidad en donde hallar impetuosas y bastas vibraciones, mientras que el hombre necesita para progresar vías precisamente opuestas, es decir, levantarse tanto como le sea posible de las condiciones materiales, para responder únicamente a las delicadas vibraciones de las ansias supremas.

Esta masa de esencia viviente vitaliza el caótico cuerpo astral del Ego, quien entonces se posesiona del cuerpo físico construido para él, según los merecimientos de su vida pasada. Conforme crece gradualmente este cuerpo físico, cobra el Ego mayor dominio sobre las materias astral y mental, y comienza a edificar definitivamente los vehículos en que ha de manifestarse durante aquella existencia. En toda coyuntura dispone de los materiales necesarios de edificación, debidamente provistos por las acciones de su vida anterior; pero tiene libre albedrío para coordinarlos según le plazca, utilizarlos total o parcialmente, actualizar sus potencialidades por el constante y cuidadoso ejercicio, o bien dejar que languidezcan latentes por falta de aprovechamiento. Según crecen los vehículos, comienza a brotar el deseo, y entonces cede el Ego a ciertas emociones con intento de fijar en definido cuerpo lleno de color y vibración la caótica masa astral. Al mismo proceso esta sujeta la formación del cuerpo mental; pero atendamos, por de pronto, a la del astral.

Una entidad temporal.—La esencia viviente, atraída por el Ego, queda temporalmente separada del océano vital del que procede, y existe entretanto como entidad propia en el cuerpo astral del hombre. Ahora bien; la esencia elemental tiene características peculiares. No podemos reconocerle inteligencia, porque ni siquiera ha llegado al nivel del mineral y no estamos acostumbrados a creer que el mineral sea inteligente. Sin embargo, esta esencia tiene extraordinaria adaptabilidad al medio ambiente, del que entresaca cuanto necesita, como si estuviera dotada de inteligencia o, por lo menos, de agudísimo instinto. Hemos dicho que evoluciona por el estímulo de las vibraciones, y la vibración en el plano astral proviene siempre de las pasiones y emociones. Por lo tanto, cuando flota en la atmósfera necesita esta esencia, para vigorizarse, las oleadas de pasión y emoción que surgen de las criaturas vivientes lo bastante evolucionadas para emitir las. Entre estas cria-

turas, no solo se cuentan los hombres, sino también los animales y los espíritus de la naturaleza, aparte de la categoría inferior de devas, llamados en sánscrito kamadevas, por estar todavía sujetos a la influencia del deseo. Al considerar el vasto océano de esencia elemental, es evidente que muy rara vez entraría una partícula determinada de él en la esfera vibratoria de las criaturas vivientes; pero las partículas elementales que constituyen el cuerpo astral de un hombre son temporalmente el centro mismo de las vibraciones pasionales y emotivas cuyos efectos experimentan de continuo y adquieren con ello mucha más experiencia en un período de tiempo dado que si permanecieran en el océano de esencia elemental. El extraño instinto de esta esencia parece como si capacitara a las partículas separadas del océano elemental a tener conciencia de esta separación, pues actúan cual si comprendieran que están donde apetezcan y se conglomeran en lo que pudiéramos llamar una entidad temporal, inspirada por el propósito semiconsciente de mantenerse en su ventajoso estado. Las partículas del cuerpo astral están en tan continua asimilación y eliminación como las del cuerpo físico; pero las nuevas partículas reciben, al incorporarse, el sentimiento de individualidad, de modo que la esencia inmanente en el cuerpo astral humano actúa como verdadera entidad de acuerdo con sus intereses.

Intereses opuestos.—Según puede inferirse de lo dicho, estos intereses son por lo general, completamente opuestos a los del Ego, que por ley de su naturaleza anhela siempre las más puras y sutiles vibraciones en accidente retirada de la materia. El deseo elemental, por el contrario, apetece sin cesar más graves y ásperas vibraciones en descendente aproximación a la materia. De aquí la perpetua lucha entre los anhelos del Ego y los apetitos elementales, sintetizada por San Pablo, al decir que “la ley de los miembros guerra contra la ley de la Muerte”.

Pero todavía hay más. Esta entidad halla envuelta en sí misma la más sutil materia del cuerpo mental del hombre, y la experiencia le advierte que cuando esta materia vibra sincrónicamente con la suya, obtiene mucho más intensas y eficaces vibraciones. Aprende, por consiguiente, que si logra poner esta más sutil materia en armonía con ella, de modo que induzca al Ego a desear lo que ella desea, todavía allegará mayores adquisiciones y, en este sentido, es para el Ego una especie de tentador que procura despertar en él sensaciones groseras de todo linaje.

Sin embargo, hemos de precavernos contra el error teológico que atribuye esta tentación al demonio, siempre ganoso de inducirnos al pecado. La entidad elemental no es evolutiva en modo alguno ni puede reencarnar indivisamente, sino que tan sólo evoluciona su esencia constitutiva. Tampoco tiene manía alguna contra nosotros esta entidad umbrosa, porque, reconcentrada en sí misma, nada comprende ni puede comprender del hombre, de que temporalmente forma parte, ni conocer la índole de su evolución.

Si algún ciego impulso dirigiera hacia arriba sus esfuerzos, le parecería una tentación para desviarla de su obligada línea evolutiva.

En efecto, esta entidad nada sabe acerca del hombre, y tan sólo advierte que está favorablemente establecida para recibir sensaciones, tanto mejor gozadas cuanto más intensas y vivas, sin que en lo más mínimo conozca si la sensación es placentera o dolorosa para el hombre, pues únicamente prosigue su propia evolución y es del todo inconsciente de los graves resultados que puede producir en un tipo superior de evolución que, si fuese capaz de notarlo, le parecería más bien retroceso que adelanto. Así, pues, no hemos de mirar a esta entidad elemental como espantable furia demoniaca, porque, como el mismo hombre, es una parte de la vida divina, aunque en distinta etapa de evolución.

Desde el punto de vista terreno, la acción de esta entidad es “tentadora”, y decimos que nuestros apetitos surgen de la naturaleza inferior para atormentarnos, cuando si mejor observáramos veríamos que estos apetitos no son, en modo alguno, nuestros, sino de la entidad elemental, aunque por haberla vitalizado nosotros es expresión de nosotros mismos. Si en la vida anterior hubiésemos vencido nuestras pasiones y disciplinado nuestros deseos, nos acompañaría en la presente una entidad elemental de índole mucho más placentera, en vez de habérmolas con otras cuyas vibraciones groseramente sensuales turban nuestros esfuerzos en elevarnos a más alta y pura vida. Aunque nosotros mismos formamos esta entidad, no por ello hemos de ser sus esclavos, sino, por el contrario, aprender a dominarla y dirigirla al paso que nos vemos distintos de ella. ¿Como lograrlo?

La porfía con la entidad elemental.—Ante todo, conviene tener en cuenta que, en el momento de la lucha, hemos de identificarnos con lo superior y no con lo inferior. No debemos decir o pensar de nosotros que necesitamos tal o cual satisfacción de mala índole, sino, por el contrario, que necesitamos todo cuanto contribuya a elevarnos de nivel espiritual y pueda servirnos de auxilio a nosotros y a los demás con menosprecio de las cosas inferiores. Cuando conmueve al cuerpo astral una violenta vibración de cólera o un arrebató de lujuria, debemos recurrir al deseo de mantenernos tranquilos, de modo que no nos envuelva la tormenta. El elemental del deseo ansía encolezarnos para darse el placer de la cólera o inducimos a la sensualidad para disfrutar de sus violentas vibraciones; pero no hemos de satisfacerle el gusto, sino atender a nuestro interés espiritual, porque no necesitamos deleites tan bajos ni somos nosotros los que andamos tras ellos. ¿Por qué, pues, hemos de menoscabar nuestra dignidad hasta el punto de supeditarnos a las lubricidades de lo que ni siquiera es todavía , mineral?

Lo importante es que el hombre se convenza de su poderosa fuerza, siempre a dirigida lo alto para pelear en pro del bien, mientras que la fuerza inferior no es el en modo alguno, sino tan solo fragmento indisciplinado de uno de sus vehículos. Ha de saber dominarlo, dirigirlo y mantenerlo sujeto; pero lejos de diputarlo por demoniaco, debe comprender que es una modalidad de la energía divina en camino de involución en la materia, en vez de evolucionar de ella como nosotros.

La compasión mal entendida.—Algunos estudiantes de Teosofía son tan

compasivos, que han llevado el altruismo al extremo de creer que debemos apiadarnos de la entidad elemental y satisfacer, si no todos, algunos de sus deseos. Esta compasión es loable, pero no racional como sentimiento. Si por desgracia llegamos a tener en nuestro cuerpo astral materia del tipo que ansía vibraciones groseras, no es dicha materia la más adecuada para nuestro vehículo, pues obtendría satisfacciones mayores si formase parte del astral de un perro o cualquier otro animal inferior, y sería mejor para nosotros eliminarla del nuestro y sustituirla con otra materia más refinada. Si algún deber tenemos respecto de la esencia elemental, es suministrar vehículos a la superior modalidad de ella, que no podría evolucionar de otro modo. Todas las bajas condiciones tienen cómodo asiento en los cuerpos de los salvajes y de los animales, por lo que no hay bastante razón a desviarnos de nuestro camino para realizar la tarea propia de nuestros prójimos menos evolucionados y del reino animal, dejando por hacer la de nuestra incumbencia. Al resistirnos a los apetitos pasionales, eliminamos gradualmente la materia ínfima de nuestro cuerpo astral, y nos asimilamos en sustitución partículas más delicadas y sutiles que llegan a renovar el vehículo. Si dominamos nuestros deseos y vivimos teosóficamente, saldremos de esta encarnación con un tipo de entidad elemental mucho mejor que el que trajimos al nacer.

La reordenación.—Cuando la muerte desintegra el cuerpo físico, se inicia también la desintegración del cuerpo astral y el desquiciamiento de las envolturas constitutivas de la personalidad. La esencia elemental nota por instinto que la armazón se derrumba, y temerosa de perder la morada en que se asentó separadamente de la masa colectiva para acelerar su involución, se apresta a la defensa con mucho ingenio, pues reordena las partículas del cuerpo astral de modo que puedan resistir el mayor tiempo posible a la desintegración, y en esto estriba su lucha por la existencia, ya que, apenas se desintegre el cuerpo astral, dejará de ser entidad separada.

Por medio de esta reordenación de las partículas del cuerpo astral mantiene todavía, aunque inconscientemente, su poderío sobre el hombre, pues coloca en capas concéntricas la materia más densa del cuerpo astral, de modo que, por estar en inmediato contacto con el exterior, reciban las vibraciones acordes con su naturaleza. Generalmente, la entidad elemental no interviene para nada en la posición de cuerpo astral que sobresalía del físico y formaba el aura luminosa, sino que se acumula en el interior de las densas capas que durante la vida terrena compenetraron la configuración del cuerpo carnal. Pero este procedimiento es de resultados fatales para la satisfacción y progreso del alma, cuyo interés está entonces en retraerse lo más íntimamente posible. La prolongación de la vida astral es, por lo tanto, inapetecible, pero no consiste en esto todo el daño.

Puesto que la materia más densa se aglomera en las capas exteriores del cuerpo astral, únicamente por su conducto y a su través pueden transmitirse las vibraciones externas, y como cada modalidad de materia responde a vibraciones análogas, resulta que el hombre solo tiene conciencia de la ínfima índole de materia astral correspondiente en aquel plano al cuerpo físico

en el terrestre. La vida astral de ese hombre será, por lo tanto, sumamente material, sin que pueda darse cuenta de los superiores y más hermosos aspectos del plano. Esto es lo que significa la relegación a un subplano donde el hombre no está en modo alguno coartado en sus movimientos, sino que, por percibir únicamente las sensaciones a través del tipo inferior de materia, solo es consciente de la peor parte del mundo en que se halla, y no advierte lo que en él hay de más hermoso, brillante y admirable, porque como las elevadas influencias del plano chocan contra la capa de materia densa, queda detenido en cercano toque con la tierra y es incapaz de encontrar a quienes ya alcanzaron los niveles superiores.

Efectos dañinos de la reordenación.—El peor es sin duda eclipsar la clara y verdadera visión del hombre en todas las etapas de su vida astral, de modo que no puede ver a un pariente o amigo, a menos que ambos dejen casi al mismo tiempo el plano físico; pero si un hombre que después de la muerte se halle en los subplanos inferiores, busca a un allegado que murió doce o quince años antes, es posible que el allegado haya transferido su conciencia a nivel superior y, atento como está a los intereses de lo alto, apenas se da cuenta del recién llegado, porque este tan solo puede ver en aquél la mínima porción de materia astral correspondiente al subplano inferior en que se halla.

Según los moradores del mundo astral van elevando su conciencia a mayor nivel, son ya entidades visibles y activas en el subplano a que se han remontado y aparecen como formas inconscientes en los subplanos inferiores. Sin embargo, aun retienen una corta porción de materia de estos subplanos inferiores y cabe todavía que un vigoroso estímulo les transporte la conciencia a ellos. Esto ocurre frecuentemente a causa de la desconsiderada aflicción de la familia y también de la evocación por mediumnidad. Los que están en los subplanos superiores y sienten afecto hacia sus parientes y amigos relegados en los subplanos inferiores, pueden tener conciencia momentánea en estos subplanos en virtud del afecto que les mueve, pero sin mantenerse mucho tiempo en ellos. Aunque uno y otro estén al mismo tiempo en el mundo astral, la atención del que se halle en nivel superior se convertirá casi enteramente a las formas mentales y la del recién llegado a las imágenes de los objetos físicos. Ambos se considerarán recíprocamente como seres sin realidad, como fantasmas que pueblan el país de las sombras, pues para quien de los dos está a más elevado nivel, las únicas realidades vivientes son las formas de pensamiento. El cuerpo astral del recién llegado sería también visible para el que está en nivel superior, porque contiene materia de este subplano; pero como su conciencia no está enfocada en la porción que podría ver con mayor claridad, se le aparece como una forma vaga e inconsciente. Si el afecto entre aquellas dos entidades astrales fue profundo y sincero en la tierra, probablemente les capacitará para dominar de momento el deseo elemental y verse uno a otro casi con plena visión; pero luego se reafirmará la reordenación de capas astrales y volverán a verse como sombras.

Ventajas del vencimiento.—El hombre que logra sobreponerse a esta

reordenación de su cuerpo astral en capas concéntricas esquiva toda dificultad y contratiempo, pues puede actuar en el mismo subplano en que está el pariente o amigo a quien busca, y lo encuentra y conversa con el libre y desenvueltamente. En algunos casos aun va más allá, pues ya libre de la servidumbre a que le tenía sometido el deseo elemental, le es fácil enseñar a otros el medio de redimirse y vivir astralmente con mayor utilidad y aprovechamiento.

El hombre vulgar que nada sabe de todas estas cosas, se resigna a la reordenación de las capas de su cuerpo astral, considerándolas inherentes a las nuevas y extrañas condiciones que le rodean, y le parece estar viendo la totalidad del mundo de ultratumba cuando en realidad solo ve parte de un subplano. Pero no hay razón para que el estudiante de ocultismo, conocedor de la situación, se someta servilmente al yugo del deseo elemental, como tal vez no lo hiciera durante la vida física, y, por lo tanto, se resistirá a que el duro cascarón le relegue al subplano inferior e insistirá en mantenerse en libre comunicación con los subplanos superiores. De este modo se hallará en la misma situación en que se veía cuando durante el sueño actuaba en el mundo astral y, en consecuencia, será capaz de moverse mucho más libremente y prestar mayores servicios que si se rindiese a la esclavitud de sus bajos deseos. El esfuerzo para resistir la reordenación del cuerpo astral y volverlo a su estado primitivo, es precisamente análogo al que en la vida física realizó para vencer pasiones avasalladoras. La entidad elemental está temerosa de verse en aquel extraño ambiente de semi-inconsciencia y se esfuerza en contaminar de su temor al hombre, de modo que este sienta cernirse sobre él un peligro únicamente evitable cediendo a la reordenación de su cuerpo astral. Pero si con firmeza resiste aquel irracional impulso de temor, mediante la afirmación serena de su conocimiento, vencerá los ataques de la entidad elemental, como durante la vida venció repetidas veces la violencia de los deseos. De esta suerte se convertirá en efectiva y viviente potencia durante su vida astral, y proseguirá su tarea de auxiliar a cuantos de auxilio necesiten, según hiciera en vida mientras dormía su cuerpo físico.

De nuevo vemos las inestimables ventajas de conocer exactamente las condiciones de la existencia ultraterrena.

CAPÍTULO IX

Dilatación de la conciencia

Para formarnos idea del mundo astral, conviene tener en cuenta que en el desaparece una de las muchas limitaciones que por todas partes nos rodean en el físico, donde solo somos conscientes de tres dimensiones del espacio, porque únicamente estas tres y no las otras pueden percibir en su funcionamiento normal el cerebro humano. Realmente, el espacio en que nos movemos tiene varias dimensiones cuya ilusoria limitación está subjetivada a la de nuestra conciencia, pues lo que no alcanzamos a ver excede, en verdad, de mucho a lo que vemos. En el plano astral estamos todavía muy lejos de descubrir las divinas potencias subyacentes en el hombre; pero, al menos, nos hallamos algo más próximos a descubrirlas y no nos cubren tantas limitaciones, puesto que ya se ha desvanecido del todo una de ellas.

Pero esta mudanza, por infinitesimal que parezca comparada con el más allá, es tan enorme desde el punto de vista físico, que difícilmente podemos entender ni un ápice de su significado. Por cuidadosamente que se le describiera, no podría expresarse esta idea en lenguaje humano, y a lo sumo podemos trazar los rasgos principales que a los un tanto experimentados en estos estudios les han permitido inferir el resto del plan pues quienes nada han visto del mundo superfísico ni aun parcialmente lograrían comprenderlo. Un paisaje pintado nos sugiere la idea de como sería si en realidad lo viésemos porque ya hemos visto otros paisajes, y acostumbrada nuestra mente a las características generales de la topografía campestre, puede suplir sin dificultad cuanto falte en la pintura; pero si se la enseñamos a quien en su vida no haya visto al natural paisaje alguno, le será imposible advertir el parecido de la representación pictórica, deficiente por necesidad en casi todos los pormenores, pues ni sus líneas ni ángulos pueden reproducir exactamente los del paisaje natural, que no está dibujado tal cual es, sino como el pintor lo abarca desde cierto punto de vista, de modo que, a no ser por la perspectiva y la variedad de proporciones, no tendríamos idea de lo representado en el lienzo. Igualmente solemos formar equivocados conceptos de los planos superiores de la naturaleza, no obstante nuestro buen deseo y clara comprensión de las descripciones más cuidadosas, sin que la culpa sea nuestra ni de quien los describe, sino tan solo de la dificultad propia del asunto.

El mejor medio de comprender.—Aparte de la luz astral no hay medio tan a propósito como el estudio de la cuarta dimensión para conocer las condiciones prevalecientes en el plano astral y plasmar en el cerebro físico las

formas más sencillas de este orden superior del espacio. Esto requiere indudablemente considerable esfuerzo del cerebro físico, que entonces habrá de transponer su acostumbrada tensión y desplegar nuevas energías. Poco a poco accederá el cerebro a la demanda y, a medida que venza dificultades, podremos por su medio percibir las formas astrales que nos sugerirán ideas de orden superior y un concepto más amplio de la vida y del espacio. Este procedimiento no es igualmente asequible para todos. Algunos se aficionan de tal modo y tan poderosa fascinación ejerce en ellos, que muy fácilmente abarcan sus líneas generales, al paso que a otros les parece del todo incomprendible.

De diversos modos puede considerarse este asunto, a cuyo estudio me movió la lectura de la obra: *Ficciones científicas*, escrita por C. H. Hinton, de quien más adelante diré lo que opina sobre el particular, por si el lector quiere tomarse el trabajo de conocer directamente dicha obra, en la seguridad de que no ha de pesarle. Trata Hinton este punto sin relación alguna con el plano astral, cuya existencia seguramente desconoce, y se ciñe a exponer un concepto más elevado del espacio físico desde el punto de vista escuetamente científico. Sin embargo, aparte de las verdades expuestas por Hinton en su obra, también lo es que el mundo astral se compenetra con el físico y, por lo tanto, podemos de este modo conocer algo de aquél. No es posible asegurar que el estudio de la cuarta dimensión sea el mejor medio para desarrollar la facultad de valerse de la luz astral, aunque muchos lo hayan logrado precisamente por dicho medio; pero el cuidadoso estudio de esta materia amplía los conceptos y vigoriza las ideas que vamos exponiendo.

Nuestras limitaciones.—Nuestro concepto ordinario del espacio entraña la idea de límite, y así lo reconocen los autores orientales al decir repetidamente que la conciencia puede trascender el tiempo y el espacio. Consideran estos autores el espacio como el límite de nuestra conciencia y no como realidad necesariamente existente. Le será difícil abarcar esta idea a quien no recuerde haber llevado su conciencia más allá del plano físico; pero todos cuantos son capaces de elevarla a los planos superiores de la naturaleza saben que hay un nivel, más allá del cual no existen el tiempo ni el espacio según el concepto común. En el plano físico, donde sí existe la limitación llamada espacio, lo consideramos de tres dimensiones: largo, ancho y alto, sin que nos sea posible concebir otra dimensión distinta, de suerte que todo movimiento sintético se descompone para nosotros en tres movimientos analíticos. Por ejemplo, si deseamos mover un objeto, podemos hacerlo por la combinación de tres movimientos en línea recta, cada uno de los cuales será perpendicular a los otros dos. Si el objeto está en el suelo de una estancia, lo trasladaremos, mediante dos movimientos perpendiculares, hasta debajo del punto del espacio donde queramos colocarlo, y levantándolo entonces en línea recta, perpendicular también a las dos primeras, alcanzaremos la deseada posición. En estado de conciencia física no podemos concebir otra línea perpendicular a las tres citadas; pero esta imposibilidad no prueba que no exista la cuarta línea, sino que nuestra mente no es capaz de imaginarla. Este problema ha de resolverse precisamente por

analogía, es decir, estableciendo términos de comparación con un ser viviente que tan solo perciba dos dimensiones, así como nosotros percibimos tres, pues aunque no sabemos con certeza si hay algún ser vivo de esta índole perceptiva, bien cabe admitirla en los infusorios.*

Las dos dimensiones.—Si suponemos uno de estos infusorios sobre una hoja de papel, no habrá para él otro mundo que la superficie en que se mueve, ya que no solo no podrá elevarse sobre la hoja ni hundirse bajo ella, sino que también desconocerá nuestros conceptos de arriba y abajo, pues aunque esté sobre la superficie no sabrá que sea tal superficie. Si este infusorio razonase, ¿descubriría la tercera dimensión que absolutamente invisible para el escapa a toda experiencia que pudiese llevar a cabo. Para responder cual corresponde, examinemos las limitaciones del infusorio para ver como percibiría los objetos de tres dimensiones que llegaran a su alcance.

Advirtamos, ante todo, que el tamaño nada importa en esta cuestión, pues podemos imaginar la hoja de papel de muchos kilómetros de longitud y el infusorio algo más que microscópico, sin alterar los términos del problema, ya que el espesor o tercera dimensión continua siendo tan atómica como antes. Advirtamos también que una línea de tinta trazada en la hoja de papel sería para el infusorio insuperable obstáculo, y si la línea pasara de uno a otro borde de la hoja quedaría la superficie, o sea el mundo del infusorio, dividida en dos partes por el espesor de la tinta, sin que le fuese posible salvar la frontera que le separa de la otra parte de su mundo, esencialmente idéntica a la en que se halla, ni tampoco tener conciencia de cuanto ocurre más allá de aquel límite, no obstante su estrecha cercanía.

Desde el espacio de tres dimensiones observamos nosotros el mundo del infusorio y nos es fácil producir fenómenos que a la entidad microscópica le parecerían maravillosos. Si tomáramos un objeto de este otro mundo y lo transpusiéramos hasta el suyo por encima de la línea divisoria, sería para el infusorio aparición inexplicable. Si dibujáramos un cuadrado alrededor del infusorio, quedaría este preso dentro de un espacio limitado por todas partes en direcciones desconocidas y le parecería inconcebible que otra entidad pudiese entrar en el cuadrado sin trasponer uno de sus lados, por más que el nosotros nos sería sumamente fácil colocar de pronto un objeto junto al infusorio durante el tiempo necesario para que se convenciera de su realidad y retirarlo después con la misma prontitud. Cualquier figura en cuadro le parecería al infusorio una caja cerrada, pero en modo alguno nos lo parecerían a nosotros las que el pudiera construir, porque le observamos en una dirección del todo inconcebible para el, pues tan solo la longitud y latitud de la hoja de papel en que se mueve son caminos por donde puedan acercársele los objetos exteriores que, sin embargo, podemos nosotros introducir en su mundo por medios cuya naturaleza desconoce.

Muy fácilmente pudiéramos transformar la idea de distancia que se forjase

* Nota de la editorial: Hoy día se sabe de diversos animales que solo perciben dos dimensiones, por ejemplo el caracol que desarrolla su vida siempre en el plano.

el infusorio. Si señalamos un punto cerca de cada uno de ambos bordes paralelos de la hoja de papel, su distancia será para el infusorio la anchura máxima de su mundo y no podrá trasladarse de uno a otro punto sin atravesar toda la superficie. Nuestro conocimiento de las tres dimensiones nos permite doblar la hoja de papel de modo que se aproximen y aun se toquen los puntos; pero el infusorio no concibe semejante dobladura, porque para ello es preciso que el papel se mueva con un espacio de que no tiene idea. Sin embargo, el infusorio hallaría, por virtud de nuestra intervención, que los puntos antes lejanos se han aproximado de suerte que no necesita atravesar toda la superficie de la hoja para ir de uno a otro. Esto le parecería otro milagro opuesto, desde su punto de vista, a las leyes de la naturaleza.

Fácilmente se comprende que nuestro conocimiento de las tres dimensiones nos permitiría jugarle infinidad de tretas al infusorio que tan solo concibe dos; pero es muy curioso que precisamente se nos estén armando de continuo las mismas tretas. Cuantos han observado los fenómenos espiritistas saben que en las sesiones ocurren hechos análogos a los descritos. Muy a menudo desaparece un objeto de una caja cerrada o la entidad espíritu demuestra que para ella es lo mismo que si estuviese abierta, pues lee los escritos puestos en el interior. Otras veces se aparece la entidad súbitamente, y con igual presteza desaparece sin saber como. Claro está que solo podemos explicarnos semejantes fenómenos suponiendo una cuarta dimensión relacionada con las otras tres, como la profundidad o altura con las otras dos en el plano físico. Si existe esta cuarta dimensión, todo ser conocedor de sus leyes que en ella actuase podrá tratarnos como tratamos nosotros al infusorio que tan solo concibe dos, y realizar fenómenos que nos parezcan prodigios, sin contravenir en modo alguno las leyes naturales.

Consideraciones matemáticas.— Examinemos ahora la cuestión desde otro punto de vista. Supongamos una recta de dos pulgadas de longitud y, tomando por unidad la pulgada, representemos esta recta por el número 2. Según los principios geométricos, dicha recta está engendrada por el movimiento de un punto en determinada dirección, y si movemos la línea paralelamente a sí misma hasta la distancia de dos pulgadas, obtendremos una superficie cuadrada, cuya representación matemática será el número 2^2 . Si ahora levantamos este cuadrado también paralelamente a sí mismo hasta la altura de dos pulgadas, resultará un cubo de dos pulgadas de arista, numéricamente representado por 2^3 . Aquí tenemos tres figuras geométricas engendradas por movimientos recíprocamente dependientes: el punto engendra la línea, la línea el cuadrado y el cuadrado el cubo, cuyas correspondencias numéricas son respectivamente, 2, 2^2 y 2^3 .

Geoméricamente no es posible llevar la operación más allá del cubo, pero algebraicamente cabe elevar el número a la cuarta potencia y a cualquier otra superior hasta la enésima. Estas expresiones algebraicas han de tener sin duda su correspondencia en la verdadera geometría del espacio, y, por lo tanto, ¿cuál será la forma del sólido correspondiente al número 2^4 ? Puesto que no podemos demostrar plásticamente esta forma, bueno será el intento

de imaginarla, por ver si damos con la cuarta dimensión. Pero a fin de comprender los términos del problema, conviene estudiar como dimana cada una de estas figuras de la inmediatamente anterior.

Advirtamos primero que si bien cabe representar por 2^2 la superficie de un cuadrado cuyo lado sea 2, la unidad superficial del cuadrado es distinta de la unidad lineal del lado. Decimos que la recta tiene dos pulgadas de largo y para designar la magnitud del cuadrado que engendra el movimiento de la recta, multiplicamos el número 2 por sí mismo; pero vemos que difiere la unidad empleada para medir la magnitud del cuadrado, pues ya no es una pulgada lineal sino una pulgada cuadrada y las unidades lineales nunca podrán componer una unidad superficial, porque la línea es geoméricamente longitud sin latitud, y en consecuencia, por muchas que sean las líneas no formarán superficie, puesto que cada una de por sí carece de latitud. De esto se infiere que todavía no ha visto nadie una línea rigurosamente matemática, porque lo que carece de latitud no puede ser visible para nosotros, y, por lo tanto, todas las líneas que tratamos son inexactas y no representan fielmente el concepto matemático de la línea.

Consideraciones idénticas se pueden aplicar al cubo procedente del movimiento del cuadrado, cuyas dimensiones geométricas se contraen a longitud y latitud sin profundidad, de modo que, por muchas superficies cuadradas que se apilaran una sobre otra, no podrán engendrar un cubo. Para medir el cubo hemos de multiplicar el número 2 tres veces por sí mismo, y la unidad empleada debe pertenecer a la nueva dimensión, pues ya no sirven ni la pulgada lineal ni la cuadrada. Sino la cúbica. Tenemos, por lo tanto, que a cada dimensión nueva corresponde distinta unidad y que la medida de una dimensión no puede expresarse en unidades de la inmediatamente inferior.

Conviene también tener en cuenta que cuando movemos una de estas figuras para engendrar la otra, cada uno de sus puntos ha de engendrar asimismo la correspondiente línea. Al mover una recta en dirección paralela a sí misma para engendrar un cuadrado, hemos de suponer que no solo los puntos céntricos engendran las rectas límites del cuadrado, sino que todos los demás puntos de la generadora engendran otras tantas rectas. De la misma manera, cuando por el movimiento de un cuadrado engendramos un cubo, no sólo producen cuadrados las rectas del perímetro, sino que todos los puntos de la superficie se mueven paralelamente a sí mismos y contribuyen a generar el cubo. Conviene advertir que la figura geométrica llamada cuadrado es la superficie comprendida entre los cuatro lados y no únicamente los cuatro lados que constituyen el perímetro.

También es preciso tener en cuenta que al pasar a una dimensión superior, no se nos oculta punto alguno de la inferior, pues la miramos de modo que no pueden cubrirse unos puntos con otros. Si aplicáramos todas estas consideraciones al movimiento de un cubo en una inconcebible dirección perpendicular a las tres dimensiones conocidas, ¿qué figura resultaría? Ante todo, hemos de recordar que cualquiera que fuese esta nueva figura no podría medirse con ninguna medida de las que conocemos. No habría bastantes

cubos para engendrar la nueva figura, porque esta requiere la cuarta dimensión de que carece el cubo y, por lo tanto, habría de medirse con otra unidad.

El tesseracto.—De las consideraciones expuestas deduce Hinton ciertos resultados sobre esta nueva figura geométrica a que llama tesseracto, y afirma que ha de tener diez y seis vértices, treinta y dos aristas y veinticuatro superficies, con ocho cubos por límite, de la misma manera que la línea está limitada por dos puntos, el cuadrado por cuatro líneas y el cubo por seis superficies, con doce aristas y ocho vértices.

Suponiendo que realmente existiera el tesseracto, ¿cómo impresionaría nuestros sentidos? Evidentemente nos parecería un cubo y, en demostración de ello, consideremos otra vez el infusorio de las dos dimensiones. Si colocamos un cubo en la superficie de la hoja de papel le parecerá, seguramente, una misteriosa materialización, por decirlo así, ¿pero cómo verá el cubo desde su punto de vista? Verá únicamente la porción en contacto con la superficie de la hoja y, por lo tanto, la tomará por cuadrado o sea la forma adecuada a su conciencia limitada, pues no sabe lo que significa un cubo. De la misma manera nos ha de parecer necesariamente cubo un tesseracto en el plano físico. ¿Cómo, pues, podrá nuestra conciencia limitada tener idea de esta figura? Cuantos han estudiado embriología conocen la manera de observar el embrión en sus distintas fases. Por ejemplo, el investigador corta en delgadas láminas varios huevos en distinto grado de incubación y los examina con el microscopio. En cada lámina hay una mínima parte del embrión, cuya tenuidad permite considerarla como si solo tuviera dos dimensiones; pero combinando las imágenes de todas las láminas resultará la imagen del embrión en tres dimensiones. Así es que si a un ser cuyo alcance no va más allá de las dos dimensiones le quisieramos sugerir la idea de tres, no tendríamos más remedio que valernos de una serie de imágenes de dos dimensiones, cuya combinación le daría a entender que hay algo más allá de sus facultades perceptivas. Esto es, por consiguiente, lo que hemos de hacer para representarnos aun la más sencilla figura de cuatro dimensiones. Si imaginamos una serie de sectores de tres dimensiones y los combinamos mentalmente, parecerá que están rodeados por objetos de tres dimensiones; pero si el espacio tiene realmente cuatro, también las tendrán algunos o todos aquellos objetos, a pesar de que solo veremos de ellos lo que nuestra limitación consienta. Por ejemplo, el ser humano tiene, en realidad, cuatro dimensiones y hay en él mucho más de lo que podemos ver. En una persona de ordinaria y vulgar presencia en el plano físico, acaso descubra excelsas cualidades quien pueda verle la otra dimensión, la parte desconocida llamada alma.

Hinton cita en su obra algunos ejemplos muy curiosos de las posibilidades propias de un mundo de cuatro dimensiones. Repetiré uno de dichos ejemplos, aunque para comprenderlo sea necesario un vigoroso y sostenido esfuerzo de concentración.

Hermosa analogía.—Volvamos de nuevo al infusorio de las dos dimensiones, que esta vez ya no vive sobre una hoja de papel, sino sobre una del-

gadísima lámina de cera, a cuyo través pasamos un hilo bramante y la mantenemos horizontalmente con una mano por encima y otra por debajo. Si el hilo esta tirante en posición perpendicular a la lámina y lo movemos hacia arriba y hacia abajo, no podrá comprender el infusorio por que ni como se mueve, sino que tan sólo se dará cuenta del agujero abierto en la superficie de la lámina de cera y de la porción de bramante que lo atravesase en aquel momento. Si el hilo fuese en algunos trechos más recio que en otros o estuviese diversamente coloreado, entonces el infusorio advertiría los cambios de tamaño y color da la partícula a su alcance, pero sin tener noción del bramante en conjunto. Si hacemos pasar un cono por la lámina de cera, introduciendo primero la cúspide, le parecerá al infusorio un pequeño círculo que de modo misterioso va agrandándose progresivamente hasta desaparecer con igual presteza.

El infusorio no concebiría las diversas fases del agrandamiento del círculo que le parecerían interválicas en el tiempo, cuando en realidad son partes infinitesimales de un todo, simultáneamente existentes en un espacio inasequible a su percepción.

Pero supongamos ahora que en vez de mantener el bramante perpendicular, lo disponemos en ángulo de 45° , igualmente tenso a través de la lámina. Si movemos las manos también verticalmente como antes y no en dirección oblicua, produciríamos en la lámina una ranura en vez de un orificio; pero si la cera se soldara apenas pasado el bramante, el movimiento de nuestras manos produciría en la lámina de cera un agujero movedizo, cuya variación de lugar sería tanto más rápida cuanto mayor fuese la inclinación del bramante. Sin embargo, el infusorio solo vería el agujero movedizo o más bien la porción de bramante que lo atraviesa y, por lo tanto, diría ilusamente que solo existe el movimiento transversal propio de su mundo, cuando el verdadero sentido del movimiento en cuestión es de arriba abajo y de abajo arriba.

Supongamos ahora que, en vez de uno, tenemos centenares de hilos colocados en un bastidor y dispuestos en el mayor número de ángulos posibles, entrecruzados unos con otros de modo que formen multitud de nudos en los puntos de contacto. Al infusorio le parecerá que se mueven infinidad de puntos independientes entre sí, como un verdadero caos, en las direcciones más opuestas; y sin embargo, esta para él fortuita confusión de átomos es en realidad el lento pero seguro movimiento ascendente y descendente de los hilos colocados en el bastidor, cuya existencia desconoce el pobre infusorio.

Tal es alegóricamente el caso en que nos hallamos, porque cuantos movimientos vemos a nuestro alrededor y la aparente confusión y embrollo de las vidas humanas son ciertamente, una parte del poderoso movimiento de evolución presidido por la ley divina, según nos convenceremos cuando lo podamos observar desde un nivel más elevado. Hinton expone esta hipótesis con mucho acierto, y demuestra que varios fenómenos científicos podrían explicarse satisfactoriamente desde este punto de vista. Conviene advertir que para facilitar la práctica del ejemplo antes citado, sería preciso establecer ciertas condiciones respecto a la ordenación de los hilos del bastidor, y

es muy de notar que estas condiciones correspondan precisamente a las cualidades inherentes de la materia según la conocemos.

Consideraciones complementarias.— Otros muchos fenómenos de diversa modalidad científica hay sustibles de explicación por este medio en que se apoya Hintoll para exponer una nueva e ingeniosa teoría de los gases. Sabemos que un líquido derramado sobre una superficie plana se extiende en dos dimensiones, mientras que los gases se expansionan siempre en tres. Así como según va extendiéndose un líquido en largo y ancho va disminuyendo en espesor, ¿no sería posible que al dilatarse un gas en el espacio disminuyese la cuarta dimensión, de suerte que su densidad expresará la relativa magnitud de la cuarta dimensión?

A menudo vemos en el mundo físico objetos que parecen reflejo uno de otro, como, pongamos por caso, la mano derecha respecto de la izquierda, que no se pueden superponer palma con dorso, a pesar de su perfecta analogía en todos los puntos, según demuestra la configuración de un par de guantes, uno del revés y otro del derecho. Si dibujamos dos triángulos rectángulos con uno de sus vértices en opuesta orientación, o sea simétricos respecto de un eje, y los recortamos del papel para ponerlos sobre una mesa, resultará imposible superponerlos por mucho que los movamos, al paso que lo conseguiremos en un instante con solo revertir uno de ellos. Así como revirtiendo en tres dimensiones un objeto de dos podemos transformarlo en su reflejo especular, ¿no podría obtenerse análogo resultado revirtiendo en cuatro dimensiones un objeto de tres? Hinton no solo indica la posibilidad de explicar por este medio los fenómenos eléctricos más curiosos, sino que se adelanta a inferir de la teoría de la cuarta dimensión la necesidad de leyes éticas universalmente reconocidas.

Desprendimiento del yo.— Todo estudiante de Teosofía sabe que la primera etapa en el camino del verdadero progreso es el desprendimiento del yo, el desvanecimiento de la ilusión de separación, para desarrollar perfectamente el altruismo y trabajar en beneficio del prójimo. No es de seguro mera coincidencia que la primera etapa del provechoso y práctico estudio de la cuarta dimensión sea lo que Hinton llama “desprendimiento del yo.” Hemos de eliminar el yo de nuestro pensamiento y apartarnos por completo de nuestro actual punto de vista. Para demostrarlo, valgámonos de unos cuantos exaedros o cubos, por el estilo de los que en las escuelas o jardines de la infancia sirven para la enseñanza intuitiva de la geometría, y formemos con todos ellos otro cubo muchísimo mayor, en cuya masa nos acostumbraremos a ver los cubos componentes recíprocamente relacionados como partes de un mismo todo. Veríamos unos exaedros encima y otros debajo, unos a la derecha y otros a la izquierda; pero estas relaciones no serían las verdaderas y abstractas de unos cubos con otros, sino las observadas desde nuestro punto de vista personal. Para conocer la verdadera relación entre los exaedros componentes, hemos de colocarnos en actitud tal, que no seamos elemento partícipe de la cuestión.

A muchos les cuesta no poco mantenerse en actitud independiente, de la

propia manera que también es difícil alcanzar el altruismo propio de los planos superiores, simbolizados mecánicamente en el ejemplo referido (1).

Habrán quienes, para alcanzar la clarividencia, diputen los métodos de concentración, meditación y contemplación más sencillos que el del estudio matemático de la cuarta dimensión; pero aunque este estudio no les llevara a la clarividencia ni a la concepción geométrica del tesseracto, les proporcionaría en cambio nuevos puntos de vista con notable robustecimiento de sus facultades perceptivas.

(1) Los estudiantes a quienes haya interesado este bosquejo de la cuestión, pueden consultar la obra ya publicada de Hinton y la que, según noticias, prepara con otra exposición de su teoría en forma más comprensible lo para la generalidad de las gentes. Estoy seguro de que muchos teósofos se apresuraran a leer la nueva obra de Hinton.—NOTA DEL AUTOR.

CAPÍTULO X

La obra de los auxiliares

Algunos preguntan: ¿qué nos enseña la Teosofía respecto de la preparación a la muerte? Según ya dijimos, la única preparación eficaz a la muerte es la bien empleada vida, por lo que no ha de apesadumbrarnos su inminencia. Es sin duda provechoso familiarizarnos con las enseñanzas que sobre el particular dan los libros teosóficos, no solo para saber más fijamente cuanto ha de ocurrirnos al morir, sino también para arrastrar confiadamente cualquier contingencia imprevista que pudiese sobrevenirnos a nosotros mismos o a quienes deseamos auxiliar. Es de mucha importancia que nos acostumbremos a considerar a la muerte como un suceso perfectamente normal y a mirar el más allá, no solo sin repugnancia, sino con gozo como el término de la fatigosa existencia física y el comienzo de mejor y más alta vida, cuyas oportunidades de labor útil y auxiliadora exceden en mucho a las del plano físico.

Claro está que cuanto mejor conozcamos las condiciones de la vida astral, tanto más útilmente podremos servir de consuelo, auxilio y guía a los que atraviesan el dintel de la muerte sin nuestras ventajas para disponerse al tránsito. Muy provechoso ejercicio será para nosotros considerar los diferentes casos que en el mundo astral requieren auxilio, a fin de familiarizarnos con ellos e ir durante las horas de sueño en busca de los menesterosos y emplear los intervalos de la vida física en el ejercicio de la labor que habremos de cumplir plenamente cuando salgamos de la cárcel carnal.

Campo familiar.—Si así lo hacemos, nada nos ha de parecer extraño ni terrible cuando llegue la hora de la muerte, sino que nos trasladaremos una vez más al plano astral, y allí encontraremos nuestro acostumbrado campo de acción entre parientes y amigos que nos recibirán más gozosamente al enterarse de nuestra continua permanencia junto a ellos, sin la desventaja de tener que dejarlos periódicamente para regresar, o mejor dicho, descender al plano físico. Como entonces dispondremos de más tiempo y estaremos en nuestro escenario habitual, nos será fácil dilatar el campo de nuestras actividades astrales de modo que sean muchísimo más eficaces que antes.

Importancia del auxilio.—Mucho hay en el mundo astral, desconocido de estas pobres almas, que les causa perplejidad y confusión por culpa de la escandalosa negligencia de sus iglesias en darles verdaderas y racionales enseñanzas sobre la otra vida. Algunos se aferran tan apasionadamente como pueden a la vida terrena, pues su desconocimiento de los intereses

ultrafísicos le mueve a mirar con horror cuanto no sea terreno, y a temerle de la propia suerte que el niño mal educado teme la obscuridad. No creen ni nadie les haría creer que han muerto y se revelan contra el creciente convencimiento de su muerte.

Ante todo, necesitan que se les tranquilice y sosiegue para después explicarles con suave firmeza como no cabe verdadera felicidad en aquellas nuevas condiciones, sin la completa reversión de las corrientes mentales y propósitos de vida. Esta labor es para ellos lenta y penosa, y aun frecuentemente fracasan en ella para recaer en la descontenta y desmayada existencia de que nos dió ejemplo el doctor citado en otro capítulo. También los avaros y envidiosos se apegan a la tierra y necesitan aun ayuda más vigorosa, porque son comúnmente tan refractarios a la razón y buen sentido, que pocas veces se obtienen de ellos resultados provechosos.

Otros se detienen en la esfera terrestre, no por atracción, sino por el sentimiento de algún deber incumplido o de alguna deuda no satisfecha. Gran número de almas que malgastaron inútilmente su voluntad en aplicaciones indebidas, cuanto más tarde les saca de su error la vida astral, se esfuerzan inútilmente en eludir las consecuencias de sus actos. Hay también quienes tienen en sus vidas físicas algún secreto de conciencia, y si mueren sin revelarlo, les atormenta el deseo de aliviarse de aquel peso. Otras veces se trata de documentos perdidos o traspapelados, que solo el muerto sabe donde están, o bien dinero escondido, cuyo lugar desea descubrir a sus herederos. En alguno de estos casos es posible que las circunstancias favorezcan al auxiliador para intervenir en el plano físico y satisfacer en parte los anhelos del difunto; pero la mayor parte de las veces, lo mejor que puede hacerse es darle a entender que no se acongoje por la oportunidad desaprovechada y que aparte sus pensamientos de la tierra para conformarse con la nueva vida.

Caso tristísimo es el del que muere con rencor hacia otro. Algunas veces echará de ver la injusticia con que se condujo y se arrepentirá de sus sentimientos y acciones, con deseo vivísimo de reparar el agravio en lo posible. Otras veces, por desgracia, los sentimientos de odio y venganza persisten más allá del sepulcro y el muerto ansía permanecer próximo a la tierra para consumir su venganza, según vimos en el ejemplo del puñal.

Además del odio, hay otros sentimientos que se dilatan hasta ultratumba. Recuerdo el caso de una pobre mujer que pereció en un incendio de a bordo, por no haberle sido posible escapar del camarote, y aunque no murió presa de las llamas, sino asfixiada por el humo, fue tal su terror, que muchas horas después de su muerte estaba todavía aterrorizada sin conciencia de haber muerto, pero creída de que estaba en el camarote invadido por el fuego. Este caso es ciertamente de histerismo y, si bien raro en las personas normalmente equilibradas, suele presentarse con frecuencia en los pusilánimes y nerviosos, por lo que los auxiliadores han de tener por clave de su labor tranquilizarlos y consolarlos.

Moratoria altruista.—Hay almas que demoran voluntariamente su estan-

cia en el ínfimo subplano astral inmediato a la tierra, no atraídos por apetencias de la vida física ni por consideración alguna egoísta, sino anhelo del bien ajeno. Ejemplo de ello es la conducta del marido citado en otro capítulo y más sorprendente es todavía el de un notable personaje que acudió con frecuencia a varios centros espiritistas. Su vida física fue muy triste y estuvo salpicada de violencias y crímenes cuyo horror no advirtió hasta después de muerto, y henchido entonces de compunción, se dió traza a imaginar que bien podría hacer en expiación de sus culpas.

Se le ocurrió o acaso le sugirió algún auxiliador la idea de que puesto que su conducta en la vida terrena le condenaba a permanecer largo tiempo en el ínfimo subplano astral, le era dable utilizar aquellas condiciones en el provechoso auxilio de otros y transmutar así su existencia en fuente de bendición para los auxiliados. Dedicóse, por lo tanto, con infatigable paciencia y perseverante labor a infundir en los hombres la certidumbre de la vida después de la muerte, como en efecto lo consiguió en centenares de corazones afligidos por la duda.

El deber del auxiliador.—Bastante hemos dicho en demostración de lo necesaria que es la obra de los auxiliadores, y tanto durante el sueño como después de la muerte no podemos dar a nuestra vida mejor empleo que esta misericordiosa y caritativa labor. Hay sitio y ocupación para todos cuantos se consideren con aptitud de auxiliar, según explique en la obra escrita especialmente sobre este asunto, pues no solo nos cabe cooperar en la obra de los auxiliadores, sino ayudarles a remover las dificultades que les atajen los pasos. Naturalmente, las mayores dificultades dimanar de la mala disposición del difunto por su egoísta añoranza de la vida terrena, y como esta disposición es hija de la ignorancia en que estuvo en vida, el mejor medio de combatirla consiste en no perder oportunidad de propagar las enseñanzas teosóficas.

Otro grave impedimento de la obra de los auxiliadores son las terroríficas e insensatas creencias religiosas que apesadumbran a los difuntos, aparte del no menos pesado obstáculo que supone la egoísta y desconsiderada aflicción de los supervivientes. Todos estos casos de patología psicológica tienen cura común en el conocimiento de estos asuntos, que libraré al vivo de la tristeza y al muerto de la desesperación, por lo que es deber sagrado de cuantos estamos seguros de estas verdades, difundirlas y divulgarlas, si bien con exquisito tacto, pues no fuera conveniente hablar de Teosofía a tontas y a locas con quienes no entienden la plática. Semejante proceder disgustaría en vez de interesar a los oyentes, como a nosotros mismos nos ocurre cuando algún indiscreto indaga con la mejor intención el estado de nuestra conciencia; pero todo el que ya recibió la vivísima luz de la Teosofía, ha de considerarse como a espejo que a los demás la refleje. Debe estudiar las cuestiones teosóficas con el detenimiento suficiente para responder a las preguntas que en caso necesario se le hicieren y explicarlas con precisión verídica. Tal vez más o menos tarde se ponga en contacto con algún difunto amigo o pariente, para consolarle e instruirle, y entonces ha de ser capaz de resolverle satisfac-

toriamente toda duda, de modo que prevalido de esta ventaja, coloque al difunto en la debida actitud mental respecto a la muerte y la vida ulterior, ya que la disminución de su pesar y la acrecentación de sus conocimientos librarán a los supervivientes de impedir la obra de los auxiliadores y les dispondrán, además, a tener concepto exacto de la muerte que algún día ha de exigir el ineludible tributo.

La Teosofía es un verdadero Evangelio, un mensaje de buenas nuevas vencedoras de la muerte, un Evangelio que esclarece las verdades de la vida y de la inmortalidad, por lo que paralelamente ha de ser nuestra obligación, nuestro gozo y nuestro privilegio, predicar alegremente este Evangelio a cuantos estén en disposición de escucharlo.

Mayores poaibilidades.—Aunque la vida de ultratumba este tan rigurosamente condicionada por la terrena precedente, nos equivocáramos si consideráramos el mundo astral únicamente como el mundo de los efectos. Así es para los obcecados que ceden al reordenamiento de su cuerpo astral y se adaptan al ambiente que los rodea; pero no le ocurre lo mismo a quien comprende siquiera algún tanto la naturaleza de este plano y las oportunidades que ofrece para el bien igualmente que para el mal. Hay en el mundo astral mucho que aprender en varios aspectos, aparte de la copiosísima labor dispuesta para cuantos quieran cumplirla.

Naturalmente que el hombre vulgar no podrá empeñarse en ella, porque su pensamiento estuvo egoistamente concentrado en la personalidad durante la vida, y por ley de inercia sigue después mantenido en la misma actitud, aunque a veces le descubre nuevos horizontes la luz astral, y como con ello advierte que estuvo hasta entonces malgastando el tiempo, se esfuerza en corregir sus imperfecciones.

Casos hay, si bien insólitos, en que la muerte sirvió de medio para convertir felizmente la actitud de un hombre hasta el punto de mejorar con rapidez al malo, conferir más altas posibilidades al mediano y mejorar poderosamente al bueno.

Caso curioso.—Ejemplo de esto nos da el caso de dos señoritas fallecidas repentinamente, una a los diez y ocho y otra a los diez y seis años. Habían sido en vida buenas muchachas, amables, cariñosas y prudentes, pero muy apegadas a la vida, que les halagaba con atractivas esperanzas. La muerte súbita las puso en alguna confusión, de modo que al principio tuvieron dificultad en adaptarse al nuevo ambiente; pero una vez en contacto con la hueste de protectores invisibles, les entusiasmo tanto su labor, que de todo corazón se aplicaron a ella. Como habían muerto en plena adolescencia y les aguardaba un largo período de vida astral, pudieron emplearla muy ventajosamente.

Los mundanos sentirían, seguramente, lástima de estas jóvenes cuyo terreno porvenir truncó en tan temprana edad la muerte, cuando, por el contrario, eran verdaderamente dichosas en su nueva y más alta vida, que les permitía realizar en un año la tarea que sin tan excelentes resultados hubiese requeri-

do veinte en la tierra, donde la imprescindible división del tiempo las obligara ciertamente o consumir mucha parte de él en frivolidades mundanas, aunque no hubiesen descuidado las buenas obras. En las nuevas circunstancias no desperdician ni un instante, y sin posibilidad de fatiga ni pena adelantan triunfalmente en el camino de la perfección, porque nunca piensan en si mismas y siempre en los centenares de seres a quienes protegen y auxilian.

Vemos, pues, que verdaderamente es la vida astral vida de progreso, como en efecto ha de ser desde el punto en que al progreso obedece el plan divino. En el mundo astral y en todas partes tenemos coyunturas de progreso en proporción de nuestro desarrollo. El hombre esclavo del deseo solo puede progresar por la extinción de sus deseos, que es cuanto puede hacer en aquella etapa. Pero el hombre que se dedica al auxilio de sus prójimos aprende muchísimo en la labor efectuada durante la vida astral y vuelve a la tierra con añadidura de las potencias y cualidades vigorizadas por el ejercicio del altruismo.

El encuentro de los amigos—Una de las preguntas más frecuentes relacionadas con la vida de ultratumba es la de si podremos reconocer a nuestros amigos. Ciertamente que si ni ellos ni nosotros hemos cambiado, ¿por qué no habríamos de reconocernos? El afecto subsiste y como imán atrae a quienes lo sienten, mucho más fácil y seguro que aquí. Si el ser amado dejó la tierra hace muchos años, puede que haya trascendido el plano astral y entrado en el mundo celeste. En este caso nos es preciso alcanzar este nivel superior antes de encontrarle, pero cuando llegemos a su alteza, allí estará con nosotros más íntimamente que en su cárcel carnal, pues no perdemos a los seres amados.

Si nos acostumbramos a mirar la muerte como el tránsito a vida más dilatada y completa, es evidente que también la de los amigos nos ofrecerá distinto aspecto. Ya no veremos en la muerte una separación eterna, porque en primer lugar sabemos que la separación es imposible entre las almas humanas, y el objeto de nuestro amor es el alma de nuestro amigo, no su vehículo externo, el hombre verdadero y no su vestidura. Entonces advertiremos también que ni aun en los planos mentales inferiores es posible la separación. Nuestro amigo está todavía con nosotros, en el espacio físico, en íntima comunidad, capaz de corresponder a nuestro afecto, de vibrar con nuestras emociones pasajeras y penetrar claramente la mayor parte de nuestros pensamientos; pero no está en un cielo ficticio más allá de las estrellas. Todas las noches nos trasladamos junto a él durante las horas de sueño. Si morimos poco después de él, nos encontraremos reunidos en el plano astral, y si le sobrevivimos algunos años, le volveremos a ver en el mundo celeste; pero en todo caso será la reunión segura si el afecto es verdadero, porque el amor es una de las potencias más formidables del universo, tanto en esta como en la otra vida.

Realmente es digno de estudio este asunto, porque el conocimiento de la verdad desvanece el temor a la muerte y embellece la vida desde el punto que comprendemos su objeto y fin. La muerte va acompañada de gozo, no

de pena, para quienes han vivido altruistamente. La antigua sentencia latina: mors janua vitae, expresa con insuperable precisión esta verdad, porque puerta es la muerte que da acceso a más completa y elevada vida. Tanto aquí como bien del sepulcro prevalece la misma ley de justicia divina en la que, con igual fundamento, debemos confiar aquí y allá respecto de nosotros y de los seres amados. En cuanto nos convenzamos de la continuidad de la vida, se desvanecerán muchos errores y veremos todas las cosas en sus verdaderas proporciones. La muerte ya no será entonces para nosotros el terror de los terrores, sino el refulgente ángel de la evolución, porque sabremos que “así como desechamos los vestidos viejos por otros nuevos, así también el espíritu se desnuda de su ropaje carnal para entrar en nuevas moradas (1).”

(1) Edwin Arnold: *El Canto Celestial*.

CAPÍTULO XI

Visitas astrales

Ahora que gracias principalmente a la influencia de la Sociedad Teosófica y de la de Investigaciones Psíquicas han pasado las apariciones espectrales del dominio de la ignorancia ridícula al del examen científico, comprendemos más fácilmente las condiciones del mundo superfísico, si tratamos de clasificar y ordenar los fenómenos. Hay multitud de pruebas que los evidencian, algunas de ellas recusables por la agitación o el terror de los testigos, pero otras de absoluta legitimidad; y sin embargo, poco parece haberse intentado hasta ahora para ordenar este caos y establecer sobre sus múltiples indicios una teoría coherente.

Desde que la Teosofía nos ha familiarizado con la idea de que mientras el hombre está en el cuerpo físico puede transportarse y examinar los reinos de lo invisible, la tarea es mucho más factible que antes. Por lo tanto, procederemos a recordar algunas apariciones, con objeto de corroborar lo que ya dijimos respecto a las condiciones de ultratumba y demostrar lo fácilmente quedan esclarecidas por la luz del conocimiento que del mundo astral nos da la Teosofía. En efecto, siempre opiné que del análisis y cotejo de tales relatos se hubiera podido inferir mucho de lo que hemos llegado a saber por otros medios. Quien haya tenido la fortuna de estudiar el hinduismo o el budismo verá fácilmente que estos fenómenos están más conformes con sus enseñanzas que con las erróneas teorías de los modernos teólogos. Los relatos a que nos referimos están entresacados de varias obras que citan el testimonio en que se apoyó el autor. De la mayor parte de ellos hay pruebas de incontrovertible evidencia; pero en unos cuantos casos no puso el autor bastante cuidado en compulsar los testimonios respecto de ciertos pormenores cuya aseveración se echa de menos.

Sin embargo, el estudiante de ocultismo aprende después a discernir la verdad de la ficción en estos relatos y a disociar el hecho de la superchería. Las leyendas de espectros que suelen insertarse en las revistas ilustradas de profusa circulación disgustan al estudiante de Teosofía por su manifiesta inverosimilitud, y es lástima que los autores no se tomen el trabajo de estudiar razonadamente el asunto antes de tratarlo, pues de este modo sabrían distinguir entre lo posible y lo imposible. Un somero conocimiento de los hechos les permitiría valorar los relatos con la verosimilitud que ahora les falta.

Aun si en las narraciones aquí citadas se echara de ver alguna inexactitud,

no por ello padecería la legitimidad del argumento, y si comprobaciones ulteriores demostraran la inverosimilitud de alguna, no dejará de haber verdad en ella si sabemos que son ciertas muchas otras de la misma índole. Están nuestros principios tan firmemente basados sobre la razón, y los hemos comprobado mediante tan copiosa variedad de observaciones, que la inexactitud de un solo ejemplo no puede invalidarlos en modo alguno. Tal vez deba añadir que en muchos casos he abreviado considerablemente las narraciones, a fin de que el lector no pierda tiempo en pormenores superfluos.

La misma abundancia de casos ejemplares nos pone perplejos en la elección, pues como dice el profesor Sidgwick, uno de los fundadores de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, es verdaderamente escandaloso que durante largo tiempo dejaran de observarse con la debida atención hechos de tanta importancia. Las modalidades de la vida astral son tan múltiples y variadas, que resulta difícil su clasificación, pues solo se reproducen con bastante regularidad algunos tipos generales, que en cada caso tienen características peculiares, y en cambio son frecuentísimas las excepciones que escapan a todo encasillado.

Los observadores de los casos que vamos a describir, quedaron casi siempre turbados, y más bien atendieron al aspecto personal que al científico de la aparición, y en consecuencia, ignoramos ciertas circunstancias que hubiera importado muchísimo conocer. Pocos saben lo que ven, a menos que hayan estudiado con alguna detención estos fenómenos, y así ocurre que en la mente del vago, y sobre todo en la de quienes ansían comunicarse con algún espectro sin conseguirlo más que rara vez, todos los sucesos relacionados con el otro mundo se embrollan y confunden, con la agravante de que el interesado no hace esfuerzo alguno para distinguir entre la aparición real y el desdoblamiento, entre las formas mentales y la impresión astral.

Algo diremos sobre todo esto, comenzando por los casos de personas vivientes en que el alma se separa del cuerpo. Después de examinar unos cuantos ejemplos de la separación temporánea del hombre de su vehículo carnal, comprenderemos más fácilmente lo natural que es el definitivo desprendimiento del cuerpo que llevó durante una encarnación.

Primer vislumbre de la otra vida.—La conocida medium “Esperanza” describe en su interesante biografía titulada: *El país de las sombras*, las sensaciones que experimentó al dejar por vez primera su cuerpo físico. Dice así:

“Un hermoso domingo de verano por la mañana estaba yo tendida en el sofá con un libro entre manos; lo leía, porque preocupaban mi mente varios proyectos relativos a la manifestación de pruebas. Me sentí de pronto como abatida y se desvanecieron de mi vista los caracteres del libro, al paso que todos los objetos se obscurecían. Temerosa de que me sobreviniera un desmayo, quise pedir auxilio, pero recordé que no había nadie en aquella parte de la casa. Por fortuna, se me pasó el vahido y me alegre de no haber molestado a nadie. Volví los ojos al libro y ví con sorpresa que estaba muy lejos y

aparecía apenas visible. ¿Me habría movido yo del sofá? ¿Habría alguien apartado el libro? ¿Qué era aquello? ¿Cómo de ágil y fuerte me sentía en aquel momento! Al decaimiento había sucedido una maravillosa sensación de salud, fuerza y poder, cual jamás la experimentara hasta entonces. La vida brotaba y bullía dentro de mi ser y por mis venas circulaba como una corriente eléctrica. Todo mi cuerpo ardía en renovado vigor, sin traba que dificultase sus libres movimientos. Por vez primera supe que aquello era vivir. El aposento me parecía pequeño, estrecho y oscuro. Pero ¿quién era la mujer que estaba tendida en el sofá? Me pareció haberla conocido en alguna parte y tal vez me detuviera a recordar, si el irresistible sentimiento de libertad no me apartara de aquel sitio. Me dirigí hacia la ventana y todo cuanto había a mi alrededor me pareció extrañamente confuso. Las paredes desaparecían en cuanto a ellas me acercaba, sin darme cuenta de como ni donde.”

Por mi parte, puedo atestiguar la admirable sensación de perfecto bienestar, completa libertad, fuerza y agilidad que experimenta el hombre en cuanto se separa de cuerpo físico por sano que esté; pero si está enfermo es todavía más vigorosa la sensación. Aun cuando esta experiencia llegue a ser cotidiana, no se debilita el gozo de salir de la obscura cárcel a disfrutar de la luz del sol y emanciparse de la flaqueza y de la limitación de la vida terrena, para asumir la poderosa eficacia de la vida astral.

Ejemplo de aparición.—En su obra *Pisadas en la linde del otro mundo*, nos da R. D. Owen un curioso ejemplo de visita astral, atestiguada por la información directa visitante, que corroboró después el relato personal de la visitada. Al dejar la viajera astral su cuerpo físico, se llevó parte de materia etérea, porque pudo ver su pálido cuerpo denso tendido en el lecho conyugal junto a su esposo dormido. De pronto se creyó muerta, y al examinarse a si misma, se vió con sorpresa, después de atravesar sin obstáculo las paredes, en la alcoba de una amiga suya con quien habló algún rato. Terminada la conversación, se quedó inconsciente la visitante y sin saber como ni cuándo regresó a su cuerpo físico.

En los dos casos anteriores no parece haber motivo para dar dirección determinada al movimiento astral; pero sucede a menudo que la separación del cuerpo no es caprichosa, sino que tiene finalidad manifiesta.

Las adormideras.—Un amigo mío me refirió por carta el siguiente suceso: “Mis padres se habían ausentado de casa por una semana. Uno de aquellos días mi hermanita se sintió algo indispuesta y a la noche siguiente despertó sobresaltada, viendo que el cubrecama estaba cuidadosamente doblado en sitio distinto de donde lo dejara al recogerse. Esto ocurrió tres noches seguidas, pero al despertarse la tercera noche vió mi hermanita que nuestra madre estaba a los pies de la cama y que poco después salía de la alcoba. Aquella misma noche había descargado una violenta tempestad que tronchó las adormideras sembradas profusamente por mi padre en el jardín. Cuando los dos volvieron a casa dijo mi madre haber soñado tres noches seguidas que ponía bien el cubrecama de mi hermanita y en la tercera noche recorda-

ba haber pasado por delante del jardín y exclamar: "¡Qué lástima de adormideras!" También nos dijo que la puerta del jardín se le abrió al revés."

Evidentemente que en este caso el amor maternal la determinante de la acción. La madre ausente tuvo el presentimiento de la dolencia de su hija y se acercó a ella para protegerla, aunque no es fácil colegir que la movió a doblar el cubrecama. En la tercera noche debió materializarse ligeramente, o tomar consigo algo de materia etérea, porque la niña pudo verla con toda claridad. El episodio del jardín nos demuestra que fue una visita astral y no un caso de clarividencia. por otra parte, el pormenor referente a la puerta del jardín no deja de tener interés, en prueba de la confusión que al principio turba a los clarividentes, pues como en la visión astral aparecen los objetos a la vez por todos lados, es fácil creer que se mueven inversamente.

En todos estos casos, las protagonistas debieron tener las facultades psíquicas muy a punto, ya que no fue preciso estímulo especial para ponerlas en acción. La generalidad de las gentes tienen estas facultades tan en lo hondo, que para desarrollarlas se necesita la violenta inminencia de un gravísimo peligro o el tremendo choque de una gran pena.

El auxilio en caso de trance.- En la obra *Visiones y Sombras*, del Dr. Lee, se cita el caso de dos clérigos de Oxford, llamados W. y P. El primero era profesor de un colegio, mientras que el segundo vivía a unos veinte kilómetros de distancia. Soñó W. una noche, por dos veces, que se le aparecía su amigo P. todo atemorizado diciendo que le acababan de enterrar. A la mañana siguiente, después del almuerzo, estando sentado en la butaca, oyó llamar a la puerta. W. gritó: "¡adelante!", suponiendo que sería la criada, y no fijó su atención en el que entraba, hasta que hirió sus oídos la conocida voz de su amigo P. que le decía: "W., me están enterrando". Saltó W. de la butaca sin ver a nadie en el aposento donde tampoco estaba la criada. Inmediatamente se dispuso para ir a ver a su amigo, y al llegar a la casa rectoral vió parado ante la puerta un coche funebre con el cuerpo de P. dentro del ataúd a punto de darle sepultura. Insistió W. en que se abriera el ataúd y con la premura requerida por el caso, logró suspender la inhumación. Colocado el cuerpo de P. en la cama, le aplicó su amigo varios revulsivos hasta que volvió el supuesto difunto a la vida y aun estuvo nueve años más en este mundo.

Conviene observar que el infeliz clérigo solo pudo ponerse en comunicación con su amigo mientras este dormía, es decir, cuando su cuerpo astral estaba temporalmente libre de las limitaciones del físico, pero vista la insuficiencia del aviso, hizo mayores esfuerzos hasta materializarse parcialmente y producir sonidos físicos con que llamar la atención de su amigo.

Salvamento de naufragos.—Muchos otros casos análogos podríamos relatar, pero tal vez el más sugestivo es el del salvamento de los naufragos de un buque, según lo relata Roberto Dale Owen en su obra: *Pisadas en la linde del otro mundo*. Aunque el caso es ya muy sabido, lo transcribo aquí como ejemplo singular entre los de su clase, no obstante la semejanza de

pormenores con otros casos. He aquí el relato:

Roberto Bruce era contra maestre de un buque mercante que servía la línea de Liverpool a Nueva Brunswick. En uno de sus viajes, estando cerca de la costa oriental de Terranova, el capitán y el contra maestre subieron a cubierta a mediodía para observar el sol y en seguida bajaron a computar la navegación de aquel día. El estrecho camarote estaba situado a popa y la corta escalera que a él conducía iba en dirección transversal respecto al eje del barco. Inmediatamente opuesta a esta escalera, poco más allá de un pequeño embarcadero, caía el despacho del contra maestre cuya puerta, frente por frente de la escalera, daba junto a la del camarote. El bufete del despacho estaba cerca de la puerta, de modo que desde el sillón podía verse, alzando un poco la vista, el interior del camarote.

El contra maestre, absorto en sus cálculos que discrepaban de las observaciones, no había advertido la ausencia del capitán, y así fue que concluidos los cálculos exclamó, sin levantar la vista del papel: "He calculado la longitud y latitud. ¿Está bien? ¿Cómo lo ve usted?"

Al notar que nadie le respondía repitió la pregunta, y al mirar de soslayo vió a un hombre delante de la pizarra, al que tomó por el capitán; pero como tampoco le contestara, se levantó del sillón, y al pasar por la puerta del camarote vió, con asombro, que la persona a quien suponía el capitán, era un desconocido.

No le faltaba valor al contra maestre; pero la penetrante y silenciosa mirada del intruso le emocionó tan profundamente, que en vez de preguntarle quién era y que hacía en aquel sitio, se precipitó, alarmadísimo, hacia la cubierta del buque. Sorprendido el capitán por su actitud, le preguntó:

—¿Qué le ocurre a usted, señor Bruce?

—¿Qué me ocurre? ¿Quién está en su despacho de usted?

—Nadie que yo sepa.

—Pues alguien hay. Un desconocido.

—¡Un desconocido! Usted sueña. Tal vez fuese el sobrecargo o el segundo. ¿Quién más podría entrar allí sin permiso?

—Pero, capitán, estaba sentado en el sillón frente a la puerta escribiendo en la pizarra. Me miró fijamente, y en mi vida he visto a un hombre con tanta exactitud como a él.

—¿Pero quién es?

—Dios lo sabe, capitán. Yo no lo sé. Vi un hombre a quien nunca había visto.

—Me parece que se le ablanda a usted la mollera, señor Bruce. ¡Un desconocido en el buque, y hace seis semanas que estamos en mares altos!

—Lo comprendo, capitán; pero yo vi al hombre.

—Pues vaya usted a enterarse de quién es.

El contraмаestre repuso vacilante:

—Nunca he creído en fantasmas; pero, la verdad sea dicha, no me atrevo a ir solo.

—Vaya usted, hombre, vaya usted y no haga el ridículo delante de la tripulación.

Bruce se volvió de mil colores y respondió:

—Creo que siempre me ha visto usted obrar cuerdamente, pero si no tiene dificultad en ello, preferiría que usted me acompañase.

El capitán empezó a bajar por la escalera seguido del contraмаestre, y al entrar en el camarote no vieron a nadie, ni tampoco en los despachos contiguos.

—¡Bravo, señor Bruce! ¿No le dije a usted que soñaba?

—Eso es muy bueno para decirlo, capitán; pero Dios me confunda ahora mismo, si no vi al hombre escribiendo en la pizarra.

—¡Ah! ¿Escribiendo en la pizarra? Pues entonces debe estar todavía lo escrito.

El capitán tomó la pizarra, y exclamó sorprendido:

—¡Verdaderamente hay algo escrito ! ¿Lo escribió usted, señor Bruce?

En caracteres claros y perfectamente inteligibles estaban escritas en la pizarra estas palabras: Virad al Noroeste.

El capitán se encaró con Bruce, y le dijo severamente:

—¡Se ha querido usted burlar de mí, caballero?

El contraмаestre repuso con dignidad:

—Por mi palabra de marino, aseguro que no sé de esto más de lo que usted sabe. He dicho la pura verdad.

El capitán se sentó al bufete con la pizarra delante en actitud de profunda meditación, hasta que de pronto le dió la pizarra a Bruce diciéndole:

—Escriba usted aquí debajo: “Virad al Noroeste.”

Lo hizo el contraмаestre como se le ordenaba, y después de cotejar escrupulosamente el capitán ambos caracteres de letra, le dijo:

—Señor Bruce, de usted orden de que venga el segundo.

Vino el segundo y a requerimiento del capitán escribió las mismas palabras, y sucesivamente uno por uno, desde el sobrecargo hasta el último tripulante, sin que el carácter de letra de ninguno de ellos se pareciese en lo más mínimo al de la misteriosa advertencia.

Retirados los tripulantes, volvió a quedar el capitán meditabundo, y dijo por fin:

—Tal vez está alguien escondido en la bodega. Que se registre bien el buque, pues si no se encuentra a nadie habremos de creer en manos ocultas.

De popa a proa no quedó rincón del buque por registrar con ardorosa curiosidad de los tripulantes, entre quienes se había divulgado la noticia, pero no encontraron alma viviente aparte de la dotación del buque.

Vuelto al camarote después de sus infructuosas pesquisas, preguntó el capitán a Bruce.

—¿Qué le parece a usted todo esto?

—Yo digo que vi al hombre escribiendo, y que usted ha visto lo escrito. Algo ha de haber en ello.

—Así parece, y por lo tanto pienso no seguir la advertencia, a ver que sucede.

—En su lugar yo no haría tal cosa, capitán pues al fin y al cabo solo perdemos unas cuantas horas con variar de rumbo.

—Bien, veremos. Vaya usted a cubierta y dé rumbo a Noroeste. Pero le advierto que en usted recaerá toda responsabilidad.

Viraron al Noroeste, y hacia las tres de la tarde el vigía descubrió una montaña de hielo frente a proa, y a poca distancia de ella un bulto con silueta de buque como así era en efecto, pero dismantelado y lleno de pasajeros, según pudo aseverar el capitán con el antejo.

Al breve rato se destacaron todas las lanchas del buque en socorro del naufrago que de Quebec iba a Liverpool cuando embarrancó en la montaña de hielo. Hacía ya algunas semanas que estaban tripulantes y pasajeros en tan crítica situación, y llegaban entonces al último extremo del apuro después de consumir todas las provisiones, Sin esperanza alguna de salvación, de modo que fue mucha su sorpresa y mayor todavía su gratitud al recibir tan oportuno e inesperado socorro.

La tercera lancha de salvamento trajo a bordo del buque, entre otros naufragos, uno cuya presencia infundió repentino espanto en el ánimo del contra maestre, pues era la mismísima cara que tres horas antes le había mirado tan fijamente en el despacho del capitán.

Al principio se creyó presa de una alucinación; pero cuanto más atentamente miraba a aquel hombre, más se convencía de que era el, pues no solo en las facciones, sino en la compostura y el traje se delataba la exactitud del parecido.

Tan pronto como los hambrientos tripulantes y pasajeros se repusieron de su estrago y el buque reanudó su primitivo rumbo, el contra maestre le dijo al capitán:

—Parece que no vi fantasmas, porque era un hombre vivo.

—¿Qué dice usted?

—Sí, capitán. Uno de los pasajeros a quienes acabamos de salvar, es precisamente el mismo a quien vi escribiendo este mediodía en la pizarra. Lo juraría ante un tribunal.

—Por mi palabra, señor Bruce, que esto es cada vez más raro. Vamos a ver a este hombre.

Lo encontraron platicando con el capitán del buque naufrago y ambos se adelantaron presurosos para manifestar el profundo agradecimiento que sentían por haberles socorrido en tan inminente peligro de muerte.

El capitán respondió que no había hecho más de lo que ellos seguramente hicieran por él en semejantes circunstancias, y les suplicó que pasaran al camarote.

Una ve allí, le dijo el capitán al naufrago:

—No vaya usted a creer, caballero, que me burlo, pero le suplicaría que escribiese tres palabras en esta pizarra.

Y simultaneando la acción con la palabra, le dió la pizarra por el lado en que no estaba escrita la misteriosa advertencia. El naufrago repuso entonces:

—Haré como usted guste, con tal que me dicte las palabras en cuestión.

—Pues escriba usted: “Virad al Noroeste”.

Caviló el naufrago cual sería el motivo de aquel requerimiento; pero no obstante, escribió en la pizarra las tres palabras dictadas. El capitán, después de examinar atentamente el escrito, dio media vuelta como para ocultar la pizarra a los ojos del naufrago, y en seguida se la volvió a presentar por el lado opuesto en donde estaba escrita la advertencia, diciéndole:

-¿Asegura usted que es de usted esa letra?

—No necesito asegurarlo, puesto que me ha visto usted escribir las palabras.

—¿Y esta ?—preguntó el capitán volviendo de pronto la pizarra.

El naufrago miraba alternativamente a uno y otro escrito con visibles muestras de confusión, hasta exclamar por fin:

—¿Qué significa esto? Yo he escrito en un solo lado. ¿Quién en el otro?

—Todo cuanto puedo decir a usted, caballero, es que mi contra maestre le vió escribiendo en la pizarra, este mediodía, sentado a ese bufete.

El capitán del buque naufrago y el pasajero se miraron sorprendidos. Aquel preguntó a este:

—¿Ha soñado usted que escribía en esta pizarra?

—No lo recuerdo.

Entonces dijo el capitán del buque salvador:

—Puesto que hablan ustedes de sueños, ¿donde estaba este caballero al mediodía de hoy?

El otro capitán respondió:

—Todo esto es sumamente misterioso y extraordinario, y tenía intención de hablar con usted sobre el particular en cuanto hubiéramos estado algo más tranquilos. Este caballero (dijo señalando al náufrago) cayó en letargo profundísimo poco antes de mediodía. Al cabo de una hora despertó y me dijo: “¡Capitán!, nos salvaremos hoy mismo.” Al preguntarle yo que motivos tenía para creerlo así, me respondió diciendo que había soñado estar a bordo de un buque que venía a socorrernos cuyo aspecto y arboladura describió tan al pormenor, que nos sorprendimos sobremanera de su exacta coincidencia cuando le vimos llegar.

—No cabe duda—añadió el otro capitán—de que la advertencia escrita en la pizarra fue vuestra salvación, pues yo navegaba hacia sudoeste y viré a noroeste después de poner un vigía que explorase el mar; ¿usted dice—exclamó dirigiéndose de pronto al náufrago—que no recuerda haber soñado que escribió en la pizarra?

—No, señor, no recuerdo tal cosa. Tuve el presentimiento de que el buque visto en sueños venía a salvarnos, pero no se como me sobrecogió el presentimiento. Además, me sucede otra cosa igualmente extraña, porque todo lo de a bordo me parece familiar, y sin embargo, nunca estuve antes de ahora en este buque. Todo esto me pone en cavilación. ¿Qué vió el contraмаestre?

El aludido relató al instante las circunstancias ya referidas, y todos convinieron en que por especial intervención de la Providencia se habían salvado de aquel, al parecer, irremediable trance.

Oí relatar este caso de labios del marino J. S. Clarke, capitán de la goleta *Julia Hallock*, a quien se lo había contado el mismo Bruce. Le pregunté entonces al capitán Clarke si conocía a fondo a Bruce, y que clase de hombre era, a lo que me respondió:

—Un hombre veraz y recto, como nunca trate en mi vida. Eramos hermanos más que amigos, y nuestra convivencia durante diez y siete meses en un mismo buque, nos dió sobrada intimidad para confiar ciegamente uno en otro. Siempre me habló de aquel caso con muchísimo respeto, como de un incidente que le había puesto más cerca de Dios y del otro mundo. Apostaría la vida a que dijo la verdad.

No obstante lo típico y dramático de lo sucedido, hay otros que le acompañan y corroboran. La señora Besant refiere el siguiente:

“En uno de mis frecuentes viajes, iba yo con un capitán mercante que me contaba algunos sucesos de su vida, entre ellos, el de que cierta vez se presentó en su camarote un hombre cubierto de un impermeable chorreando

agua, quien le rogó que mudase el rumbo para salvar a unos náufragos. Lo hizo así el capitán y encontró, de allí a poco, parte de la tripulación de un buque hundido, en uno de cuyos individuos reconoció al visitante.”

El bergantín Mohawk.—Se dice que el caso referido por la señora Besant le ocurrió al capitán del bergantín *Mohawk*, quien una noche fue despertado por un hombre que vestía camiseta verde y le instó a mudar el rumbo hacia el sudoeste. Supuso el capitán que el contraamaestre había enviado a un marinero con el encargo y corrió a cubierta para cercionarse. El contraamaestre dijo que no sabía nada de cuanto le preguntaban, y regresando el capitán al camarote, se repitió el aviso y las consiguientes indagaciones del capitán en la cubierta del buque, hasta que recibida la advertencia por tercera vez, con añadidura de que acaso sería demasiado tarde de no proceder con diligencia, dió el capitán orden de mudar de rumbo. Al poco rato de navegación encontraron un buque desarbolado con cuatro supervivientes, uno de los cuales llevaba camiseta verde. A las preguntas que se le hicieron, respondió este hombre diciendo que la noche antes había entrado en sueños por tres veces con el camarote del capitán de aquel bergantín, suplicándole que mudase de rumbo para salvar a unos náufragos.

Conviene advertir que en los tres últimos casos referidos, no solo se veía compelida el alma por necesidad apremiante a dejar el cuerpo, sino que las mismas circunstancias lo favorecían. En el caso del clérigo P. estaba el cuerpo en catalepsia, y en los naufragios estaban los protagonistas extenuados físicamente por la fatiga y el hambre. El ayuno forzoso, en cercanía con la inanición, puede producir los mismos éxtasis resultantes que el ayuno voluntario en los místicos y ascetas. El cuerpo astral ha de hallarse sin duda más propenso a la libertad en semejantes condiciones, aunque de ningún modo sea el mejor medio de proporcionarla. Las circunstancias predominantes en los referidos sucesos fueron, seguramente, el principal elemento de éxito.

CAPÍTULO XII

Apariciones inmediatamente anteriores a la muerte

Hay gran número de casos en que las apariciones ocurrieron cuando el aparecido estaba ya en trance de muerte y por la debilidad natural de su cuerpo físico podía el astral desprenderse fácilmente. En estas condiciones parece que los anhelos ardorosos se realizan sin gran dificultad, pues no cabe duda de que así ha sucedido inmediatamente antes o después de la definitiva separación del cuerpo carnal. Si el temperamento físico del hombre no le ha consentido en vida la actuación periódica en el cuerpo astral, se determina a realizar el anhelo dominante en su mente, apenas se ve libre; pero en este caso ya pertenece a la categoría de los espectros, del que trataremos en el capítulo siguiente.

Sin embargo, hay otros casos en que la aparición no es espectral, sino que ocurre poco antes de la muerte física, como por ejemplo, el tan sabido caso de María Goffe de Rochester (1), del cual aseguró Andrés Sang que pocos hechos podían alegar en su favor pruebas tan convincentes. No repetiré aquí las circunstancias del caso, pero en su lugar convendrá referir otro análogo con elementos de comprobación igualmente valiosos (2).

Egipto y Turquía.—El año 1854, regresaba de la India un distinguido matrimonio para reunirse con sus hijos, después de una ausencia de cuatro años. La esposa cayó tan gravemente enferma al llegar a Egipto, que se perdieron las esperanzas de salvarla. Durante el delirio febril, denotó el ardiente deseo de ver por última vez a sus hijos, y así lo dijo frecuentemente a los que la cuidaban. Por más de una semana estuvo día tras día la enferma suspirando por ver a sus hijos para morir tranquila. En la mañana del día de su muerte cayó en profundísimo y tranquilo sueño, del que no lograron despertarla las enfermeras, hasta que poco después de mediodía se despertó de súbito exclamando: “¡Los he visto! ¡Los he visto! ¡Dios sea loado!”

Luego volvió a sumirse en letargo hasta la caída de la tarde, en que murió.

Los hijos de la difunta estaban en una pensión de Turquía, bajo la vigilancia de un amigo de la familia, y ocupaban dos aposentos independientes, uno para recreo en donde se reunían todos con una aya que no conocía a los padres. De pronto vieron los niños entrar despacito en el aposento a su

(1) Citado en mi obra: *Clarividencia*.

(2) Está copiado este caso de la obra del Dr. Lee, titulada: *Vislumbres de lo sobrenatural*.

madre que los miraba sonriente y luego pasaba al aposento contiguo hasta desaparecer. Los tres niños mayores reconocieron inmediatamente a su madre, pero quedaron muy turbados al verla en actitud tan silenciosa. Los más pequeños y el aya vieron a una señora vestida de blanco que entraba en el aposento y, deslizándose suavemente, desaparecía.

Tuvieron los de la casa la precaución de anotar la fecha de este caso (10 de Septiembre de 1854) y pudo comprobarse después la simultaneidad de la aparición y muerte de la madre. El suceso quedó escrito para memoria en una hoja suelta de la Biblia de familia, de la cual se tomó este relato.

En otra obra del mismo autor (1), leemos que una señora cuáquera, fallecida en Cockermouth se apareció con pleno día a sus hijos que estaban en Seule. Este caso es idéntico al anterior en sus pormenores, y también lo avalan testimonios verídicos.

Aparición tres veces repetida.—Añadiré aquí otro caso de la misma índole, aunque algo más sorprendente, referido por una persona a quien le sucedió en el colegio y cuyo nombre no estoy autorizado para publicar.

Parece que una noche se fue a la cama más temprano que de costumbre, dejando cerrada la puerta del gabinete y abierta la de comunicación entre este y la alcoba. En el gabinete ardía la chimenea cuyos resplandores iluminaban la estancia, como si fuese día claro, a pesar de haber dado ya las diez y media de la noche. Estaba acostado el estudiante en espera de sueño tranquilo, cuando vió de pie en medio del pasillo, iluminada por la luz del gabinete, la figura de su padre. La sorpresa le dejó pasmado algunos instantes, hasta que la sombra le hizo seña con la mano de que se acercase. Se levantó entonces de la cama el estudiante encaminándose hacia la puerta; pero antes de llegar allá, se había desvanecido la aparición.

Sobresaltado hasta lo indecible escudriño cuidadosamente gabinete y alcoba sin hallar a nadie, pues no había sitio donde pudiese esconderse un intruso y la puerta exterior estaba tan cerrada como el la dejara. Además, la sombra era inconfundiblemente la de su padre, con la misma mirada de pocas semanas antes en que le había visto por última vez, aunque con expresión de intenso anhelo en el semblante, y estaba seguro de que ningún compañero de colegio podía llevar las burlas hasta aquel punto. Creyó, por fin, que había sido presa de una alucinación, por más que le era muy difícil admitir esta conclusión al recordar la semejanza natural de la sombra en cuyo rostro daban de lleno los reflejos de la luz. Al fin se volvió a la cama, deseoso de descanso.

Sin embargo, la emoción le había desvelado y estuvo observando el movimiento de las sombras en la pared, hasta quedarse sin saber si estaba dormitando o dormido; pero nuevamente le despertó la súbita reaparición de la figura en el pasillo, con la misma intensidad expresiva de semblante y, nuevamente y con más fuerza le hizo ademán de que se acercase. Creído de que

(1) Vislumbres del Crepúsculo.

esta vez no desaparecería la figura, saltó prontamente de la cama en dirección a ella, pero otra vez tuvo el desencanto de que se desvaneciera. Parecía la misma, y no obstante haberse acercado el hasta un metro de distancia de ella, sus manos se perdieron en el aire al intentar asirla. Registrados por segunda vez los aposentos, le confirmaron en la seguridad de que nadie había podido esconderse en ellos.

Como la mayor parte de jóvenes, era nuestro estudiante algo escéptico en cuestión de apariciones, y aunque muy sobresaltado por lo que había visto, se esforzó en convencerse de haber sido presa de una alucinación, motivada acaso por algún trastorno orgánico. Se remojó la frente con agua fresca y nuevamente se acostó, resuelto a distraer su pensamiento de lo que diputaba por delirio de su calenturiento cerebro. Al meterse en la cama sonaron las doce en los relojes del colegio y se esforzó en conciliar el sueño de que tan necesitado estaba.

Se durmió por fin; pero al poco rato despertó con la emoción de terror tan frecuente en las personas nerviosas cuando despiertan azoradas de un profundo sueño. El fuego del aposento estaba casi apagado, y tan solo las rojizas sombras del rescoldo lengüeteaban por paredes y techo, reflejando su incierta claridad en el centro del pasillo, donde por tercera vez aparecía de pie la sombra paterna. Sin embargo, difería de las anteriores en la expresión del semblante, no tan anhelosa, sino más bien pesarosamente resignada, y en vez de hacerle ademán de que se acercara, se fue retirando hacia atrás según el joven la miraba con espantados ojos. No se desvaneció instantáneamente como las otras dos veces, sino poco a poco y sin borrar los contornos hasta perderse en la penumbra de la pared. Se sosegó entonces el estudiante y miró el reloj que señalaba la una y diez, demasiado temprano para levantarse y emprender el viaje a su casa, como había resuelto en vista del caso. Porque su padre, pastor de una lejana parroquia rural, estaba muy bien de salud cuando de él se despidió para el colegio pocas semanas antes, y desde entonces no había recibido ninguna noticia alarmante; pero profundamente emocionado como estaba por la aparición, y convencido de que en ello había de haber algo de lo que llaman sobrenatural, creyó que no podría sosegarse hasta saber por sí mismo si su padre estaba vivo y sano. Ya no procuró dormir, y, al romper el día, comentó sus temores al director del colegio, quien le dió licencia para irse a casa.

Hizo el rápido viaje algo cansado por las emociones de la noche anterior, y al caer de la tarde entró en la senda que conducía a su casa; pero en vez del placentero gozo que en otras ocasiones sentía al acercarse, le sobrecogió un aciago presentimiento, transmutado en violenta emoción al ver las ventanas cerradas, pues, aunque ya era tarde, sabía que su padre gustaba del crepúsculo y no encendía luz hasta muy entrada la noche. Buen rato estuvo sin atreverse a llamar a la puerta, pero reuniendo toda su energía descargo el aldabonazo y a poco le abrió el mayordomo, que servía en la casa desde muchos años y le había conocido de niño. Por el semblante del criado comprendió que pasaba alguna desgracia, como en efecto corroboró aquel, diciéndole:

—¡Ah, señorito! Llega usted demasiado tarde. ¡Si al menos hubiese usted venido anoche!

—¡Por qué!

—Sí, sí; el señor ha muerto. Las pocas palabras que pronunció después de caer enfermo, fueron para decir cuanto deseaba verle a usted. A las diez le dió anoche el ataque, y media hora después, en cuanto recobró el habla, dijo: “Id a buscar a mi hijo. Quiero verle por última vez.” Le respondimos que al amanecer enviaríamos un mensaje; pero apenas nos oyó, porque había caído en sopor muy parecido al éxtasis. A las once y cuarto despertó, exclamando: “¡Cuánto me alegraría de que mi hijo estuviese aquí!” Volvió a aletargarse, y un momento antes de morir, a la una y diez minutos, abrió los ojos, y mirándonos a todos con muestras de reconocernos, murmuró: “Me muero. Hubiese querido hablar con mi hijo, pero ya no me verá vivo.” Dicho esto, expiró en paz como si se durmiera tranquilamente.

Tal fue la primera prueba que tuvo mi amigo de la vida en el plano supersfísico, y si bien hay muchas otras análogas, ninguna tan plena y convincente. De todos modos, no es difícil creer, como asegura el narrador, que la impresión causada en su ánimo por el suceso, le durará indeleblemente lo que la vida.

¡Cuántos de entre nosotros han cambiado profundamente de carácter por la influencia de un vislumbre de ese otro mundo que tan estrechamente nos cerca, aunque este velado a nuestros ojos! Pocos se atreven a hablar de estas cosas en una época tan escéptica; pero quienes se tomen el trabajo de indagar las intimidades de sus amigos, verán con sorpresa que son más numerosas de lo que parecen esta clase de pruebas.

Hace medio siglo, cuando el escepticismo tenía mucha mayor pujanza y no estaban tan difundidas las doctrinas espiritualistas, escribía lord Lytton en su obra: *Una historia singular*:

“Sean pocos o muchos mis lectores, a buen número de ellos les habrá sucedido, por lo menos una vez en la vida, algo extraño y maravilloso contra toda conjetura racional, que hizo vibrar las cuerdas de la superstición. Tal vez llaya sido un sueño insospechadamente realzado, un presentimiento o un aviso; pero respecto a estos leves y vagos indicios del reino de las maravillas, de las sorprendentes apariciones de fantasmas, de la visita de duendes en los aposentos, creo que la mayoría de las gentes de edad madura, aunque cultas y civilizadas y escépticas, como la época en que viven, han experimentado por si mismas u oído de personas, incontrovertiblemente veraces, fenómenos que no aciertan a explicar quienes de ellos se mofan ni tampoco descubren con toda claridad las luces de la filosofía racionalista. Afirmo que estos fenómenos son infinitamente más numerosos de lo que pudiera colegirse de algunos ejemplos citados entre burlas y no creídos, aunque pocos de los que los presenciaron se aventuran a dar testimonio de ellos, y los que por referencias verídicas los conocen, tampoco se atreven, fiados en el sentido común, a contrariar creencias enemigas del sentido común. Pero quien lea

mis afirmaciones en la soledad del gabinete, tal vez medite y escudriñe en su memoria para encontrar en algún apartado rincón, inaccesible a las charlas y frivolidades mundanas, una vaga reminiscencia que demuestre lo verdadero de mi aseveración.”

En nuestros días, gracias a los esfuerzos de la “Sociedad Teosófica” y de la “Sociedad de Investigaciones Psíquicas”, estos asuntos se miran con mucho mayor detenimiento que en la época de lord Lytton, y podemos hablar de ellos más precisa y definidamente, aunque el pasaje transcrito es de tanta oportunidad ahora como lo fuera entonces.

De los casos antes citados podemos inferir que las dificultades con que el hombre ordinario tropieza para actuar astralmente, quedan vencidas por la móvil potencia de un vehementísimo deseo justificado por apremiante necesidad. Sin embargo, se recuerdan casos en que bajo favorables circunstancias, como, por ejemplo, cuando la muerte va precedida de colapso prolongado, un sencillo deseo relativo a cosas corrientes de la vida produce el mismo resultado.

Petición de fotografías.- En la obra titulada *Verdaderas historias de fantasmas*, se relata un sorprendente y auténtico caso que demuestra como un vivo deseo de cosas nimias suele determinar la aparición del astral cuando el hombre está cercano a la muerte y son, por lo tanto, fácilmente separables sus principios. Ocurrió este caso en Enero de 1891, en una tienda de una ancha calle comercial de Newcastle, a las ocho de la mañana. La tienda era de un fotógrafo y en ella entró el astral como pudiera hacerlo cualquier parroquiano y pidió unos retratos suyos que había encargado un mes antes. No estaban listos aun, por lo que le suplicaron que volviese; pero el replicó que había estado viajando toda la noche y no le era posible volver. Nadie advirtió cosa anormal en el visitante, pero una semana después fue su padre a la tienda, diciendo que al tiempo de la visita habían encontrado su cuerpo inerte y sin sentido en la cama, hasta que a las dos y media de aquella misma tarde murió sin recobrar el conocimiento. El fotógrafo, cuyo nombre era Dickinson, no había visto al visitante cuando en carne y hueso fue a retratarse, porque lo retrató un dependiente; pero al mirar los retratos aseguró que era el mismo con quien había hablado la mañana en cuestión.

Stead dice, a propósito de este sucedido:

“Sea como quiera, no hay otra hipótesis explicativa del hecho que la admisión de un cuerpo mental capaz de moverse, trasladarse y hablar, dondequiera le plazca y de vestirse con ropas de su gusto tan espectrales como el.”

Lo que Stead llama cuerpo mental puede considerarse más fundadamente como el hombre verdadero revestido de su vehículo astral, aunque hay casos en que cabe aplicar con propiedad el término cuerpo mental, como los llamados en Alemania desdoblamientos o apariciones del astral, sin que el aparecido tenga conciencia de su aparición.

Pero estos casos merecen capítulo aparte.

CAPÍTULO XIII

Formas mentales

Bien saben los estudiantes de Teosofía que el pensamiento toma forma, no solo en su propio plano, sino también en el astral. Si un hombre piensa sostenidamente que está presente en determinado lugar, o con tal que tenga vivo deseo de estar en el, es posible que las formas engendradas respectivamente por el pensamiento o el deseo aparezcan en el lugar en cuestión. Este fenómeno es totalmente distinto de las apariciones del hombre en cuerpo astral, porque en las formas mentales no está presente en modo alguno el hombre verdadero, sino que permanece en su cuerpo físico y ningún dominio tiene ya sobre la forma mental de emitida. Los clarividentes pueden aprender a servirse de estas formas mentales como de centinelas avanzados de su conciencia por medio de vibraciones simpáticas, aunque este resultado no está, ni mucho menos, al alcance de la generalidad de los hombres. En algunos casos las formas mentales son visibles para algunos, quienes suelen confundirlas con el verdadero hombre de que proceden, sobre todo cuando el pensamiento o deseo son lo bastante vigorosos para determinar, por lo menos, uno de los siguientes efectos: 1.º Fijar mediante influencias mesméricas la imagen del sujeto pensante en la mente de la persona a quien desea aparecerse. 2.º Estimular por el mismo medio las facultades psíquicas de esta persona, de suerte que pueda ver la forma mental. 3.º Producir una materialización temporal que resulte normalmente visible en el plano físico. El caso que vamos a relatar pertenece a la tercera categoría.

Resultados de la excitación.—Alejandro Drummond era un maestro pintor de numerosa clientela y muchos oficiales, que tenía por encargado a su hermano político Gualterio Souter, con la obligación de estar puntualmente todos los días en la tienda a las seis de la mañana para tomar nota de los puntos adonde iban a trabajar los oficiales, el material que se llevaban, etc., en tal tarea le ayudaba la señorita Drummond. Una mañana llegó Souter a la tienda veinte minutos después de la hora con muestras de viva excitación, y en vez de entrar en el despacho donde el señor Drummond y su hija le esperaban, se salió al punto por una puerta lateral con asombro de los oficiales que también estaban allí. Al cabo de otros veinte minutos volvió a entrar tan excitado como antes, diciendo que por haberse dormido más de lo ordinario, sin despertar hasta las seis y veinte y temeroso de llegar tarde, pues era puntual a su obligación, había venido corriendo desde su casa, una milla distante de la tienda. Le preguntó entonces el señor Drummond que adonde había

ido al salir por la puerta lateral, pero él se extrañó mucho de la pregunta sin comprender lo que significaba. Aquella misma tarde, después de comer, corroboró la esposa de Souter el relato de su marido, esto es, que se había despertado a las seis y veinte y estaba excitadísimo por ser la primera vez que faltaba a su acostumbrada puntualidad por haberse dormido.

Relata Stead este caso en su obra *Verdaderas historias de fantasmas* y afirma habérselo contado un caballero que durante veinticinco años fue comisario de policía y durante cinco magistrado de la ciudad de Dundee, en donde ocurrió el hecho. Verdaderamente, no hay razón para dudar de su autenticidad, pues hay muchos análogos y su única peculiaridad consiste en haber tenido tan gran número de testigos. La señora Crowe, en su obra *Aspecto nocturno de la Naturaleza*, cuenta una porción de casos semejantes, de lo que transcribo los siguientes:

1.º **Desdoblamiento de Triplin.**—Cuenta Shilling que un funcionario civil llamado Triplin, fue cierto día a su despacho para sacar un documento de suma importancia y vió allí su propia imagen sentada a la mesa con el documento delante. Sorprendido, regresó a su casa y le dijo a la criada que fuese al despacho y le trajera unos papeles que encontraría sobre la mesa. La criada vio la misma imagen, pero supuso que su amo había ido a la oficina por distinto camino, llegando antes que ella. Ocurrió que el pensamiento fue más veloz que el cuerpo.

2.º **El secretario del juez.**—El juez de Frankfurt mandó a su secretario a practicar una diligencia. Al punto vió el juez que el secretario volvía a entrar en la sala y tomaba un libro; pero al preguntarle por que volvía, se desvaneció la imagen y cayó el libro al suelo, que era una obra de Linneo. Cuando al regresar por la tarde el secretario le preguntó el juez por el resultado de la diligencia, respondió que a poco de salir había encontrado a un amigo con quien se puso a discutir acaloradamente sobre un punto de botánica y sintió vivos deseos de tener a mano la obra de Linneo referente a la materia.

3.º **Frecuentes desdoblamientos.**—El escritor alemán Eduardo Stern tenía un amigo que se desdoblaba con frecuencia, y también el padre de este amigo era tan propenso a desdoblarse, que con frecuencia se le veía entrar en su casa mientras aun trabajaba en el campo. Su nuera acostumbraba a decirle: “¿Cómo es que ha venido usted antes a casa, papá?” A lo que él respondía: “Tenía mucha prisa en venir, pero me ha sido imposible.”

La cocinera de las monjas de Ebersdorf andaba recogiendo hierbas por el jardín mientras se la veía en la cocina, necesitada de ellas para condimentar los guisos.

4.º **Curioso caso ocurrido en Roma.**—La *Revista de la Universidad de Dublin* relató hace algún tiempo el caso ocurrido en Roma a un caballero que al retirarse cierta noche a su casa encontró al criado, que con gran alboroto le dijo: “¡Por Dios, señor! Usted ha venido antes a casa.” Añadió el criado que había visto a su amo subir las escaleras, desnudarse y meterse en la cama. Sorprendido el caballero por las declaraciones del criado, se fue

con este al dormitorio, y aunque no vieron ropa alguna, notaron en la cama manifiestos indicios de que alguien se había tendido en ella, aparte de que también en el techo se descubría una señal como de haber pasado una corriente eléctrica. Lo único que el caballero recordaba en relación con aquel extraño suceso era que, durante su ausencia, le sobrecogió un acceso de hastío, cayendo en tan profunda abstracción que por buen rato se olvidó de que estaba fuera de casa.

Este último caso es verdaderamente notable por lo sospechoso de exageración con cuanto a que el caballero se quedara en ropas menores, y también por lo referente a la señal eléctrica en el techo. Todo esto son claros ejemplos de formas mentales, puesto que en cada uno de ellos el hombre actuaba en el cuerpo físico, mientras aparecía su imagen a distancia.

Desdoblamiento de un sacerdote.—Por mi parte experimenté personalmente un caso de explicación análoga a los referidos. Desempeñaba yo la vicaría de una parroquia rural, cuando a consecuencia de un accidente quedé muy débil para cumplir los oficios de mi cargo el día de precepto, de modo que me fatigaba demasiado el servicio dominical de la vicaría. Sin duda que durante los oficios, aunque bien no lo recuerdo, pensaría vivamente en el momento de descansar apenas concluyesen; pero lo cierto es que al entrar en la sacristía me pasmaba ver mi imagen sentada en el mismo sillón que había allí. La imagen, vestida exactamente como yo, con sotana, sobrepelliz y estola en debido orden, serena y firmemente me miraba. Me ocurrió eso antes de conocer las doctrinas teosóficas, de modo que carecía de la suficiente preparación para explicarme aquel fenómeno, si bien había oído decir que la vista de la propia imagen es augurio de muerte; pero tan fatigado estaba yo de mi trabajo, que no cuide de reflexionar sobre el caso, y dirigiendome directamente al sillón me acomodé en él sin ni siquiera excusarme con mi imagen, que había desaparecido cuando me levanté pasados diez minutos. Ninguna consecuencia tuvo aquel suceso, y desde entonces no he vuelto a ver mi imagen. Puedo afirmar en conciencia, que toda mi atención estaba puesta en los oficios religiosos, por lo que, a mi entender, el ardiente anhelo de reposo vibraría en los trasfondos de la mente, y en esta subconsciencia mental me imaginaría yo descansando en el sillón, una vez terminados los oficios religiosos. Es posible, por otra parte, que la debilidad de mi cuerpo físico facilitase la actuación de los sentidos internos y me diese momentáneamente la suficiente clarividencia para percibir una forma mental vigorosa.

CAPÍTULO XIV

Apariciones anunciadoras de muerte

Lo expuesto acerca de las apariciones astrales; inmediatamente anteriores a la muerte, es aplicable asimismo a las verdaderas apariciones. Mientras que, por lo general, están justificados y son de gran peso los motivos determinantes de los esfuerzos del difunto para mostrarse visiblemente, hay casos en que dichos motivos parecen frívolos e inadecuados; pero también son inadecuados y frívolos, si bien se considera, los motivos de las acciones de la mayoría de los hombres durante su vida terrena, pues por lo común propenden a satisfacer livianas pasiones o caprichos del momento, ganar un punado de dinero, sobreponerse al contrincante o mortificar y vengarse del adversario, con pérdida de tiempo y esfuerzo que, debidamente aprovechados, no solo beneficiarían a los demás, sino que acelerarían notablemente la propia evolución. Es muy difícil comprender la necedad de muchos hombres hechos y derechos, y nos resistiríamos a creerla si no fuese por los numerosos ejemplos de que diariamente tenemos noticia.

Así, pues, no es maravilla que los hombres que se portaron mentecatamente durante la vida terrena persistan en su conducta después de la muerte, pues ya sabemos que la separación del cuerpo físico en nada altera el carácter del hombre. La mayoría de los casos de apariciones verdaderas tienen por motivo el deseo del hombre de anunciar su muerte a las personas queridas.

La vuelta de un oficial.- Ejemplo curioso de estas apariciones fue la del capitán Wheatcroft a su esposa, con la circunstancia de haberse descubierto y corregido en consecuencia un error en los documentos oficiales. En Septiembre de 1857, el capitán Wheatcroft del 6.º de dragones fue a la India para incorporarse a su regimiento. Su esposa, que se había quedado en Inglaterra residía en Cambridge, soñó la madrugada del 14 al 15 de Noviembre de 1857 que veía a su marido desasosegado y enfermo, por lo que se despertó sobresaltada. Lucía brillante la luna aquella noche, y al mirar la esposa en torno suyo vió la misma figura junto a su cama. Se aparecía el capitán vestido de uniforme, cruzadas las manos sobre el pecho, desgreñado el cabello y pálido el semblante. Fijaba en su esposa los negros y rasgados ojos con muestras de viva excitación, señaladas en la torcedura de la boca, habitual en el cuando se hallaba en tal estado. Le vió la esposa distintamente, sin que faltase pormenor alguno en el traje, si bien le pareció que la blanca pechera de la camisa estaba manchada de sangre. La figura se

inclinaba penosamente hacia adelante como si se esforzase por hablar, pero no se oía palabra. A juicio de la esposa, estuvo la figura visible cosa de un minuto y se desvaneció.

Su primer pensamiento fue asegurarse de si de veras estaba despierta, a cual efecto se frotó los ojos con las sábanas y se convenció de la realidad del tacto. Junto a ella dormía un sobrinito suyo, sobre quien se inclinó para escuchar el ritmo respiratorio y tener nueva prueba de que no sonaba. No es necesario añadir que ya no volvió a dormir aquella noche.

A la mañana siguiente le refirió a su madre cuanto le había sucedido, asegurando que el capitán Wheateroft estaba muerto, o por lo menos gravemente herido, y tan firme fue su convicción sobre el particular, aunque el aparecido no llevaba manchas de sangre en el uniforme, que desde aquel punto se retrajo de visitas y reuniones. Pocos días después, una amiga suya la invitó a un concierto de moda, como ocasión oportuna para estrellar el hermoso abrigo que su marido le había enviado desde Malta; pero ella rehusó formalmente, diciendo que puesto ignoraba si ya era viuda o todavía casada, quería abstenerse de toda diversión hasta recibir carta de su marido con fecha posterior al 14 de Noviembre.

En efecto, un martes de Diciembre de 1857, se recibió en Londres un telegrama oficial participando la muerte del capitán Wheatcroft, en una función de guerra sostenida ante Licknow el 15 de Noviembre.

Esta noticia, publicada por los periódicos de la mañana, llamó la atención del procurador Wilkinson, encargado de los asuntos del capitán. Cuando días después fue el procurador a ver a la viuda, le dijo esta que no le había cogido de sorpresa la mala noticia, pero que estaba segurísima de que su marido no podía haber muerto el 15 de Noviembre, puesto que se le había aparecido en la noche del 14 al 15. Sin embargo, el óbito expedido por el ministerio de la Guerra, a petición del procurador Wilkinson, corroboraba la fecha del telegrama, pues copiado literalmente, decía así:

N.º 9.579

MINISTERIO DE LA GUERRA

30 de Enero de 1858

Certifico: que según resulta de los antecedentes que obran en este ministerio, el capitán Whestcroft, del 6º de dragones, murió en el campo de batalla el 15 de Noviembre de 1857.

B. Howes.

Mientras el procurador andaba dudoso respecto de la exactitud de la fecha, sobrevino un notable incidente que parecía desvanecer toda incertidumbre. Wilkinson fue visitado por un amigo dotado de excepcionales aptitudes mediúnicas, cuya esposa tenía la facultad de ver las apariciones, si bien lo sabían únicamente los amigos íntimos. Como no estoy autorizado para

publicar sus nombres, les llamaré el señor y la señora Z.

El procurador les refirió, como acontecimiento maravilloso, la visión tenida por la viuda del capitán y les describió la figura del aparecido. La señora Z. se volvió entonces rápidamente hacia su marido, diciéndole:

—Debe de ser el mismo a quien vi la tarde en que hablábamos de la India, y tu dibujaste un indígena a lomo de un elefante. El señor Wilkinson nos lo ha descrito exactamente, con uniforme de oficial británico, las manos cruzadas sobre el pecho y en actitud de inclinarse penosamente hacia adelante. La figura -añadió la señora Z. dirigiéndose al procurador— se apareció precisamente detrás de mi marido y parecía mirarle por encima del hombro izquierdo.

—¿Intentaron ustedes obtener de él alguna comunicación?—preguntó Wilkinson.

—Sí; logramos una por medio de mi marido.

—¿Recuerda usted lo que dijo?

—Que había sido muerto en la India aquella misma tarde, de un balazo en el pecho, añadiendo que todavía no estaba enterrado su cadáver.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hacia las nueve de la noche, algunas semanas atrás; pero no recuerdo la fecha exacta.

—¿No podría usted recordar algún pormenor que os ayudara a precisar la fecha?

La señora Z. reflexionó, y dijo por fin:

—No recuerdo nada, a no ser que mi marido estaba dibujando y yo conversaba con una amiga que había venido a vernos, cuando entró a interrumpirnos la criada con la cuenta de una partida de vinagre alemán que yo me traje, por parecerme mejor que el inglés, según colegí de la botella de prueba que tenía.

—¿Pago usted la cuenta en el acto?

—Sí; entregué el dinero por mano de la criada.

—¿Se firmó el recibo?

—Me parece que sí. Pero arriba lo tengo y pronto lo veremos.

La señora Z. trajo el recibo. ¡Llevaba la fecha del 14 de Noviembre!

Esta confirmación del convencimiento de la viuda sobre el día de la muerte de su marido impresionó tan profundamente al procurador, que se fue a ver a los señores Cox y Greenwood, oficiales del ministerio de la Guerra, para preguntarles si acaso estaría equivocada la fecha del óbito; pero ningún indicio encontraron de inexactitud.

inclinaba penosamente hacia adelante como si se esforzase por hablar, pero no se oía palabra. A juicio de la esposa, estuvo la figura visible cosa de un minuto y se desvaneció.

Su primer pensamiento fue asegurarse de si de veras estaba despierta, a cual efecto se frotó los ojos con las sábanas y se convenció de la realidad del tacto. Junto a ella dormía un sobrinito suyo, sobre quien se inclinó para escuchar el ritmo respiratorio y tener nueva prueba de que no sonaba. No es necesario añadir que ya no volvió a dormir aquella noche.

A la mañana siguiente le refirió a su madre cuanto le había sucedido, asegurando que el capitán Wheateroft estaba muerto, o por lo menos gravemente herido, y tan firme fue su convicción sobre el particular, aunque el aparecido no llevaba manchas de sangre en el uniforme, que desde aquel punto se retrajo de visitas y reuniones. Pocos días después, una amiga suya la invitó a un concierto de moda, como ocasión oportuna para estrellar el hermoso abrigo que su marido le había enviado desde Malta; pero ella rehusó formalmente, diciendo que puesto ignoraba si ya era viuda o todavía casada, quería abstenerse de toda diversión hasta recibir carta de su marido con fecha posterior al 14 de Noviembre.

En efecto, un martes de Diciembre de 1857, se recibió en Londres un telegrama oficial participando la muerte del capitán Wheatcroft, en una función de guerra sostenida ante Licknow el 15 de Noviembre.

Esta noticia, publicada por los periódicos de la mañana, llamó la atención del procurador Wilkinson, encargado de los asuntos del capitán. Cuando días después fue el procurador a ver a la viuda, le dijo esta que no le había cogido de sorpresa la mala noticia, pero que estaba segurísima de que su marido no podía haber muerto el 15 de Noviembre, puesto que se le había aparecido en la noche del 14 al 15. Sin embargo, el óbito expedido por el ministerio de la Guerra, a petición del procurador Wilkinson, corroboraba la fecha del telegrama, pues copiado literalmente, decía así:

N.º 9.579

MINISTERIO DE LA GUERRA

30 de Enero de 1858

Certifico: que según resulta de los antecedentes que obran en este ministerio, el capitán Whestcroft, del 6º de dragones, murió en el campo de batalla el 15 de Noviembre de 1857.

B. Howes.

Mientras el procurador andaba dudoso respecto de la exactitud de la fecha, sobrevino un notable incidente que parecía desvanecer toda incertidumbre. Wilkinson fue visitado por un amigo dotado de excepcionales aptitudes mediúnicas, cuya esposa tenía la facultad de ver las apariciones, si bien lo sabían únicamente los amigos íntimos. Como no estoy autorizado para

publicar sus nombres, les llamaré el señor y la señora Z.

El procurador les refirió, como acontecimiento maravilloso, la visión tenida por la viuda del capitán y les describió la figura del aparecido. La señora Z. se volvió entonces rápidamente hacia su marido, diciéndole:

—Debe de ser el mismo a quien vi la tarde en que hablábamos de la India, y tu dibujaste un indígena a lomo de un elefante. El señor Wilkinson nos lo ha descrito exactamente, con uniforme de oficial británico, las manos cruzadas sobre el pecho y en actitud de inclinarse penosamente hacia adelante. La figura -añadió la señora Z. dirigiéndose al procurador— se apareció precisamente detrás de mi marido y parecía mirarle por encima del hombro izquierdo.

—¿Intentaron ustedes obtener de él alguna comunicación?—preguntó Wilkinson.

—Sí; logramos una por medio de mi marido.

—¿Recuerda usted lo que dijo?

—Que había sido muerto en la India aquella misma tarde, de un balazo en el pecho, añadiendo que todavía no estaba enterrado su cadáver.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hacia las nueve de la noche, algunas semanas atrás; pero no recuerdo la fecha exacta.

—¿No podría usted recordar algún pomenor que os ayudara a precisar la fecha?

La señora Z. reflexionó, y dijo por fin:

—No recuerdo nada, a no ser que mi marido estaba dibujando y yo conversaba con una amiga que había venido a vernos, cuando entró a interrumpimos la criada con la cuenta de una partida de vinagre alemán que yo me traje, por parecerme mejor que el inglés, según colegí de la botella de prueba que tenía.

—¿Pago usted la cuenta en el acto?

—Si; entregué el dinero por mano de la criada.

—¿Se firmó el recibo?

—Me parece que sí. Pero arriba lo tengo y pronto lo veremos.

La señora Z. trajo el recibo. ¡Llevaba la fecha del 14 de Noviembre!

Esta confirmación del convencimiento de la viuda sobre el día de la muerte de su marido impresionó tan profundamente al procurador, que se fue a ver a los señores Cox y Greenwood, oficiales del ministerio de la Guerra, para preguntarles si acaso estaría equivocada la fecha del óbito; pero ningún indicio encontraron de inexactitud.

De la muerte del capitán Wheatcroft daban cuenta dos distintos partes de sir Colin Campbell, cuya fecha coincidía con la del telegrama.

Así quedaron las cosas hasta que en Marzo de 1858 la viuda del capitán Wheatcroft recibió una carta del capitán C., del batallón de ferrocarriles, escrita en las cercanías de Lucknow el 19 de Diciembre de 1857, en la que le notificaba que el capitán Wheatcroft había muerto en el ataque de Lucknow al frente de su escuadrón, no el 15 de Noviembre como equivocadamente dijeron los partes de sir Collin Campbell, sino el día 14 por la tarde. El capitán C., que cabalgaba a la sazón cerca de él, le vio caer muerto casi a su lado. Le mató un casco de metralla que le dió en el pecho sin dejar rastro, y enterraron su cadáver en Dilkoosha, sobre cuya tumba, abierta por solicitud de su amigo el teniente R. del 9.º de lanceros, grabó estas iniciales G. W. y la fecha de su muerte: 14 de Noviembre de 1857. El ministerio de la Guerra corrigió la fecha de la defunción al cabo de un año de compulsaciones. El procurador Wilkinson tuvo necesidad de sacar en Abril de 1859 una copia del óbito, en que ya constaba la fecha del 11 en vez de la del 15 de Noviembre.

Este interesante relato lo da Owen en su obra *Pisadas en la linde del otro mundo*, y dice que le contaron el caso las mismas personas que en el intervinieron. La viuda del capitán Wheatcroft accedió amablemente a examinar y corregir el manuscrito original y me permitió ver una copia de la carta en que el capitán C. daba pormenores de la muerte de su amigo. También examinó el manuscrito el procurador Wilkinson, sin hallar en él cosa contraria a la verdad de los hechos. La parte relativa a los señores Z., la oí de labios de la misma señora y, por lo tanto, no omití precaución alguna para que corroborase su autenticidad.

Termina diciendo Owen que este caso es, tal vez, el único en que la aparición de lo que el vulgo llama un fantasma permitió rectificar un error de fecha en los partes del general en jefe y en el certificado expedido por el ministerio de la Guerra. No puede objetarse que el relato de la viuda a su amiga Z. le sugiriese a esta la visión de la misma figura, porque la señora Wheatcroft estaba a la sazón en Cambridge, la señora Z. en Londres, y hasta algunas semanas más tarde no se enteró la última de lo sucedido a la primera. Los que todo lo achacan a coincidencias casuales han de tener en cuenta, en este caso, la triple actuación del capitán Wheatcroft al aparecerse simultáneamente y con idéntico aspecto a su mujer y a la señora Z. mientras moría en el campo de Lucknow.”

He transcrito este caso como primer ejemplo de apariciones anunciadoras de muerte, no solo por lo riguroso de su comprobación, según afirma Owen, sino porque ofrece diversos puntos de estudio. Notamos que el capitán pudo aparecerse fácilmente a los sensitivos esposos Z. estando despiertos, mientras que para influir en la mente de su mujer le fue preciso esperar a que esta durmiese. El capitán murió en la India, por la tarde, que corresponde a la mañana en Inglaterra; de modo que ya hacia unas diez horas que estaba en el plano astral cuando se apareció en Londres, y por lo menos tres o cuatro

horas antes fue capaz de aparecerse a su esposa en Cambridge, y una vez realizado el esfuerzo logró impresionarla, no sola dormida, sino luego de despierta. Faltan pruebas demostrativas de si en este caso hubo o no materialización.

Solicitud fraternal.—Otro difunto, cuya aparición describe Owen en su obra *La tierra en litigio*, procedió de más tangible manera que el capitán Wheatcroft. Era una mujer que se apareció a su hermana para llevarla junto al cadáver y convencerla por demostración ocular de que solo había muerto el cuerpo físico, puesto que estaba radiante y viviente junto a ella, mirando ambas los mortales despojos. La misma hermana relató a Owen el caso, que fue como sigue:

Una hermana de la señora de L., llamada Ester, se marchó recién casada con su marido a California y transcurrieron algunas semanas sin recibir noticias de su llegada, hasta que una noche soñó la señora de L. que su hermana se le acercaba junto a la cama y le decía: "Cecilia, vente conmigo a California." La señora de L. respondió que no le era posible dejar a su marido y a sus hijos para emprender tan largo y fatigoso viaje, pero la aparecida replicó:

—Dentro de poco estaremos allí, y mañana temprano ya habrás vuelto.

No le pareció a la señora de L. en su estado de sueño del todo imposible el viaje propuesto; y así, se levantó de la cama y, agarrándose de la mano de su hermana, se elevaron ambas por el espacio hasta descender cerca de una casa de humilde y tosco aspecto, muy distinta de la en que se figuraba que vivía su hermana en el país adonde con su marido se fuera en busca de fortuna. Entraron las dos hermanas y Cecilia reconoció a su cuñado vestido de luto y en extremo afligido. Ester la condujo después a un aposento en medio del cual estaba su cadáver ya colocado en el ataúd. La señora de L. miraba alternativamente, muda de asombro, el cuerpo muerto y la brillante, inteligente y vívida forma que allí la había guiado. A sus interrogativas miradas respondió la aparición diciendo: "Sí, hermana; este cuerpo era mío, pero el cólera se apoderó de él y estoy en otro mundo. Quise advertirte para que no te sobrecogiera la noticia de mi muerte al recibirla."

Al poco tiempo notó la señora de L. que de nuevo la levantaban en el aire, y después de cruzar un vasto espacio se encontró otra vez en su alcoba.

Los dos casos citados son, sin disputa, apariciones posteriores a la muerte y demuestran concluyentemente la supervivencia del hombre con todas sus cualidades anímicas. Sin embargo, ni uno ni otro caso entrañan materialización, y por lo tanto no pudieron ser las apariciones visibles a los ojos físicos.

La vuelta del grumete.—Este caso nos da ejemplo de una materialización lo suficientemente activa para tocar una campanilla y sostener una conversación. Lo relata en su obra *Vislumbres del crepúsculo*, el doctor Lee, quien asevera su incontrovertible certeza comprobada tras fatigosas indagaciones.

En la cuesta de Croom, en Greenwich, vivía la señora Hammond, quien

tenía en su servidumbre a una viuda llamada Potter, con un hijo de quince años, que había desertado de la fragata Doris, donde estaba de grumete. El capitán, conmovido por las súplicas de la madre, le admitió nuevamente en la tripulación, no sin repugnancia, y entonces dejó la viuda el servicio de la señora Hammond para volverse a casar, de lo que el hijo nada supo por estar navegando a la sazón.

En la noche del 8 de Septiembre de 1866, la señora Hammond oyó llamar a la puerta de la calle, y le dijo a la camarera que fuese a abrir. La señora Hammond se había ya retirado a su dormitorio, cuya ventana daba al patio de entrada, por lo que pudo oír el rumor de las palabras entre la camarera y el que había llamado, en quien la señora Hammond reconoció por la voz a Tomás Potter, el hijo de su antigua criada. Sorprendida la señora le preguntó a la camarera:

—María, ¿quién llamaba a la puerta?

La sirvienta respondió:

—Un grumete que venía preguntando por su madre; pero como no se quiénes son ni el ni su madre, le dije que siguiese su camino.

La señora Hammond, cuya ansiedad iba en aumento, volvió a preguntarle a la camarera:

—¿Qué señas tenía el grumete?

La preguntada respondió:

—Era un muchacho de aspecto simpático, en traje de grumete y descalzo. Me miró con ojos de angustia y al decirle que no estaba aquí su madre, se puso las manos en la frente y exclamó: “¿Qué haré yo ahora?”

La señora Hammond refirió el suceso a su esposo diciéndole que las señas del muchacho le daban la seguridad de que Tomás Potter había vuelto a desertar de la fragata.

Mandaron los esposos Hammond a tomar noticias de la madre, quien respondió que nada sabía de su hijo, y en vista de ello fueron a consultar con el maestro del muchacho, el Dr. Todd, quien por su parte les dijo: “Es casi imposible que Tomás Potter haya desertado de la fragata, porque precisamente tuve hace cosa de dos meses carta suya, en la que me decía que iba a ascender.”

El Dr. Todd tenía una porción de retratos de sus discípulos y entre ellos una tarjeta postal con el de Tomás Potter. Enseñó el maestro unos cuantos retratos a la camarera para que señalase el de mayor parecido con el muchacho a quien había visto, y al efecto de dar mayor eficacia al testimonio, le puso delante un retrato que no era el de Potter, preguntándole: “¿Se parecía a éste? También era desertor.”—“No es este; es aquel”—respondió vivamente la camarera, al mismo tiempo que señalaba el verdadero retrato del muchacho y añadía con mayor convencimiento.—“Estoy segurísima de que era este.”

En el siguiente mes de Octubre trajo la solución del enigma una carta recibida por el Dr. Todd del Almirantazgo, en la que le preguntaban por la dirección de la madre del grumete Tomás Potter, fallecido el 6 de Septiembre (dos días antes de su visita a casa de la señora Hammond), de resultas de un mortal accidente ocurrido a bordo de la fragata Doris en aguas de Jamaica.

Si la camarera hubiese tenido un poco más de paciencia, estaríamos mejor enterados de las circunstancias de este interesante caso, porque tal como lo conocemos nos queda la duda de si Tomás Potter fue a participar la noticia de su muerte a su madre o bien si, como pudiera colegirse de su exclamación, estaba inconsciente de haber muerto y se figuraba ir a la casa en donde suponía a su madre. Luego de acostumbrado al plano astral, advertiría seguramente que el ardiente deseo de ver a su madre, le había llevado al punto en donde el esperaba encontrarla, o sea en la casa donde la dejó al despedirse de ella, precisamente como si hubiera estado el todavía en el plano físico.

Aparición de un santo patrón.—Veamos otro caso, igualmente interesante, de un hijo que avisa a sus padres de haber muerto de repente.

En una casa, extramuros de Southampton, residía Jaime Weld, cuyo hijo Felipe estaba de interno en el colegio de San Edmundo. El muchacho se ahogó cierto día por haber zozobrado la barca en que bogaba, y el Dr. Cox, director del colegio, fue; personalmente la mañana siguiente a llevar al padre la triste noticia. Cuando el Dr. Cox entró en el despacho del señor Weld, estaba este deshecho en lágrimas, y levantándose de su asiento se adelantó hacia el director para decirle: "No es necesario, mi querido señor, que me diga a que viene pues ya lo se. Felipe ha muerto. Anteayer iba yo de paseo en pleno día con mi hija Catalina por la carretera del Portazgo, cuando se nos apareció Felipe. Estaba de pie en medio del campo con otro joven vestido de negro. Mi hija le vió antes que yo y me dijo: "Mira, papá, allí esta Felipe." Yo miré, le vi, y dije a mi hija: "Verdad que es Felipe; pero tiene mirada de ángel." Sin sospechar que hubiese muerto, aunque sorprendidos de verle en aquel sitio, corrimos mi hija y yo a abrazarle; pero cuando ya estábamos a pocas yardas de distancia se interpuso un labriego cuyo cuerpo no eclipsó la aparición, por lo que pense eran espíritus, y al ir a tocarlos nos sonrió Felipe dulcemente y se desvanecieron las figuras."

Puede suponer el lector lo profundamente que conmovió al Dr. Cox este relato, que corroboró con los pormenores del desgraciado accidente ocurrido a la misma hora de la aparición.

El Dr. Cox preguntó al señor Weld, quién podía ser el joven vestido de negro que acompañaba a su hijo, pero respondió el padre diciendo que no tenía de él la menor idea.

Algunas semanas después, fue el señor Weld al pueblo de Stonyhurst, en el Lancashire, y después de orar en la capilla se quedaba esperar el coche en el salón de la hospedería, donde vió encima de la chimenea un cuadro cuya figura principal era un joven vestido de negro, con la misma mirada y la misma actitud del que había visto en compañía de Felipe. Según rezaba el

letrero, era la imagen de San Estanislao de Kostka a quién Felipe había escogido por patrón (1).

El Dr. Lee añade en este relato el testimonio de quienes se lo refirieron, así como varias cartas escritas por personas enteradas del caso.

La aparición de Felipe a su padre y hermana, en el mismo momento o muy poco después de morir, tiene exacta analogía con otras cien de la misma índole; pero difiere radicalmente del caso de Tamás Potter, pues el espectro de este último estaba materializado y el de Felipe no, ya que de estarlo lo hubieran visto, además del padre y la hermana, el labriego que atravesó la carretera. Los dos primeros, por razón de la profunda simpatía que les ligaba al difunto, fueron capaces de percibir sus vibraciones que en modo alguno impresionaban al labriego, completamente extraño a la influencia magnética. Este caso puede compararse con otros análogos, como, por ejemplo, el publicado hace años en la *Revista Teosófica* con el epígrafe *El cadete*, en que el espectro del oficial mayor fue visible para sus amigos y no para los marineros que no le habían conocido en vida.

Explicaciones posibles.- Lo verdaderamente insólito en el caso anterior es la presencia, junto al del difunto de otro espectro cuya identificación, imposible de lograr en aquel momento, facilitó después una imagen del Santo patrón de Felipe. La presencia de esta segunda figura puede explicarse de diversos modos, pero no es fácil determinar el verdadero.

En primer lugar, la figura acompañante pudo ser realmente el mismo San Estanislao de Kostka, que estuviese todavía por su voluntad detenido en el plano astral con objeto de auxiliar a sus devotos, y en este caso nada más lógico que su permanencia al lado de Felipe.

Pero aunque esto sea posible, no es, sin embargo, probable, pues San Estanislao de Kostka murió hace muchos años y resulta en extremo inverosímil que un hombre de su índole se detuviera durante tanto tiempo en el plano astral, no obstante haber muerto en edad temprana, pues le fuera preciso para ello inconcebible fuerza de voluntad, a parte de un conjunto de circunstancias casi imposibles de reunir. Al hombre de voluntad enérgica y deprabada vida le hubiera sido posible permanecer dilatadamente en el plano astral, pero no a una naturaleza delicada, tierna pura y devota como en el famoso jesuita nos pintan los hagiógrafos.

Otra explicación es que bien podría resultar el espectro del santo una forma mental engendrada voluntaria o involuntariamente por el mismo Felipe, según veremos más adelante sucedió en otros varios casos. Parece que Felipe era muchacho muy piadoso, y en sus frecuentes meditaciones, cercanas al éxtasis, creó de seguro una vigorosa y vívida forma mental de su santo patrón, y en tal condición se creería después de la muerte acompañado y protegido por el santo, de suerte que la imagen de éste, ya medio materializada por la constante y fervorosa contemplación del devoto, sería visible para su padre y hermana.

Al decir esto, no siento la menor antipatía ni en modo alguno intento contrariar la hermosa fe en el patronato de los santos, sino que me limito a exponer, desde el punto de vista estrictamente científico, todas cuantas hipótesis expliquen más o menos satisfactoriamente el fenómeno, y una de estas hipótesis es que el patrón de Felipe pudo ser simple engendro de su viva imaginación, aunque por mi parte no lo considero probable.

Suponiéndolo así por un momento, tendríamos que Felipe, cuyo propósito al aparecerse a su padre y hermana era tranquilizarlos sobre su muerte, habría impetrado de su patron que se apareciese juntamente con el para convencerles de que estaba en buenas manos, y, en efecto, tuviese la súplica bastante poder para dar cumplimiento inmediato a tan vehemente anhelo. Por lo tanto, si Felipe engendró, sin saberlo, la imagen de su santo patrón, pudo aparecerse con ella intencionada o no intencionadamente, en cual caso nada tiene de extraño ni sorprendente el fenómeno, porque otros hay de idéntica naturaleza. Aunque este razonamiento podría aplicarse a toda clase de fenómenos, me parece que el caso de referencia tiene explicación más satisfactoria en que la vivida forma mental engendrada por Felipe, según dijimos, la aprovecharía algún protector invisible para infundirse en ella con objeto de auxiliar al difunto. Sucede muchas veces que la cohorte de vivientes, aunque invisibles protectores, no hallan medio más a propósito para dar eficaz auxilio a las gentes vulgares que acomodarse a sus prejuicios y preocupaciones religiosas, es decir, infundirse en las formas mentales engendradas por dichas gentes y actuar en ellas del único modo en que su acción puede ser bien recibida y no suspicazmente rechazada. En consecuencia, tal vez un difunto jesuíta, atraído por la piedad de Felipe y deseoso de instruirle y alentarle, se valió de la forma mental del santo de su orden como medio más expedito y eficaz de realizar su propósito.

Si aceptamos esta explicación, es probable que el protector astral de Felipe se mostrase al padre y a la hermana para calmar la ansiedad en que aquel estaba sobre cómo impresionaría a estos la noticia de su muerte.

Tenemos en consecuencia que la figura de San Estanislao, pudo ser este santo jesuíta o tan solo un accesorio plástico, aunque por mi parte opino que fue un amigo de la familia, fallecido recientemente, o un jesuíta compasivo que asumió la forma más a propósito para prestar eficaz auxilio.

Testimonio múltiple.—Este caso, no tan dramático como el anterior, es un buen ejemplo de las apariciones al tiempo de la muerte, con la ventaja de que quien nos lo ha referido lo oyó de los propios labios del sacerdote sueco a quien le ocurrió (1).

“Durante algunos años de mi niñez iba yo a la escuela parroquial de Tingstade; pero como vivía bastante lejos, estaba de huésped con un condiscípulo en casa de la señora Smith, vecina de la población. Esta buena señora tenía la casa muy espaciosa y se ganaba la vida con pupilos y realquilados,

(1) El relato está extractado de la *Revista Teosófica*, XXII.

de los cuales había entre unos y otros cosa de diez y seis en la época a que me refiero. La señora Smith ejercía también la profesión de comadrona y estaba a menudo ausente.

Una tarde de invierno después de comer, nos dijo la señora Smith que había de ir a una visita, y que, como no volvería hasta el día siguiente, nos dejaba dispuesta la cena, encargándonos de paso que anduvieramos cuidadosos con la luz y el fuego. Toda aquella tarde estuvimos estudiando las lecciones para el otro día, y a las nueve y media nos fuimos a la cama, cerramos la puerta del dormitorio y apagamos la luz, porque el fuego de la chimenea bastaba para alumbrar el aposento. Entablamos conversación en la cama, cuando de pronto vimos un hombre alto de mediana edad, en figura de labrador, cuyo usual traje vestía, y con un gran emplasto blanco en la pierna izquierda y otro en el lado izquierdo del pecho. Mi compañero me tocó en el codo y me dijo: “¿Qué horrible hombre es éste?” Yo le hice ademán de que callase, y ambos nos quedamos vigilándole sigilosamente.

El hombre nos estuvo mirando un buen rato, hasta que empezó a pasearse por el dormitorio, y sus pisadas hacían un ruido resquebrajoso, como si anduviese por la nieve. Se fue hacia la cómoda, y después de abrir y cerrar los cajones en actitud de buscar algo, se puso a soplar suavemente el rescoldo de la chimenea para calentarse las manos. Luego volvió junto a nuestra cama y se quedó mirándonos de nuevo. Entonces pudimos observar que através de su figura se clareaban los muebles de la estancia, hasta que por fin se desvaneció la aparición. La extrañeza del caso nos dejó intranquilos y nerviosos; pero como no nos levantamos de la cama, nos dormimos al fin.

La puerta estaba cerrada, al levantamos por la mañana, y cuando referimos a los demás huéspedes lo sucedido, nos dijeron que también ellos habían visto el mismo, espectro en sus respectivos aposentos, no obstante de estar cerradas las puertas. Además, algunos huéspedes que desde mucho tiempo estaban en la casa, aseguraron que el espectro era el marido de la patrona, un fulano holgazán que, por no servir para nada, había vivido siempre a costa de su mujer.

Tan extraña coincidencia indujo a algunos de los huéspedes a informarse de si los vecinos habían visto también la aparición y resultó que, en efecto, aquella misma noche, dadas ya las nueve, estuvo el espectro en una masía distante de allí dos millas, preguntando si le dejarían pasar la noche; pero como le respondieran que no había sitio, se fue a la masía vecina que estaba en un campo inmediato. Los indagadores descubrieron las huellas del vagabundo en la nieve, y guiados por esta señal encontraron unas abarcas, y algunos metros más allá, el cadáver de aquel mismo hombre medio enterrado en un montón de nieve. Al examinar el cadáver, echaron de ver que en la pierna izquierda y en igual lado del pecho tenía adheridos dos grandes pedazos de nieve, precisamente en los mismos sitios donde nosotros habíamos observado lo que nos parecieron emplastos blancos sobre las ropas. Aunque yo era niño cuando sucedió esto, fue tan profunda la impresión recibida, que no se me borrará de la memoria mientras viva.

El caso es uno de tantos, con la particularidad de haberlo presenciado muchas personas en múltiple testimonio. Todo parece confirmar la materialización parcial, pues no es verosímil que pudiese impresionar mesméricamente a tantas personas de distinto temperamento. La misma hipótesis de la materialización explica el abrir y cerrar de los cajones, pues le acosaría la idea de hurtar el dinero de su mujer, y en cuanto a la acción de calentarse al fuego de la chimenea, parece demostrar que no tenía aún conciencia de su muerte. En efecto, no sabemos si en el momento de la aparición estaba ya muerto o tan solo en el estupor que de ordinario precede a la muerte por frío. Conviene advertir que siguió la costumbre general de los espectros, de aparecerse con todos los distintivos de su cuerpo físico y, por tanto, con los conglomerados de nieve en las ropas, aparte del característico ruido del calzado al caminar sobre los copos.

No es fácil comprender como un hombre tan vulgar cuidara tan conscientemente de estos pormenores en semejantes circunstancias, y tampoco parece probable que tratara de influir en los niños, sino tan solo mirarlos con curiosidad por ver quienes eran, o si le podían servir de algo. Pero hay muchos otros casos demostrativos de que, cuando el difunto está poderosamente poseído de una idea, puede aparecerse inconscientemente, y así cabe suponer que la muerte por frío influyera con mucha eficacia en la mente de este infortunado vagabundo.